

Visita
al territorio de

Pierre Lemaitre



Te doy cita en el cielo, donde espero que Dios nos
reúna. Nos vemos allá arriba, mi querida esposa...

Últimas palabras escritas por Jean Blanchard,
el 4 de diciembre de 1914

NOVIEMBRE DE 1918

1

Todos los que pensaban que aquella guerra acabaría pronto habían muerto hacía mucho tiempo. Precisamente a causa de la guerra. Así que, en octubre, Albert recibió con bastante escepticismo los rumores sobre un armisticio. Les dio tanto crédito como a la propaganda del principio, que aseguraba, por ejemplo, que las balas de los *boches* eran tan blandas que se estrellaban contra los uniformes igual que peras pasadas, y provocaban las carcajadas de los regimientos franceses. En cuatro años, Albert había visto la tira de tipos muertos de risa por el impacto de una bala alemana.

Era consciente de que su negativa a creer en la inminencia de un armisticio tenía algo de superstición: cuanto más se espera la paz, menos crédito se da a las noticias que la anuncian, es un modo de ahuyentar la mala suerte. Solo que esas noticias llegaban día tras día en secuencias cada vez más seguidas y en todas partes se repetía que la guerra estaba realmente a punto de terminar. Por increíble que pudiera parecer, incluso se pronunciaron discursos sobre la necesidad de desmovilizar a los veteranos, que llevaban años en el frente. Cuando el armisticio se convirtió al fin en una perspectiva razonable, hasta los más pesimistas empezaron a acariciar la esperanza de salir con vida de la contienda. En consecuencia, nadie siguió mostrando el mismo ardor en las cuestiones ofensivas. Se decía que la 163.^a División de Infantería intentaría cruzar el Meuse por la fuerza. Aún había quien hablaba de liarse a guantazos con el enemigo, pero, en términos generales, entre los de abajo, entre Albert y sus camaradas, después de la victoria de los aliados en Flandes, la liberación de Lille, la derrota austríaca y la capitulación de los turcos, había mucho menos entusiasmo que entre los oficiales. El éxito de la ofensiva italiana, los ingleses en Tournai, los estadounidenses en Châtillon...: estaba claro quién llevaba las de ganar. El

grueso de la unidad se puso a contar las horas, y empezó a vislumbrarse una clara línea divisoria entre quienes, como Albert, habrían esperado al final de la guerra sentados tranquilamente junto al petate, fumando y escribiendo cartas, y quienes se morían de ganas de aprovechar los últimos días para zurrarse un poquito más con los boches.

Esa línea de demarcación se correspondía exactamente con la que separaba a los oficiales del resto de los hombres. Nada nuevo, se decía Albert. Los mandos quieren ganar todo el terreno posible para sentarse a la mesa de negociaciones en posición de fuerza. Serían capaces de sostener que conquistar treinta metros podría cambiar realmente el desenlace de la guerra y que morir hoy es aún más útil que haber muerto ayer.

El teniente d'Aulnay-Pradelle pertenecía a esta categoría. Al referirse a él, todos omitían el nombre de pila, el «de», el «Aulnay» y el guion, y lo llamaban simplemente «Pradelle». Sabían que eso lo sacaba de quicio. Pero jugaban con ventaja, porque no dejarlo traslucir era para él una cuestión de orgullo. Orgullo de clase. A Albert no le gustaba. Quizá porque era guapo. Alto, delgado, elegante, con una buena mata de pelo castaño oscuro y ondulado, la nariz recta y unos labios finos y maravillosamente perfilados. Y los ojos muy azules. Para Albert, un tipo realmente antipático. Y encima, siempre estaba enfadado. Era un hombre impaciente, que no tenía término medio: o aceleraba o frenaba; entre lo uno y lo otro, nada. Avanzaba adelantando un hombro, como si quisiera empujar los muebles, llegaba junto a ti a toda velocidad y se sentaba de golpe, esa era su marcha habitual. Era una mezcla curiosa: con sus aires aristocráticos, parecía sumamente civilizado y al mismo tiempo absolutamente brutal. En cierto modo, como aquella guerra. Tal vez por eso se encontrara tan a gusto en ella. Y además, tenía una espalda... De remar, o de jugar al tenis, seguro.

Otra cosa que tampoco le gustaba a Albert era su vellosidad. Vello negro por todas partes, hasta en las falanges, que le asomaba por el cuello justo debajo de la nuez. En tiempos de paz, debía de afeitarse varias veces al día para no tener aspecto patibulario. Desde luego, había mujeres a las que eso, tanto pelo, ese lado masculino, salvaje, viril, vagamente español, las impresionaba. A Cécile, sin ir más lejos... Pero dejando aparte a Cécile, el caso es que Albert no tragaba al teniente Pradelle. Y sobre todo no se

fiaba de él. Porque le gustaba atacar. Lanzarse al asalto, cargar, conquistar: todo eso le iba de verdad.

Desde hacía un tiempo, sin embargo, parecía menos fogoso que de costumbre. Estaba claro que la perspectiva de un armisticio lo dejaba con la moral por los suelos, cercenaba sus impulsos patrióticos. Al teniente Pradelle, la idea de que la guerra acabara lo mataba.

Mostraba una impaciencia inquietante. La falta de ánimo de la tropa lo irritaba mucho. Cuando recorría las trincheras y arengaba a los hombres, aunque ponía en sus palabras todo el entusiasmo del que era capaz e insistía en la desmoralización del enemigo, al que una última tunda asestaría el golpe de gracia, no conseguía más que algunos gruñidos bastante suaves, los soldados asentían por si acaso y daban cabezadas de sueño. No era solo el miedo a morir; era la perspectiva de morir entonces. Morir el último, se decía Albert, es como morir el primero, una gran gilipollez.

Pero eso era precisamente lo que iba a pasarle.

Si hasta entonces habían vivido jornadas bastante tranquilas a la espera de un armisticio, de repente todo se aceleró. De arriba había llegado una orden exigiendo que se comprobara más de cerca qué hacían los boches. Sin embargo, no había que ser general para darse cuenta de que hacían lo mismo que los franceses, esperar el final. No importaba, había que ir a ver. A partir de ese momento, ya nadie pudo reconstruir con exactitud la secuencia de los hechos.

Para llevar a cabo la misión de reconocimiento, el teniente Pradelle eligió a Louis Thérioux y Gaston Grisonnier, un joven y un viejo, a saber por qué, la combinación de la fuerza y la experiencia, quizá. En todo caso, cualidades que de poco les sirvieron, ya que ninguno de los dos sobrevivió más de media hora al mandato. En principio, no habrían tenido que avanzar mucho. Debían bordear una línea en sentido nordeste y, a unos doscientos metros, usar la cizalla y después arrastrarse hasta la segunda línea de alambre de espino, echar un vistazo y regresar diciendo que todo iba bien, dado que se sabía que no había nada que ver. Por lo demás, a ninguno de los dos soldados les preocupaba acercarse de ese modo al enemigo. Teniendo en cuenta el *statu quo* de los últimos días, en caso de que los descubrieran, los boches los dejarían mirar y dar media vuelta, para ellos serían casi una

diversión. Sin embargo, mientras los dos observadores avanzaban tan agachados como podían, los cazaron como a conejos. Se oyeron los disparos, tres, y luego, silencio total. Para el enemigo, asunto zanjado. Se intentó localizarlos pero, como se habían ido por el lado norte, no había forma de determinar el sitio donde habían caído.

Alrededor de Albert, todo el mundo se quedó callado. A continuación, se oyeron gritos. Cabrones. Los boches, siempre igual, ¡qué malas bestias! Menudos salvajes, etcétera. ¡Además, un chico y un viejo! Eso no cambiaría nada, pero, en el ánimo de los hombres, los alemanes no se habían conformado con matar a dos soldados franceses, sino que habían atentado contra dos símbolos. Un auténtico furor, vaya.

En cuestión de minutos, con una celeridad de la que no se los creía capaces, los artilleros lanzaron desde la retaguardia andanadas del setenta y cinco sobre las líneas alemanas. A saber cómo se habían enterado.

El mecanismo se había puesto en marcha.

Los alemanes respondieron. En el lado francés, no tardaron mucho tiempo en reunirlos a todos. Aquellos gilipollas se iban a enterar. Era el 2 de noviembre de 1918. Aún no se sabía, pero faltaban menos de diez días para el fin de la contienda.

Y encima, atacar el Día de Difuntos. Aunque no creas demasiado en los símbolos...

Aquí estamos otra vez, pensó Albert, encorreados y listos para subir al andamio (así era como llamaban a la escalera de mano que usaban para salir de la trinchera, qué bonita perspectiva) y lanzarnos de cabeza hacia las líneas enemigas. Todos los hombres en fila india, tensos como cuerdas de arco, tragando saliva. Albert iba el tercero, detrás de Berry y el joven Péricourt, que se volvió como para comprobar que todos estaban en su sitio. Sus miradas se encontraron, Péricourt le sonrió, con la sonrisa de un niño a punto de hacer una travesura. Albert intentó sonreír a su vez, pero no pudo. Péricourt ya se había vuelto. Esperaban la orden de atacar, la febrilidad casi podía palparse. Ahora, los soldados franceses, indignados por el comportamiento de los boches, estaban concentrados en su rabia. Sobre sus cabezas, los obuses estriaban el cielo en ambas direcciones y sacudían la tierra incluso dentro de las trincheras.

Albert miró por encima del hombro de Berry. Subido en un pequeño puesto avanzado, el teniente Pradelle observaba las líneas enemigas con los prismáticos. Albert regresó a su posición en la fila. Si no hubiera habido tanto ruido, podría haber pensado en lo que lo atormentaba, pero los estridentes silbidos se sucedían, interrumpidos tan solo por explosiones que lo hacían temblar a uno de la cabeza a los pies. Menudas condiciones para concentrarse.

Por ahora, los hombres están a la espera de la orden de ataque. Así que no es mal momento para observar a Albert.

Albert Maillard. Era un chico flaco, de temperamento ligeramente linfático, discreto. Hablaba poco y se le daban bien los números. Antes de la guerra, era cajero en una sucursal parisina de la Banque de l'Union. El trabajo no le gustaba demasiado, pero no lo había dejado por su madre. La señora Maillard solo tenía un hijo y adoraba a los jefes. Así que, claro, la perspectiva de que Albert fuera jefe en un banco la había extasiado enseguida, convencida de que «con su inteligencia» no tardaría en llegar a lo más alto. Esa exacerbada veneración por la autoridad le venía de su padre, adjunto del subjefe de gabinete del Ministerio de Correos y Telégrafos, que veía la jerarquía de su administración como una metáfora del universo. A la señora Maillard le gustaban todos los jefes sin excepción. No hacía distinciones en cuanto a su cualidad o procedencia. Tenía fotos de Clemenceau, de Maurras, de Poincaré, de Jaurès, de Joffre, de Briand... Desde que había perdido a su marido, que comandaba una cuadrilla de vigilantes uniformados en el Museo del Louvre, los grandes hombres le provocaban sensaciones inauditas. A Albert, la banca no lo volvía loco, pero le había seguido la corriente a su madre: era lo mejor. No obstante, había empezado a hacer planes. Quería marcharse, soñaba con Tonquín, aunque de forma bastante vaga, la verdad. En todo caso, con dejar su trabajo de contable y hacer otra cosa. Pero Albert no era un tipo de reacciones rápidas, necesitaba tomarse su tiempo para todo. Y de pronto, había aparecido Cécile, la pasión fulminante, los ojos de Cécile, la boca de Cécile, la sonrisa de Cécile y, a continuación, naturalmente, las tetas de Cécile, el culo de Cécile, imposible pensar en cualquier otra cosa.

Para nosotros, hoy en día, Albert Maillard no es muy alto, un metro setenta y tres, pero para su época no estaba mal. Las chicas lo habían mirado antaño. Sobre todo Cécile. Es decir, Albert había mirado mucho a Cécile y, al final, al sentirse tan mirada y tanto rato, lógicamente ella se había dado cuenta de que Albert existía y también lo había mirado. El rostro de Albert era enternecedor. Durante la batalla del Somme, una bala le había pasado rozando la sien. Se asustó mucho, pero no le quedó más que una cicatriz en forma de paréntesis, que le tiraba del ojo izquierdo y le confería un aire interesante. En su siguiente permiso, Cécile, soñadora y encantada, se la había acariciado con la yema del índice, lo que no había bastado para subirle la moral. De niño, Albert tenía una carita pálida y casi redonda, con unos párpados pesados que le daban aspecto de Pierrot triste. La señora Maillard se privaba de comer para comprarle carne roja, convencida de que estaba pálido porque le faltaba sangre. Albert le había explicado mil veces que eso no tenía nada que ver, pero su madre no era de las que cambian de opinión así como así: siempre encontraba ejemplos, argumentos, no soportaba equivocarse, incluso en sus cartas volvía sobre asuntos que se remontaban a muchos años atrás, era realmente agotadora. A saber si Albert no se habría alistado en cuanto estalló la guerra precisamente por eso. Cuando la señora Maillard se enteró, puso el grito en el cielo, pero, como era una mujer tan expansiva, resultaba imposible distinguir cuánto había en ello de miedo y cuánto de teatro. Había chillado, se había tirado de los pelos y enseguida se había tranquilizado. Dado que tenía una idea bastante clásica de la guerra, pronto se convenció de que, «con su inteligencia», Albert no tardaría en destacar, en subir de graduación. Lo imaginaba lanzándose al asalto en primera línea, llevando a cabo una acción heroica y, acto seguido, ascendiendo a oficial, a capitán, a comandante, incluso a general. En la guerra ocurrían esas cosas. Albert, que estaba haciendo la maleta, la dejó hablar.

Con Cécile fue muy distinto. La guerra no la asustaba. Para empezar, era un «deber patriótico» (Albert se quedó sorprendido, nunca la había oído hablar así); y además, no había verdaderos motivos para tener miedo, era prácticamente un trámite, todo el mundo lo decía.

En cuanto a Albert, tenía sus dudas, pero en el fondo Cécile era un poco como su madre, de ideas bastante fijas. Según ella, la guerra no iba a durar mucho. Albert casi estaba tentado de creerla; con aquellas manos, con aquella boca, con aquel todo, Cécile podía decirle lo que quisiera. Para entenderlo, hay que conocerla, pensaba Albert. Para nosotros, la tal Cécile sería una chica guapa, nada más. Para él era otra cosa. Cada poro de su piel, de la piel de Cécile, estaba formado por una molécula especial, su aliento olía de forma especial... Tenía los ojos azules. Vale. A usted eso no le dice nada, pero para Albert esos ojos eran un precipicio, un abismo. Mire, piense en su boca y póngase un momento en el lugar de nuestro Albert. De esa boca había recibido besos tan cálidos y tiernos que lo elevaban, casi lo hacían estallar, había sentido su saliva entrar en él, la había bebido con tal pasión, Cécile había sido capaz de tales prodigios que ya no era simplemente Cécile, era... Así que ella podía asegurar de repente que la guerra era pan comido, y cuánto había soñado Albert ser pan y que se lo comiera Cécile...

Por descontado, hoy veía las cosas de manera bien distinta. Sabía que la guerra no era otra cosa que una inmensa lotería de balas en la que sobrevivir cuatro años era sencillamente un milagro.

Y acabar enterrado vivo a cuatro días del final de la guerra, con toda franqueza, sería el colmo de la mala suerte.

Pero eso es exactamente lo que va a pasar.

El pobre Albert, enterrado vivo.

Por culpa de la «fatalidad», como diría su madre.

El teniente Pradelle se ha vuelto hacia sus hombres y ha clavado los ojos en los primeros, que a derecha e izquierda lo miran como si fuera el Mesías. Luego ha asentido con la cabeza y respirado hondo.

Minutos después, Albert corre un poco encorvado por un escenario apocalíptico, acosado por los obuses y las sibilantes balas, agarrando el arma con todas sus fuerzas, con paso pesado y la cabeza hundida entre los hombros. La tierra se le pega a los borceguíes, porque en los últimos días ha llovido mucho. A su lado hay tipos que gritan como locos, para embriagarse, para armarse de valor. Otros, en cambio, avanzan como él, concentrados, con el estómago encogido y la garganta seca. Todos corren

hacia el enemigo poseídos por una furia ciega, por el deseo de venganza. De hecho, quizá sea un efecto perverso del anuncio de un armisticio. Han sufrido tantísimo que ver acabar la contienda así, con tantos compañeros muertos y tantos enemigos vivos, casi los hace desear una matanza, terminar con aquello de una vez por todas. Liquidarían a cualquiera.

Incluso Albert, aterrorizado por la idea de morir, destriparía a quien fuera. Pero debe salvar no pocos obstáculos. Mientras corre, tiene que desviarse a la derecha. Al principio, ha seguido la línea fijada por el teniente, pero con las balas silbando a su alrededor y los obuses, lógicamente, uno acaba zigzagueando. Además, a Péricourt, que avanzaba justo delante de él, acaba de alcanzarlo una bala y se ha desplomado casi a sus pies, y a Albert apenas le ha dado tiempo de saltar por encima. Pierde el equilibrio, corre a trompicones varios metros y cae sobre el cuerpo del viejo Grisonnier, cuya inesperada muerte ha dado el pistoletazo de salida para la última carnicería.

Pese a que las balas silban a su alrededor, al verlo allí tendido, Albert se queda petrificado.

Lo ha reconocido por el capote, porque siempre llevaba en la botonera esa cosa roja, «mi legión de horror», como la llamaba él. Grisonnier no era un tipo brillante, ni refinado, pero sí una buena persona y todo el mundo lo apreciaba. No cabe duda, es él. Su gran cabeza está como incrustada en el barro, mientras que el resto del cuerpo parece haber caído a la buena de Dios. Justo al lado, Albert reconoce al otro, al joven, Louis Thérioux. También se halla parcialmente cubierto de barro, aovillado, casi en posición fetal. Morir a su edad, y en esa postura... Se conmueve.

No sabe qué le ha dado, pero por intuición agarra de un hombro a Grisonnier y lo empuja. El cadáver se vuelve pesadamente y queda boca abajo. Albert tarda unos segundos en comprender. Entonces la verdad le salta a la vista: cuando corres hacia el enemigo, no mueres de dos tiros en la espalda.

Pasa por encima del cuerpo y continúa avanzando, de nuevo encorvado, sin saber por qué, las balas te alcanzan igual erguido que agachado, pero por instinto uno siempre intenta ofrecer el menor blanco posible, como si se hiciera la guerra temiendo siempre al cielo. Ahora está ante el cuerpo del

pobre Louis. Así, con los puños apretados junto a la boca, es increíble lo joven que parece, unos veintidós. Albert no le ve la cara, completamente cubierta de barro, solo la espalda. Una bala. Con las dos del viejo, suman tres. Las cuentas cuadran.

Cuando se levanta, sigue desconcertado por su hallazgo. Por lo que significa. A unos días del armisticio, cuando los hombres ya no tenían ninguna prisa para ir a buscarles las cosquillas a los boches, la única forma de que atacaran era cabrearlos. ¿Dónde estaba Pradelle cuando les habían disparado a aquellos dos hombres por la espalda?

Dios mío...

Estupefacto ante el hallazgo, Albert se vuelve y, a solo unos metros de distancia, ve al teniente Pradelle, que avanza hacia él tan deprisa como se lo permite la impedimenta.

Corre decidido con la cabeza bien alta. Pero lo que más llama la atención de Albert es la mirada del teniente, directa y fija. Totalmente resuelta. De golpe todo se aclara, toda la historia.

En ese instante, Albert comprende que va a morir.

Intenta dar unos pasos, pero nada le obedece, ni las piernas ni el cerebro. Nada. Todo sucede demasiado deprisa. Como ya he señalado, Albert no es un hombre de reacciones rápidas. En tres zancadas, Pradelle se ha plantado junto a él. Justo al lado, un ancho hoyo, el cráter de un obús. Albert recibe el impacto del hombro del teniente en pleno pecho y se le corta la respiración. Pierde el equilibrio, manotea en el aire y cae hacia atrás, al hoyo, con los brazos en cruz.

Y mientras va hundiéndose en el barro, como a cámara lenta, ve alejarse la cara de Pradelle y su mirada, en la que ahora advierte cuánto hay de desafío, certeza y provocación.

En el fondo del agujero, Albert rueda sobre sí mismo, frenado apenas por la impedimenta. Las piernas se le enredan en la correa del fusil, pero consigue levantarse y, al instante, se arroja contra la inclinada pared, como quien, temiendo que lo descubran u oigan, se apresura a arrimarse a una puerta. Con los talones clavados en la tierra, arcillosa y resbaladiza como el jabón, trata de recuperar el aliento. Sus pensamientos, breves y caóticos, vuelven una y otra vez a la gélida mirada del teniente Pradelle. Por encima

de él, la batalla parece arreciar, el cielo está cuajado de guirnaldas. Halos azules y anaranjados iluminan la lechosa bóveda. Los obuses caen en ambos campos, como en Gravelotte, con un denso e ininterrumpido estruendo, una tormenta de silbidos y explosiones. Albert alza los ojos. Arriba, erguida sobre su cabeza como el ángel exterminador, la esbelta silueta del teniente Pradelle se recorta contra el borde del agujero.

Albert tiene la sensación de haber caído largo rato. En realidad, entre ellos habrá... ¿cuánto, dos metros? Tal vez ni eso. Pero es suficiente. El teniente Pradelle está arriba, con las piernas separadas y agarrándose con ambas manos el cinturón. A su espalda, los intermitentes resplandores del combate. Mira tranquilamente al fondo del hoyo. Inmóvil. Con los ojos clavados en Albert y con una leve sonrisa en los labios. No moverá ni un dedo para sacarlo de allí. Furioso, con la sangre hirviéndole, Albert agarra el fusil, resbala, consigue recobrar el equilibrio y se apoya la culata en el hombro. Sin embargo, cuando al fin consigue apuntar hacia el borde del agujero, ya no hay nadie. Pradelle ha desaparecido.

Está solo.

Suelta el fusil y de nuevo intenta recuperar el aliento. Debería apresurarse y trepar por la pendiente, correr tras Pradelle, dispararle por la espalda, saltarle al cuello. O ir en busca de los demás, contárselo, gritar, hacer algo, aunque no sabe muy bien qué. Pero está muy cansado. El agotamiento lo vence. Porque todo es realmente absurdo. Es como si hubiera soltado la maleta, como si hubiera llegado. Aunque quisiera, no podría subir allí arriba. Ya empezaba a ver el final de la guerra, y ahora ahí está, en el fondo de un agujero. Más que sentarse, se derrumba en el suelo con la cabeza entre las manos. Trata de analizar la situación con serenidad, pero la moral acaba derritiéndosele. Como un sorbete, uno de esos sorbetes de limón que tanto le gustan a Cécile, que le hacen rechinar los dientes y arrugar la cara como un gatito, mientras él se muere de ganas de estrecharla entre sus brazos. Hablando de Cécile, ¿cuándo recibió su última carta? Eso también lo ha agotado. No lo ha comentado con nadie: las cartas de Cécile se han vuelto más cortas. Dado que la guerra está a punto de acabar, le escribe como si ya hubiera terminado, como si ya no mereciera la pena extenderse. Para quienes tienen una familia entera es distinto, siempre les

llegan cartas, pero para él, que solo tiene a Cécile... Sí, también está su madre, pero su madre es una pesada. Sus cartas se parecen a sus conversaciones: si ella pudiera decidirlo todo en su lugar... Eso, unido a las muertes de tantos camaradas, en los que le gustaría no pensar demasiado, ha agotado a Albert, ha ido minándolo. Ya ha vivido otros momentos de desánimo, pero ahora es muy inoportuno. Justo cuando necesitaría toda su energía. No sabría explicar por qué, pero de pronto algo se ha roto en su interior. Lo siente en las entrañas. Se parece a una inmensa fatiga y es pesado como una piedra. Un tozudo rechazo, algo infinitamente pasivo y sereno. Como el final de alguna cosa. Tras alistarse, cuando intentaba imaginarse la guerra, como muchos, se decía en secreto que en caso de dificultad no tendría más que hacerse el muerto. Se desplomaría e incluso, en aras de la verosimilitud, soltaría un grito y fingiría haber recibido una bala en el corazón. Luego bastaría con quedarse tendido y esperar a que las cosas se calmaran. Cuando anocheciera, se arrastraría hasta el cuerpo de un compañero, en su caso muerto de verdad, y le robaría la documentación. A continuación, seguiría reptando durante horas, parándose y conteniendo la respiración cuando oyera voces en la oscuridad. Con infinita precaución, avanzaría hasta dar con una carretera, que seguiría en dirección norte (o sur, según las versiones). Mientras caminaba, se aprendería de memoria los datos de su nueva identidad. Entonces se toparía con una unidad extraviada, cuyo cabo primero, un tipo alto con... Bueno, como puede verse, para ser cajero de banco, Albert tiene una imaginación bastante novelesca. Seguramente, influida por las fantasías de la señora Maillard. Al inicio del conflicto, Albert compartía esa visión sentimental con muchos otros. Veía tropas con elegantes uniformes rojos y azules que avanzaban en formación cerrada hacia un ejército enemigo aterrorizado. Los soldados blandían sus relucientes bayonetas, mientras las dispersas humaredas de los obuses confirmaban la derrota del adversario. En el fondo, Albert se apuntó a una guerra stendhaliana y se encontró con una prosaica y salvaje matanza que causó mil muertos diarios durante cincuenta meses. Para hacerse una idea, bastaría con elevarse un poco y contemplar el panorama alrededor de su agujero: un terreno donde no queda rastro de vegetación, salpicado de miles de cráteres de obús y cubierto de centenares de cadáveres en

descomposición, cuyo hedor insoportable flota en el aire todo el día. Al primer momento de calma, ratas grandes como liebres corretean afanosamente de cadáver en cadáver para disputar a las moscas los restos que los gusanos ya han empezado a devorar. Albert lo sabe muy bien, porque fue camillero durante la batalla del Aisne y, cuando ya no encontraba heridos gimiendo o aullando, recogía cadáveres de todo tipo, en cualquier estado de putrefacción. De eso sabe un montón. No fue un trabajo agradable para él, que siempre había sido tan sensible.

Para colmo, tratándose de alguien que está a punto de quedar enterrado vivo, también padece una ligera claustrofobia.

De niño, la idea de que su madre cerrara la puerta de la habitación al salir le ponía los pelos de punta. Pero seguía acostado y no rechistaba, no quería afligirla, pues siempre se quejaba de que ella ya tenía bastantes preocupaciones. Sin embargo, la noche y la oscuridad lo impresionaban. Incluso más tarde, no hacía tanto, con Cécile, cuando jugaban bajo las sábanas, si se veía totalmente cubierto, se quedaba sin respiración y era presa del pánico. Encima, a veces Cécile apretaba las piernas a su alrededor para retenerlo. Para probar, decía riendo. O sea, que morir asfixiado es la forma de muerte que más miedo le da. Suerte que no piensa en ello, porque si no, en comparación con lo que va a pasarle, estar aprisionado entre los sedosos muslos de Cécile, incluso con la cabeza bajo las sábanas, le parecería el paraíso. Si lo pensara, le entrarían ganas de morir.

Lo que no le vendría mal, porque es justo lo que va a pasarle. Pero no enseguida. Dentro de unos instantes, cuando el fatídico obús estalle a unos metros de su agujero y levante un chorro de tierra de la altura de un muro, que se vendrá abajo y lo cubrirá totalmente, no le quedará mucho de vida, pero sí suficiente para comprender a la perfección lo que está sucediéndole. Y entonces se apoderará de él un salvaje deseo de sobrevivir, como el que deben de sentir las ratas de laboratorio cuando las agarran de las patas traseras, o los cerdos a los que van a degollar, o las vacas a las que van a sacrificar, una especie de resistencia primitiva. Pero para eso habrá que aguardar un poco. Esperar a que sus pulmones se blanqueen buscando el aire, a que su cuerpo se agote en el desesperado intento de liberarse, a que

su cabeza amenace con estallar, a que su mente se rinda a la locura, a que... Bueno, no adelantemos acontecimientos.

Albert se vuelve, mira hacia lo alto una vez más... En realidad, no está tan arriba, simplemente está demasiado arriba para él. Intenta hacer acopio de todas sus energías y pensar solo en eso, en subir, en salir del agujero. Recoge la impedimenta y el fusil, se agarra a la tierra y, pese al cansancio, empieza a trepar por la pendiente. No es fácil. Sus pies resbalan, se escurren en el arcilloso fango, no consiguen afirmarse; de nada sirve que clave los dedos en el barro y busque un punto de apoyo golpeándolo con fuerza con la punta de la bota: vuelve a caer. Suelta la mochila y el fusil. Si hiciera falta, se desnudaría por completo. Se pega a la pared y empieza de nuevo a trepar sobre el vientre, se mueve como una ardilla en una jaula, araña el vacío y cae en el mismo sitio una y otra vez. Jadea, gime y acaba gritando. El pánico se apodera de él. Siente aflorar las lágrimas y golpea con el puño la pared de arcilla. El borde no está tan lejos, joder, si estira el brazo casi lo toca, pero las suelas de sus botas patinan, pierden al instante cada centímetro ganado. ¡Tienes que salir de este puto agujero!, se grita a sí mismo. Y va a salir. Morir, sí, algún día, pero no ahora, sería una gilipollez. Va a salir de allí, e irá a buscar a Pradelle, entre los boches si es necesario, lo encontrará y lo matará. La idea de cargarse a ese cabrón le da ánimo.

Por un instante, reflexiona sobre esta triste constatación: lo que los boches no han logrado en los cuatro años que llevan intentándolo, al final lo conseguirá un oficial francés.

Mierda.

Albert se arrodilla y abre la mochila. La vacía y se pone la taza de hojalata entre las piernas. Extenderá el capote en la resbaladiza pared y clavará en la arcilla cuanto tiene a mano para utilizarlo como asidero; se vuelve y, en ese preciso momento, se oye el obús a unas decenas de metros sobre él. Repentinamente inquieto, alza la cabeza. En los últimos cuatro años, ha aprendido a distinguir los obuses del setenta y cinco de los del noventa y cinco, los del ciento cinco de los del ciento veinte... Este le hace dudar. Tal vez por la profundidad del agujero, o por la distancia, se anuncia con un ruido extraño, como nuevo, más sordo y al mismo tiempo más ahogado que los otros, un zumbido amortiguado que termina en un silbido

escalofriante. Al cerebro de Albert apenas le da tiempo a preguntárselo. La explosión es tremenda. Presa de una fulminante convulsión, la tierra se agita y emite un enorme y lúgubre gruñido antes de alzarse. Un volcán. Desequilibrado por la sacudida, y también sorprendido, Albert mira a lo alto, porque de pronto todo se ha oscurecido. Y allí arriba, en lugar del cielo, a unos diez metros sobre su cabeza, ve alzarse como a cámara lenta una inmensa ola de tierra marrón, cuya móvil y sinuosa cresta va doblándose lentamente sobre él y empieza a descender para envolverlo. Una lluvia menuda, casi perezosa, de guijarros, terrones y residuos de todo tipo anuncia su inminente llegada. Albert se aovilla y contiene la respiración. No es ni mucho menos lo que debería hacer; al contrario, tendría que estirarse lo máximo posible, cualquier enterrado en vida lo confirmaría. Luego, durante dos o tres segundos interminables Albert no puede apartar los ojos de la cortina de tierra que flota en el cielo como si dudara sobre el sitio o el momento en que debe caer.

En cuestión de instantes, esa cortina se desplomará sobre él y lo cubrirá por entero.

En circunstancias normales, Albert parece, para ser gráficos, un personaje de Tintoretto. Siempre ha tenido una expresión doliente, la boca muy delineada, la barbilla prominente y profundas ojeras que resaltan unas cejas arqueadas y muy negras. Pero en estos momentos, tal como mira al cielo y ve acercarse la muerte, más bien parece un san Sebastián. De repente, el dolor y el miedo han contraído sus facciones, y su rostro se ha crispado en una especie de súplica, tanto más inútil cuanto que Albert nunca ha creído en nada y, con la racha que lleva, no va a empezar a creer en algo ahora. Ni aunque le diera tiempo.

Con un bestial chasquido, la ola de tierra se derrumba sobre Albert. Cabría esperar que el impacto acabara con él de forma instantánea, estaría muerto y todo habría terminado. Lo que ocurre es peor. Los guijarros y las piedras siguen cayéndole encima como una granizada y, por fin, llega la tierra, que empieza a cubrirlo, cada vez más pesada. Su cuerpo está apretado contra el suelo.

Paulatinamente, a medida que la tierra va amontonándose, queda inmovilizado, aplastado, comprimido.

La luz desaparece.

Todo se detiene.

Un nuevo orden se instala en el mundo, un mundo donde ya no existe ninguna Cécile.

Lo primero que lo sorprende, justo antes del pánico, es la interrupción del estruendo de la contienda. Como si de pronto todo hubiera enmudecido, como si Dios hubiera pitado el final del partido. Por supuesto, si prestara un poco de atención, se daría cuenta de que nada se ha detenido, de que, sencillamente, los sonidos le llegan filtrados, amortiguados por el volumen de tierra que lo cubre y aprisiona, casi inaudibles. Pero ahora mismo Albert tiene preocupaciones más urgentes que aguzar el oído para saber si la guerra continúa, porque, por lo que a él respecta, está a punto de acabar.

En cuanto cesa el estrépito, se sobrecoge. Estoy bajo tierra, piensa. Pero es solo una idea bastante abstracta. El asunto toma un cariz terriblemente concreto cuando se dice: Estoy enterrado vivo.

Y al comprender la magnitud de la catástrofe, la clase de muerte que lo espera, cuando se percató de que morirá ahogado, asfixiado, se vuelve loco, instantánea, totalmente loco. En su cabeza todo se confunde, y él aúlla, malgastando en ese inútil grito el poco oxígeno que le quedaba. Estoy enterrado, se repite hasta la extenuación, y su mente se abisma a tal punto en tan aterradora evidencia que ni siquiera se le ocurre volver a abrir los ojos. Lo único que hace es tratar de moverse en cualquier dirección. Todas las fuerzas que le quedan, todo el pánico que crece en él, se transforman en esfuerzo muscular. Debatiéndose, gasta una energía increíble. En vano.

Y de repente se detiene.

Porque acaba de percatarse de que ha movido las manos. Muy poco, pero las ha movido. Contiene la respiración. Al caer, la arcillosa y empapada tierra ha formado una especie de caparazón a la altura de sus brazos, sus hombros y su cabeza. El mundo donde está como petrificado le ha concedido algunos centímetros aquí y allá. De hecho, encima de él no hay demasiada tierra. Y lo sabe. ¿Cuarenta centímetros, quizá? Pero está tendido debajo de ella, y esa capa de tierra basta para paralizarlo, impedirle cualquier movimiento y condenarlo.

Alrededor, el suelo tiembla. La guerra continúa, los obuses siguen estremeciéndolo, sacudiéndolo.

Albert abre los ojos, al principio con timidez. Reina la noche, pero no la oscuridad total. Mínimos rayos de luz blancuzca se filtran débilmente hasta él. Una claridad de una palidez extraordinaria, apenas de este mundo.

Se obliga a respirar de forma entrecortada. Aparta los codos unos centímetros y consigue estirar un poco los pies, lo que amontona la tierra en el otro lado. Con infinita precaución, luchando contra el creciente pánico, intenta volver la cara para respirar. Al instante, un bloque de tierra cede, como una burbuja que estalla. Con un movimiento reflejo, sus músculos se tensan y su cuerpo se encoge. Pero no pasa nada más. ¿Cuánto rato permanece así, en ese equilibrio inestable, mientras el aire sigue enrareciéndose, imaginando la muerte que se avecina, cómo será carecer de oxígeno y darse cuenta de ello, que los vasos sanguíneos te estallen uno tras otro como globos, que los ojos se te abran hasta no poder más, como si intentaran ver el aire que falta? Milímetro a milímetro, mientras se esfuerza por respirar lo menos posible y no pensar, no verse en esa situación, estira la mano, palpa delante de él. De repente, nota algo bajo los dedos, pero la blancuzca claridad, aunque un poco más intensa, no le permite distinguir lo que tiene alrededor. Sus yemas rozan algo blando que no es tierra ni arcilla, algo casi sedoso, con textura.

Tarda un rato en comprender qué es.

A medida que se acostumbran a la oscuridad, sus ojos empiezan a distinguir lo que tienen delante: dos gigantescos belfos, de los que brota un líquido viscoso, unos inmensos dientes amarillentos, unos grandes ojos azulados, que se deshacen...

Una enorme y repugnante cabeza de caballo, una monstruosidad.

Albert no puede evitar un brusco movimiento de retroceso. Su cabeza golpea el caparazón, la tierra vuelve a desmoronarse sobre él, le inunda el cuello... Alza los hombros para protegerse, evita moverse y respirar. Deja pasar los segundos.

Al horadar el suelo, el obús ha desenterrado uno de los innumerables jamelgos muertos que se pudren en el campo de batalla y acaba de entregarle la cabeza a Albert. Ahora el joven y el caballo muerto están cara

a cara, casi besándose. El derrumbe ha permitido al soldado liberar las manos, pero la capa de tierra es muy pesada, muchísimo, y le comprime la caja torácica. Reanuda lentamente su entrecortada respiración, aunque sus pulmones ya no pueden más. Las lágrimas empiezan a aflorar, pero consigue reprimirlas. Se dice que llorar es aceptar la muerte.

Sería mejor que dejara de luchar, porque esto ya no durará mucho.

No es verdad que en el momento de morir veamos toda nuestra vida en un vertiginoso instante, pero sí vemos imágenes. Algunas, muy antiguas. La cara de su padre, tan nítida, tan precisa que Albert juraría que está allí, bajo tierra, con él. Seguramente es porque no tardarán en reencontrarse. Lo ve de joven, con la misma edad que tiene él ahora: treinta años y pico. Lástima que no sea el pico que necesitaría... Viste el uniforme del museo, se ha puesto pomada en el bigote y no sonríe, como en la foto del aparador. A Albert le falta el aire. Le duelen los pulmones, tiene espasmos. Trata de pensar. Pero no hay manera, la desesperación puede más que él, el espantoso miedo a la muerte le brota de las entrañas. Ahora las lágrimas afloran a su pesar. La señora Maillard lo contempla con desaprobación, está claro que este chico jamás aprenderá, mira que caerse a un agujero, hay que ver; morirse justo antes de que acabe la guerra, pase; es una idiotez, pero, en fin, puede entenderse; en cambio, morir enterrado, o sea, en el lugar de un hombre ya muerto... Muy propio de Albert, que nunca puede ser como los demás, siempre un poco peor. De todas formas, si no muriera en la guerra, ¿qué sería de este chico? Al final, la señora Maillard le sonríe. Si Albert muere, al menos habrá un héroe en la familia, lo que tampoco está tan mal.

Tiene la cara casi azul, las sienes le laten a un ritmo increíble, como si todas sus venas estuvieran a punto de estallar. Llama a Cécile, le gustaría estar otra vez entre sus piernas, apretado a más no poder, pero las facciones de Cécile no aparecen, como si ella se hallara demasiado lejos para llegar junto a él, y eso es lo que más le duele, no verla en esos momentos, que ella no lo acompañe. No tiene más que su nombre, Cécile, porque en el mundo donde se hunde ya no hay cuerpos, únicamente palabras. Le gustaría suplicarle que fuera con él, porque morir le da un miedo espantoso. Pero es inútil, va a morir solo, sin ella.

Así que hasta la vista, nos vemos allá arriba, mi querida Cécile, dentro de mucho tiempo.

Luego, el nombre de Cécile también se borra, para dar paso al rostro del teniente Pradelle, con su insoportable sonrisa.

Albert se agita como un poseso. Sus pulmones se llenan cada vez menos, silban si hace fuerza. Empieza a toser, mete el vientre. Ya no hay aire.

Agarra la cabeza del caballo, consigue aferrar los viscosos belfos, cuya carne le resbala entre los dedos, sujeta los grandes dientes amarillentos y, con un esfuerzo sobrehumano, le abre la boca y respira a pleno pulmón la pútrida vaharada que emana de ella. De ese modo, consigue ganar unos segundos de vida, se le revuelve el estómago, vomita, los espasmos vuelven a sacudirlo de pies a cabeza, pero intenta darse la vuelta en busca de una pizca de oxígeno, en vano.

La tierra pesa mucho, ya casi no hay luz, solo los temblores del suelo, aporreado por los obuses, que siguen lloviendo allá arriba... Después, ya no le llega nada. Nada. Solo un estertor.

Entonces lo invade una gran paz. Cierra los ojos.

Se desmaya, su corazón se hunde, su razón se apaga, Albert se sume en la nada.

El soldado Albert Maillard acaba de morir.

2

El teniente d'Aulnay-Pradelle, hombre resuelto, salvaje y primitivo, corría por el campo de batalla en dirección a las líneas enemigas con el ímpetu de un toro. Era impresionante esa manera suya de no temer nada. En realidad, no había en ello tanto coraje como se podría pensar. No era tan heroico; simplemente, se había convencido enseguida de que no moriría allí. Tenía la certeza de que aquella guerra no iba a matarlo, sino que le ofrecería oportunidades.

En ese repentino asalto a la cota 113, su feroz determinación se debía, por supuesto, a que odiaba a los alemanes más allá de toda medida, casi con un odio metafísico, pero también al hecho de que se acercaba el final de la contienda y le quedaba muy poco tiempo para aprovechar las ocasiones que un conflicto como aquel, el conflicto por excelencia, brindaba a los hombres como él.

Albert y el resto de la tropa lo habían intuido: aquel tipo era un aristócrata, en versión pobre. En las tres generaciones anteriores, una sucesión de desastres bursátiles y reveses varios habían dejado literalmente sin blanca a los Aulnay-Pradelle. Del antiguo esplendor de sus antepasados, el teniente solo había heredado la Sallevière, la casa familiar, en ruinas, el prestigio de su apellido, un par de ascendientes muy lejanos, algunas relaciones inciertas y un ansia por recuperar su puesto en la sociedad rayana en la obsesión. Vivía la precariedad de su situación como una injusticia, y recobrar su rango en la jerarquía aristocrática era su ambición fundamental, una auténtica monomanía por la que estaba dispuesto a sacrificarlo todo. Su padre se había pegado un tiro en el corazón en un hotel de provincias después de dilapidar lo poco que quedaba. Según la leyenda, su madre, fallecida un año después, había sucumbido al dolor. Sin hermanos ni

hermanas, el teniente se encontró con que era el último Aulnay-Pradelle, y esa circunstancia de «fin de raza» le provocaba una aguda sensación de urgencia. Tras él, la nada. La interminable decadencia de su padre lo había convencido a muy temprana edad de que la refundación de la familia descansaba únicamente sobre sus hombros, y estaba seguro de poseer la voluntad y el talento necesarios para hacerla realidad.

Añadamos a eso que era bastante atractivo, siempre que a uno lo atraigan las bellezas insulsas, claro, pero el caso es que las mujeres lo deseaban y los hombres lo envidiaban, y esas señales no engañan. Muchos considerarán que con ese físico y ese apellido solo le faltaba la fortuna. Y esa era precisamente su opinión e incluso su único credo.

Así que es comprensible que se hubiera esforzado tanto en provocar aquel ataque que tan ardientemente deseaba el general Morieux. Para el Estado Mayor, aquella cota 113 era una verruga, un punto minúsculo sobre el mapa que le hacía burla día tras día, una de esas cosas que te sacan de quicio, que son más fuertes que tú.

El teniente Pradelle carecía de esa clase de fijaciones, pero también codiciaba la cota 113, porque estaba en lo más bajo del escalafón, aquello se acababa y, al cabo de unas semanas, sería demasiado tarde para destacar. Ser teniente en tres años no estaba nada mal. Ahora, un golpe de efecto, y asunto concluido: desmovilizado como capitán.

Pradelle se sentía bastante satisfecho de sí mismo. Convencer a sus hombres de que los boches acababan de cargarse a sangre fría a dos de sus camaradas era garantía de despertar en los soldados una formidable cólera vengadora y motivarlos para lanzarse a la conquista de la cota 113. Una auténtica genialidad.

Después de ordenar el ataque, había confiado a un suboficial dirigir la primera carga. Él se quedó un poco rezagado: tenía un asuntillo que resolver antes de incorporarse al grueso de la unidad. Luego, volvería a subir hacia las líneas enemigas, adelantaría a todo el mundo con sus ágiles zancadas de deportista y llegaría entre los primeros para llevarse por delante a todos los boches que Dios pusiera en su camino.

Tras su primer toque de silbato, cuando los hombres se habían lanzado a la carga, él se situó a una buena distancia a la derecha para impedir que los

soldados se desviarán en la dirección inadecuada. Al ver a aquel tipo, ¿cómo se llamaba aquel con cara triste y unos ojos siempre llorosos?, Maillard, eso es, al verlo pararse allí delante, a la derecha, se le había helado la sangre. A saber cómo había llegado hasta allí aquel gilipollas, si acaba de salir de la trinchera.

Pradelle lo vio detenerse, volver sobre sus pasos, arrodillarse intrigado y darle la vuelta al cuerpo del viejo, Grisonnier.

Pero Pradelle no le había quitado ojo a aquel cuerpo desde el comienzo del ataque, porque tenía que encargarse de él a toda costa y hacerlo desaparecer tan deprisa como pudiera, por eso se había quedado cerrando las filas a la izquierda. Para estar tranquilo.

Y aquel gilipollas tenía que pararse en plena carrera a mirar los dos cadáveres, el del viejo y el del joven.

Pradelle arremetió al instante, como un toro, como he dicho. Albert Maillard ya se había erguido. Parecía conmocionado por el descubrimiento. Cuando vio a Pradelle correr hacia él, comprendió lo que iba a pasar e intentó huir, pero su miedo era menos efectivo que la ira del teniente. Cuando quiso reaccionar, tenía a Pradelle encima: un topetazo con el hombro en el pecho, y se precipitó al cráter de un obús y rodó hasta el fondo. Sí, solo son dos metros, a lo sumo, pero volver a salir no le resultará fácil, necesitará energía, y para cuando lo logre, Pradelle ya habrá resuelto el problema.

Y después ya no habrá nada que decir, puesto que ya no habrá ningún problema.

Pradelle se queda al borde del hoyo y mira al soldado, abajo, sin saber qué solución adoptar, pero no tarda en calmarse, pues sabe que dispone de bastante tiempo. Volverá más tarde. Da media vuelta y se aleja unos metros.

El viejo Grisonnier está tumbado con expresión hosca. La ventaja de la nueva posición es que, al darle la vuelta, Maillard lo ha acercado al cadáver del joven, Louis Thérioux, lo que facilita la tarea. Pradelle echa un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie lo observa, ocasión ideal para constatar algo: ¡menuda escabechina! Está claro que, en cuanto a efectivos, este ataque saldrá sumamente caro. Pero así es la guerra, y él no está allí para filosofar. Tira de la anilla de su granada, que coloca con toda

tranquilidad entre ambos cadáveres. Tiene tiempo para alejarse unos treinta metros y ponerse a cubierto con las manos en los oídos, antes de oír la explosión, que pulveriza los cuerpos de ambos soldados.

Dos muertos menos en la Gran Guerra.

Y dos desaparecidos más.

Ahora debe encargarse de ese gilipollas de ahí abajo, el del agujero. Pradelle saca la segunda granada. Tiene práctica, hace dos meses cogió a quince boches que acababan de rendirse y los hizo formar un círculo. Los prisioneros se interrogaban con la mirada, nadie lo entendía... Con un simple movimiento, Pradelle lanzó una granada al centro del corro dos segundos antes de que estallara. Un trabajo de experto. Cuatro años de experiencia en lanzamiento libre. Una precisión de aúpa. Cuando los tipos comprendieron lo que les caía entre las piernas, ya estaban camino del Walhalla. Ahora podrían meterles mano a las valquirias, los muy cerdos.

Es su última granada. Ya no le quedará nada que arrojar a las trincheras boches. Una pena, pero qué se le va a hacer.

En ese preciso instante, estalla un obús y una enorme ola de tierra se alza en el aire y vuelve a derrumbarse. Pradelle se pone de puntillas para ver mejor. ¡El agujero está completamente tapado!

Cojonudo. El tipo está ahí debajo. ¡Menudo gilipollas!

Encima, se ha ahorrado una granada defensiva.

Tan impaciente como siempre, echa a correr hacia las primeras líneas. Hala, vamos a aclarar las cosas con los boches. Hagámosles un buen regalo de despedida.

3

A Péricourt lo habían alcanzado en plena carrera. La bala le destrozó la pierna. Soltó un aullido animal y se desplomó en el barro. El dolor era insoportable. Se retorció y se volvía hacia todos lados sin dejar de gritar y, como no conseguía verse la pierna, que se agarraba con ambas manos a la altura del muslo, temía que un trozo de metralla se la hubiera seccionado. Hizo un esfuerzo desesperado para erguirse un poco, lo consiguió y, pese a las terribles punzadas, se sintió aliviado: su pierna seguía allí, entera. Veía el pie al final, debajo de la rodilla, hecha cisco. Sangraba mucho. Podía mover un poco la punta del pie, sufría como un condenado, pero podía moverla. A pesar del caos, de las balas que silbaban, de los proyectiles de metralla, pensó «tengo la pierna». Y se tranquilizó, porque la idea de quedarse cojo no le hacía ni pizca de gracia.

A veces lo llamaban el Pequeño Péricourt en son de broma, porque, para ser un chico nacido en 1895, era extraordinariamente alto, un metro ochenta y tres, ahí es nada. Además, con esa altura, uno siempre parece delgado. A los quince años ya era así. En el instituto, sus compañeros lo llamaban el Gigante, y no siempre con cariño, porque no era demasiado popular.

Édouard Péricourt, un tío con suerte.

En los colegios a los que había ido, todos eran como él, niños ricos a quienes no les podía pasar nada, que entraban en la vida armados de certezas y de una seguridad cimentada por todas las generaciones de afortunados antepasados que los habían precedido. El caso de Édouard era aún más grave que el de los demás, porque encima tenía buena suerte. Y la gente puede perdonarlo todo, el dinero, el talento... pero la suerte, no, eso es demasiado injusto.

En realidad, más que buena estrella, lo que tenía Édouard era un extraordinario instinto de supervivencia. Cuando el peligro era demasiado grande, cuando las cosas se ponían feas, algo lo avisaba; tenía antenas y hacía lo necesario para seguir en la brecha sin salir malparado. Desde luego, viendo a Édouard Péricourt en esta situación, hundido en el fango con una pierna destrozada el 2 de noviembre de 1918, cabe preguntarse si no se han cambiado las tornas, y de qué modo. En realidad, no, en absoluto, porque no perderá la pierna. Cojeará el resto de su vida, pero sobre dos piernas.

Édouard se quitó el cinturón a toda prisa y se hizo un torniquete, que apretó muy fuerte para cortar la hemorragia. Luego, agotado por el esfuerzo, se relajó y se tumbó. El dolor remitió un poco. Tendría que quedarse así un rato, pero no le gustaba la postura. Se arriesgaba a que lo despanzurrara un obús, o a algo peor... En esa época corría un rumor: por la noche, los alemanes salían de las trincheras e iban a rematar a los heridos con arma blanca.

Para relajar los músculos, apoyó la nuca en el barro con fuerza. Sintió algo de frescor. Ahora veía cuanto había detrás de él al revés. Como si estuviera en el campo, tendido bajo un árbol. Con una chica. Era algo que nunca había hecho con una chica. Las chicas que conocía eran sobre todo las de los burdeles de la zona de Beaux-Arts.

No le dio tiempo a remontarse más en el recuerdo, porque de pronto vio la alta silueta del teniente Pradelle. Momentos antes, mientras se derrumbaba, se retorció de dolor en el suelo y se hacía el torniquete, Édouard había dejado a todo el mundo corriendo hacia las líneas alemanas, y de repente veía al teniente Pradelle a diez metros detrás de él, de pie, inmóvil, como si la guerra hubiera acabado.

Édouard lo ve de lejos, al revés y de perfil. Con las manos en el cinturón, Pradelle se mira los pies. Parece un entomólogo inclinado sobre un hormiguero. Imperturbable en medio del caos. Como un dios del Olimpo. A continuación, como si el asunto hubiera acabado o dejado de interesarle, aunque también puede ser que haya observado lo suficiente, desaparece. Que un oficial se pare en pleno ataque a mirarse los pies es tan sorprendente que, por un instante, Édouard no siente dolor. Aquello no es normal. Ya es raro que Édouard haya dejado que le destrocen una pierna; ha

pasado por la guerra sin un rasguño, sorprende que ahora esté tendido en el suelo con una pierna hecha pedazos, pero, en definitiva, en la medida en que eres soldado y participas en un conflicto considerablemente cruento, que como mínimo te hieran cabe dentro de lo posible. En cambio, que un oficial se detenga bajo las bombas para mirarse los pies...

Péricourt relaja los músculos, apoya la espalda en el suelo y procura respirar con las manos apretadas en torno a la rodilla, justo encima del improvisado torniquete. Pasados unos minutos, no puede evitar arquearse y volver a mirar hacia donde hace un rato estaba Pradelle... Nada. El teniente ha desaparecido. La línea de ataque ha seguido avanzando, las explosiones se han alejado varias decenas de metros. Édouard podría quedarse allí y concentrarse en su herida. Por ejemplo, podría reflexionar y decidir si es mejor esperar ayuda o intentar desplazarse hacia atrás, pero permanece con el cuerpo arqueado como una carpa fuera del agua, con los riñones levantados y los ojos clavados en ese sitio.

Por fin, se decide. Y le resulta muy duro. Se alza sobre los codos para avanzar hacia atrás. La pierna derecha ya no le responde, toda la fuerza la hacen los antebrazos, con el apoyo justo de la pierna izquierda. La otra se arrastra por el fango como un miembro muerto. Cada metro supone un penoso esfuerzo. Y no sabe por qué lo hace. Sería incapaz de explicarlo. Salvo que el tal Pradelle es un hombre realmente inquietante, nadie sabe de qué va. Confirma el dicho de que el auténtico peligro para el soldado no es el enemigo, sino los mandos. Édouard tal vez no está lo bastante politizado como para decirse que es lo propio del sistema, pero desde luego su mente va en esa dirección.

De pronto, se detiene en seco. No se habrá arrastrado más de siete u ocho metros cuando una terrible explosión, un obús de un calibre inaudito lo paraliza. Puede que estar pegado al suelo amplifique las detonaciones. Tensa el cuerpo, rígido, tieso como un palo, y ni su pierna derecha resiste tal rigidez. Parece un epiléptico en pleno ataque. Sus ojos siguen clavados en el sitio en que se encontraba Pradelle hace unos minutos, cuando ve una enorme masa de tierra elevarse en el aire como una oscura y furiosa ola. La ve tan cerca, tan inmensa, que tiene la sensación de que va a sepultarlo. La ola empieza a desplomarse con un estruendo terrible, tan sordo como el

suspiro de un ogro. Las explosiones, los silbidos de las balas, las bengalas que estallan en el cielo ya no son nada al lado de ese muro de tierra que se derrumba cerca de él. Petrificado, cierra los ojos. El suelo vibra bajo su cuerpo. Édouard se encoge y aguanta la respiración. Cuando vuelve a abrir los ojos y comprueba que sigue vivo, siente que se ha salvado de milagro.

La tierra ha acabado de caer. Al instante, como una enorme rata de trinchera, con una energía que no sabe de dónde le viene, vuelve a arrastrarse de espaldas, se detiene donde Dios le da a entender y, de pronto, comprende: ha llegado al sitio en que se ha derrumbado la ola y, allí, de la tierra casi pulverulenta, asoma la punta de un objeto de acero. Unos centímetros. Es el extremo de una bayoneta. La cosa está clara. Ahí abajo hay un soldado enterrado.

El caso del enterramiento es un gran clásico, uno de los muchos de los que ha oído hablar, pero al que no se ha enfrentado personalmente. En las unidades en que ha combatido, solía haber zapadores con palas y picos para tratar de desenterrar a los tipos que se encontraban en situación tan desesperada. Siempre llegaban demasiado tarde: los sacaban con la cara cianótica y los ojos como si les hubieran explotado. Por un instante, la sombra de Pradelle vuelve a cruzar la mente de Édouard, pero prefiere no pensar en ello.

Actuar, deprisa.

Se pone boca abajo soltando un aullido, porque ahora la herida de la pierna, de nuevo abierta, ardiente, se aplasta contra el suelo. Aún no se ha apagado su ronco grito cuando los dedos de Édouard, crispados como garras, empiezan a escarbar febrilmente en la tierra. Ridícula herramienta si al individuo sepultado ahí abajo ya ha empezado a faltarle el aire... No tarda en comprenderlo. ¿A qué profundidad estará? Si al menos tuviera algo con que cavar... Se vuelve hacia la derecha. Sus ojos solo ven cadáveres, allí no hay otra cosa, ningún útil, nada de nada. La única solución es intentar sacar la bayoneta y utilizarla para cavar, pero tardará horas en conseguirlo. Tiene la sensación de que el tipo lo está llamando. Por supuesto, aunque no estuviera a mucha profundidad, con el estrépito reinante sería imposible oírlo por más que aullara, son imaginaciones suyas, le hierve el cerebro. Sin embargo, se percata de la urgencia de la situación.

A un enterrado, o lo sacas enseguida o lo sacas muerto. Mientras escarba con las uñas alrededor del trozo de bayoneta que emerge del suelo, Édouard se pregunta si lo conocerá. Por su cabeza desfilan apellidos, caras de compañeros de unidad. Dadas las circunstancias, es absurdo, pero le gustaría salvar a ese tipo y que fuera alguien con quien ha hablado, alguien que le caiga bien. Eso, una idea como esa, lo hace apresurarse. Le duelen los dedos y, una y otra vez, se vuelve a derecha e izquierda buscando con la mirada cualquier cosa que pudiera serle de ayuda. En vano. Ha conseguido apartar unos diez centímetros de tierra alrededor de la bayoneta, pero cuando intenta sacarla no se mueve ni un milímetro, es como un diente sano, es descorazonador. ¿Cuánto lleva afanándose, dos minutos, tres? Puede que el tipo ya haya muerto. A causa de la postura, empiezan a dolerle los hombros. No va a aguantar mucho rato; una mezcla de duda y agotamiento se apodera de él, sus movimientos se vuelven lentos, le cuesta respirar, se le agarrotan los bíceps, le da un calambre, golpea la tierra con el puño... Y de pronto, está seguro: ¡algo se ha movido! Se le saltan las lágrimas, está llorando de verdad, ha cogido la punta de acero con ambas manos y tira de ella y la agita con todas sus fuerzas y sin parar, se enjuga con el brazo las lágrimas que le bañan el rostro, de repente parece fácil, deja de menear la hoja de acero, vuelve a escarbar y hunde la mano para intentar extraer la bayoneta. Cuando al fin cede, Édouard suelta un grito triunfal. Al sacarla, por un instante la mira incrédulo, como si fuera la primera vez que ve una, pero acto seguido vuelve a clavarla con rabia, rugiendo y aullando mientras apuñala la tierra. Dibuja un amplio círculo con el mellado filo y, poniendo la hoja horizontal, la pasa bajo la tierra para levantarla y, a continuación, apartarla con la mano. ¿Cuánto tarda? El dolor de la pierna va en aumento. Al final lo consigue, ve algo, lo toca, un trozo de tela, un botón, sigue escarbando como un poseso, como un auténtico perro de caza, vuelve a palpar, es una guerrera, mete las manos, los brazos, es como si la tierra se hubiera hundido en un agujero, Édouard nota cosas, no sabe qué. Luego se topa con la lisa superficie de un casco, sigue el contorno, y las yemas de sus dedos tocan al tipo. «¡Eh!». Édouard sigue llorando y al mismo tiempo grita, mientras sus brazos, poseídos por una fuerza descontrolada, hacen limpieza, barren furiosamente la tierra. Por fin la

cabeza del soldado aparece a menos de treinta centímetros, como si estuviera dormido. Édouard lo reconoce, ¿cómo se llama? Está muerto. Y la idea es tan desgarradora que se queda quieto mirando a su compañero, que está justo debajo, y por un segundo se siente tan muerto como él, lo que contempla es su propia muerte, y eso le produce un dolor inmenso, inmenso...

Llorando, desentierra el resto del cuerpo, ahora va muy rápido, aparecen los hombros, el pecho, el torso hasta la cintura. ¡Ante el rostro del soldado hay una cabeza de caballo! Es curioso que hayan acabado enterrados juntos, así, frente a frente, piensa. A través de las lágrimas, imagina el dibujo que podría hacerse, no puede evitarlo. Acabaría antes si lograra ponerse de pie, cambiar de postura, pero aun así está consiguiéndolo, mientras dice cosas muy tontas en voz alta. Dice «No te apures», berreando, como si el otro pudiera oírlo; le dan ganas de estrecharlo contra su pecho y decirle cosas de las que se avergonzaría si alguien lo oyera, porque en el fondo está llorando su propia muerte. Está llorando su miedo retrospectivo, ahora puede confesárselo, el miedo que lo consume desde hace dos años a ser un día el soldado muerto y no un soldado que solo esté herido. Es el final de la guerra, las lágrimas que derrama sobre su camarada son las de su juventud, las de su vida. Qué suerte ha tenido... Lisiado, arrastrando una pierna el resto de su vida. Pero qué suerte. Está vivo. Con grandes brazadas, acaba de desenterrar el cuerpo.

En ese momento se acuerda del apellido: Maillard. El nombre nunca lo ha sabido, todos lo llamaban Maillard.

Y una duda. Acerca el rostro al de Albert, le gustaría que se callara el mundo, un mundo que estalla por todas partes a su alrededor, para escuchar, porque se pregunta: ¿seguro que está muerto? Aunque está tumbado cerca de él y en esa postura no es nada fácil, Édouard lo abofetea como puede. La cabeza de Maillard sigue la inercia del golpe sin resistirse. Eso no significa nada, y la idea que se le ha metido en la cabeza a Édouard de que quizá el soldado no esté muerto del todo es una mala idea que aún va a hacerle más daño, pero, en fin, así son las cosas; ahora que tiene esa duda, esa sospecha, necesita comprobarlo a toda costa, por penoso que nos resulte a nosotros verlo. Dan ganas de gritarle déjalo, has hecho cuanto has podido, dan ganas

de cogerle las manos con mucha suavidad y apretárselas entre las nuestras para que pare de moverse de ese modo, de exaltarse, dan ganas de decirle las cosas que se les dice a los niños que sufren ataques de nervios, de abrazarlo hasta que se le agoten las lágrimas. En una palabra, de consolarlo. Pero alrededor de Édouard no hay nadie, ni usted ni yo estamos allí para mostrarle el buen camino, y esa idea de que tal vez Maillard no esté realmente muerto le viene de muy lejos. Lo vio una vez, o quizá se lo contaron: una leyenda del frente, una de esas cosas que nadie ha presenciado en persona. Un soldado al que creían muerto y luego reanimaron. Era el corazón, que volvió a latir.

Apenas le ha dado tiempo a pensar todo eso cuando, pese al dolor y por increíble que parezca, Édouard se yergue sobre la pierna sana. Ve su pierna derecha arrastrando detrás de él, pero la distingue a través de una niebla en la que se mezclan el miedo, el agotamiento, el dolor y la desesperación.

Édouard se prepara para tomar impulso.

Por un segundo, permanece de pie sobre una sola pierna, como una garza, en un equilibrio precario; después echa un vistazo a sus pies y, con una corta pero honda inspiración, se deja caer sobre el pecho de Albert a plomo, con todo su peso.

El crujido es siniestro: costillas aplastadas, partidas. Édouard oye un estertor. La tierra se mueve debajo de él, que se desliza hacia abajo, como si resbalara de una silla; pero lo que se ha levantado no es la tierra, sino Albert, que ha vuelto, que está echando hasta la primera papilla, que empieza a toser. Édouard no da crédito a sus ojos, de los que vuelven a brotar las lágrimas; desde luego, no me negará que este Édouard es un tipo con suerte. Albert sigue vomitando, Édouard le pega alegres palmaditas en la espalda, llorando y riendo. Ahí está, sentado en este devastado campo de batalla, junto a una cabeza de caballo, con una pierna ensangrentada y doblada hacia atrás, al borde de la extenuación, con un tipo que ha vuelto de entre los muertos vomitando...

Como final de una guerra, no está nada mal. Una bonita imagen. Pero no es la última. Mientras Albert Maillard recobra lentamente la conciencia y toma aire violentamente tumbado sobre un costado, Édouard, más tieso que un palo, maldice al cielo, como si se fumara un cartucho de dinamita.

En ese preciso instante llega a su encuentro un trozo de metralla del tamaño de un plato sobero. Bastante grueso y a una velocidad vertiginosa. La respuesta de los dioses, sin duda.

4

Los dos soldados volvieron a la vida de forma bastante distinta.

Albert, que había regresado de entre los muertos echando hasta las tripas, recobró poco a poco la conciencia en un cielo surcado por proyectiles, señal de que estaba de vuelta en el mundo real. Aún no podía saberlo, pero el ataque provocado y dirigido por el teniente Pradelle tocaba a su fin. La cota 113 se había conquistado con bastante facilidad. Tras una resistencia enérgica pero breve, el enemigo se había rendido, y se habían hecho prisioneros. Todo, de principio a fin, había sido puro trámite, con treinta y ocho muertos, veintisiete heridos y dos desaparecidos (los boches no contaban); es decir, un balance excelente.

Cuando los camilleros lo recogieron en el campo de batalla, Albert tenía sobre las rodillas la cabeza de Édouard Péricourt, al que canturreaba y mecía en un estado que sus salvadores describieron como de «alucinación». Tenía todas las costillas astilladas, fisuradas o fracturadas, pero los pulmones estaban intactos. Sentía terribles dolores, lo cual era una buena señal, porque era indicio de que estaba vivo. Aun así, no se encontraba muy en forma y, en caso de que hubiera deseado hacerlas, habría tenido que dejar para más adelante las reflexiones sobre los interrogantes que planteaba su situación.

Por ejemplo, ¿qué milagro, qué misericordioso ser superior, qué inconcebible azar había hecho que su corazón dejara de latir apenas unos segundos antes de que el soldado Péricourt se lanzara a una operación de reanimación ejecutada con una técnica sumamente personal? Lo único que podía decir Albert era que la máquina había vuelto a arrancar, con trompicones, sacudidas y traqueteos, pero intacta en lo esencial.

Después de vendarlo cuidadosamente, los médicos habían declarado que sus conocimientos llegaban hasta ahí y lo habían relegado a una inmensa sala común donde cohabitaban, mal que bien, soldados agonizantes, mutilados de todo tipo y heridos más o menos graves, y donde los más sanos jugaban a las cartas pese a sus férulas, mirando entre los resquicios de los vendajes.

Gracias a la toma de la cota 113, el hospital de avanzada, que en las últimas semanas se había aletargado ligeramente en espera del armisticio, había reanudado la actividad; pero como el ataque no había sido demasiado cruento, se había podido trabajar a un ritmo normal, algo inconcebible desde hacía casi cuatro años. Un ritmo que permitía a las hermanas enfermeras dedicarse un poco a los heridos que se morían de sed. O que los médicos no tuvieran que renunciar a atender a los soldados mucho antes de que estuvieran realmente muertos. O que los cirujanos no se retorcieran de dolor a causa de los calambres tras setenta y dos horas sin dormir serrando fémures, tibias y húmeros.

Desde su llegada, Édouard había sido sometido a dos intervenciones urgentes. Tenía la pierna derecha fracturada en varios sitios, ligamentos y tendones rotos... Cojearía toda su vida. La operación más importante consistió en explorarle las heridas del rostro para retirar los cuerpos extraños, en la medida en que un hospital de campaña lo permitía. Se había procedido a vacunarle y hecho lo preciso para restablecer las vías respiratorias y cortar de raíz los riesgos de gangrena gaseosa, y las heridas habían sido convenientemente sajas para evitar que se infectaran. Lo demás, es decir, lo esencial, habría que confiarlo a un hospital de la retaguardia mejor equipado, antes de considerar, si el herido no moría, enviarlo a un centro especializado.

Había orden de trasladar a Édouard con la máxima urgencia, pero, entretanto, se autorizó a Albert, cuya historia, cien veces contada y otras cien deformada, circuló enseguida por todo el hospital, a permanecer a la cabecera de su compañero. Afortunadamente, había sido posible acomodar al herido en una habitación individual, en un sector privilegiado del centro

situado en el extremo sur, desde donde no se oían constantemente los gemidos de los moribundos.

Albert asistió casi impotente a la vuelta a la realidad de Édouard en sucesivas etapas, actividad caótica y agotadora sobre la que no comprendió gran cosa. A veces, sorprendía expresiones, gestos del joven que creía interpretar con acierto, pero eran tan fugaces que, cuando quería encontrar una palabra para designarlos, ya habían cesado. Como ya he indicado, Albert nunca fue de reacciones rápidas, y el pequeño incidente que acababa de sufrir no había mejorado en nada ese rasgo.

Édouard sufría terriblemente a causa de las heridas, aullaba y se agitaba con tal furia que hubo que atarlo a la cama. Albert comprendió entonces que no le habían dado aquella habitación al final del edificio para su propia comodidad, sino para ahorrarles a los demás sus continuas quejas. Cuatro años de guerra no habían bastado: su ingenuidad seguía siendo casi infinita.

Se pasó horas enteras retorciéndose las manos mientras oía aullar a su compañero, cuyos gritos, que iban del gemido al rugido, pasando por el sollozo, recorrieron en unas cuantas horas toda la gama de lo que un hombre puede expresar cuando se encuentra constantemente en los límites del dolor y la locura.

Albert, que era incapaz de plantar cara a un subjefe de servicio de su banco, se convirtió en ferviente defensor, alegó que el trozo de metralla que había alcanzado a su compañero no era una mota de polvo en el ojo, etcétera. A su nivel, se las arregló bien; a él le pareció que resultaba eficaz. En realidad, solo había sido patético, lo que aun así bastó. Como más o menos se había hecho cuanto se podía a la espera del traslado, el joven cirujano aceptó administrar morfina a Édouard para calmarle el dolor, a condición de que fuera la dosis estrictamente necesaria y se redujera de forma paulatina. Era impensable que el herido permaneciera allí mucho tiempo; su estado precisaba atención rápida y especializada. Su traslado era uno de los más urgentes.

Gracias a la morfina, el lento despertar de Édouard fue menos agitado. Sus primeras sensaciones conscientes resultaron bastante confusas, frío,

calor, algunos ecos difíciles de distinguir, voces que él no reconocía... Pero lo más agotador eran aquellas punzadas que le recorrían la parte superior del cuerpo a partir del pecho y se fundían con los latidos del corazón, una serie ininterrumpida de oleadas que se convertían en un calvario conforme disminuía el efecto de la morfina. Su cabeza era una caja de resonancia, cada ola culminaba con un grave y sordo choque parecido al de los salvavidas de los barcos contra el muelle cuando llegan a puerto.

También notaba la pierna. La derecha, machacada por una traidora bala, herida que él mismo había contribuido a empeorar al acudir al rescate de Albert Maillard. Pero ese dolor se esfumó igualmente por efecto de las drogas. Édouard percibía de un modo muy confuso que seguía teniendo la pierna, lo que era cierto. Hecha trizas, sí, pero todavía en condiciones de prestar (al menos parcialmente) los servicios que cabe esperar de una pierna al regreso de la Primera Guerra Mundial. Su conciencia de lo que ocurría continuó mucho tiempo enturbiada, perturbada por imágenes. Vivía en un sueño caótico e ininterrumpido en el que se sucedía sin orden ni concierto un condensado de cuanto había visto, conocido, oído y sentido hasta entonces.

Su cerebro mezclaba la realidad con dibujos y pinturas, como si la vida solo fuera una obra complementaria y multiforme de su museo imaginario. Las evanescentes bellezas de Botticelli o el súbito terror del muchacho mordido por un lagarto de Caravaggio sucedían al rostro de una verdulera ambulante de la rue des Martyrs cuya seriedad siempre lo había impresionado o, a saber por qué, a un falso cuello de su padre que tenía un tono ligeramente rosáceo.

En ese batiburrillo de banalidades de la vida real, personajes del Bosco, desnudos y coléricos guerreros, irrumpía de forma recurrente *El origen del mundo*. A pesar de que solo hubiera visto el cuadro una vez, a escondidas, en casa de un amigo de la familia. Esto que cuento sucedió mucho antes de la guerra, Édouard debía de tener once o doce años. En esa época aún iba al instituto Sainte-Clotilde. A santa Clotilde, hija de Chilperico y Caratena, a esta última, una lagartona de cuidado, Édouard la había dibujado en todas las posturas, sentada encima de su tío Godegisil, a cuatro patas delante de Clovis y chupándosela al rey de los burgundios hacia el 493, mientras

Remi, obispo de Reims, se la metía por detrás. Eso le había costado la tercera y definitiva expulsión. Todo el mundo coincidía en que los dibujos eran de un realismo asombroso, a saber en qué modelos se había fijado, a su edad, pues no faltaba detalle... Su padre, que consideraba el arte una depravación propia de sifilíticos, apretaba los labios. De hecho, antes de lo de santa Clotilde, las cosas ya no le iban demasiado bien a Édouard. Sobre todo con su padre. Édouard siempre se había expresado dibujando. En cada uno de los colegios, tarde o temprano, todos sus profesores se habían hecho acreedores a la correspondiente caricatura de metro y medio de alto en la pizarra. Y no hacía falta que las firmara: eran Péricourts legítimos. Con los años, su inspiración, centrada en la vida de las instituciones de enseñanza donde, gracias a sus influencias, su padre conseguía que lo admitieran, se había abierto poco a poco a nuevos temas, lo que podríamos llamar su «período santo», que culminó en la escena en que la señorita Juste, profesora de Música, aparecía como Judith sosteniendo con expresión libidinosa la cabeza cortada de un Holofernes igualito al señor Lapurce, titular de Matemáticas. Se sabía que aquellos dos estaban liados. Hasta su ruptura, simbolizada por aquella admirable imagen de la decapitación gracias a Édouard, que llevaba la crónica, habían podido contemplarse no pocos episodios escabrosos en pizarras, paredes y folios que los mismos profesores, al descubrirlos, se pasaban de mano en mano antes de entregárselos al director. Nadie lograba ver en el patio de recreo al aburrido profesor de Matemáticas sin imaginarlo al instante como un lujurioso sátiro dotado de una pasmosa virilidad. En esa época, Édouard tenía ocho años. La escena bíblica le valió una cita en los despachos del poder. La entrevista no mejoró la situación. Cuando el director, agitando el dibujo en el aire, mencionó a Judith en tono escandalizado, Édouard le hizo notar que, efectivamente, la joven agarraba la cabeza por el pelo, pero dado que estaba en una bandeja habría sido más acertado identificar al personaje con Salomé y no con Judith y, en consecuencia, al propietario de la cabeza con san Juan Bautista y no con Holofernes. Édouard también tenía ese lado pedante, salidas de sabiondo que irritaban lo suyo.

Sin duda, su período de mayor inspiración, el que podríamos calificar de «florecente», empezó en la época de la masturbación, con obras rebosantes

de inventiva e imaginación. Sus frescos pusieron en escena a la totalidad del personal —incluido el servicio, lo que les otorgaba a estos una dignidad que resultaba muy hiriente para la dirección del instituto— en vastas composiciones en las que la abundancia de personajes permitía las combinaciones sexuales más originales. Hacían reír, aunque, al descubrir aquella imaginería erótica, inevitablemente todos se formulaban preguntas sobre su propia vida, mientras los más perspicaces entreveían una preocupante inclinación por las relaciones, por así decirlo, dudosas.

Édouard dibujaba a todas horas. Lo consideraban un depravado porque le encantaba escandalizar —no perdía ocasión—, pero el asunto de la sodomización de santa Clotilde por parte del obispo de Reims había disgustado realmente a la institución. Y a sus padres. Los había abochornado. Como de costumbre, su padre pagó para evitar el escándalo. Sin embargo, nada consiguió ablandar a la institución. Tratándose de sodomía, se mostraron inflexibles. Todos contra Édouard. Salvo algunos compañeros, en especial los que se excitaban con sus dibujos, y su hermana, Madeleine. Ella se había reído de lo lindo, pero no de que el obispo enculara a Clotilde, que eso era historia antigua, sino imaginándose la cara del director, el padre Hubert. Ella también había estudiado en Sainte-Clotilde, sección chicas, y lo conocía muy bien. A Madeleine le hacían mucha gracia la desfachatez de su hermano y sus continuas insolencias, y le encantaba revolverle el pelo, aunque él tenía que dejarle, porque pese a ser el menor, era tan alto... Édouard inclinaba la cabeza y ella hundía los dedos en su densa cabellera y le frotaba el cuero cabelludo con tanta energía que él acababa suplicándole piedad entre risas. No les habría gustado que su padre los sorprendiera de esa manera.

Volviendo a Édouard y su educación, las cosas habían acabado bien, porque sus padres eran muy ricos, pero nada había ido como debía. El señor Péricourt, que ya ganaba un dineral antes de la guerra, era de esas personas a quienes las crisis enriquecen, como si estuvieran hechas a su medida. La fortuna de mamá nunca se mencionaba, habría sido malgastar saliva, como preguntar desde cuándo había sal en el mar. Pero como mamá había muerto joven de una enfermedad del corazón, papá se había quedado solo a los mandos. Absorbido por sus negocios, había delegado la educación de sus

hijos en colegios, profesores e institutrices. En personal a sueldo. Édouard tenía una inteligencia que todos consideraban superior a la media, un talento innato para el dibujo tan increíble que hasta sus profesores de Bellas Artes se habían quedado pasmados, y una buena suerte insolente. ¿Qué más podía pedir? Quizá siempre había sido tan provocador por todas esas razones. Saber que no corres ningún peligro, que todo se arreglará, te desinhibe. Puedes decir todo lo que te apetezca y como te apetezca. Aparte, da tranquilidad: cuanto más te expones, mejor calibras la fuerza de tus asideros. De hecho, el señor Péricourt sacó a su hijo de todos los atolladeros, pero lo hizo por su propio bien, pues no quería que su apellido quedara mancillado. Y no resultaba fácil, porque Édouard suponía un desafío permanente, le encantaban los escándalos. Cuando su padre acabó desentendiéndose de su suerte y su porvenir, el hijo aprovechó para ingresar en Bellas Artes. Con una hermana que lo adoraba y protegía, un padre tremendamente conservador que renegaba de él sin cesar y aquel talento indiscutible, Édouard lo tenía casi todo para triunfar. Bueno, ya se va viendo que no va a ser exactamente así; pero en el momento en que la guerra toca a su fin, esa es la situación objetiva. Aparte de la pierna. Que está hecha un auténtico cisco.

Por supuesto, mientras lo cuida y le cambia las sábanas, Albert no tiene la menor idea de todo eso. Lo único que sabe es que, fuera cual fuese hasta entonces, la órbita de Édouard Péricourt cambió radicalmente de trayectoria el 2 de noviembre de 1918.

Y que muy pronto su pierna derecha se convertirá en la menor de sus preocupaciones.

Así pues, Albert no se separó de su compañero y se convirtió en el auxiliar voluntario de las enfermeras. Ellas se encargaban de las curas para evitar los riesgos de infección y de la alimentación a través de sonda (le intubaban una mezcla de leche y huevos desleídos o jugo de carne); Albert, de todo lo demás. Cuando no estaba enjugándole la frente con un paño húmedo o haciéndole beber con infinita precaución, estaba cambiándole el empapador. En esos momentos, apretaba los dientes, se volvía, se tapaba la nariz y

miraba a otro lado, tratando de convencerse de que el futuro de su compañero podía depender de la escrupulosidad de aquella desagradable tarea.

Así que centraba toda su atención en los dos siguientes quehaceres: tratar de dar en vano con un método que le permitiera respirar sin levantar las costillas y hacerle compañía a Édouard, en espera de la ambulancia.

Y entretanto no dejaba de evocarlo medio tumbado sobre él cuando había regresado de entre los muertos. Pero, como telón de fondo, lo que lo obsesionaba era la imagen del canalla del teniente Pradelle. Albert dedicó una cantidad incalculable de horas a imaginar lo que le haría cuando se cruzara en su camino. Volvía a verlo correr hacia él por el campo de batalla y sentía de nuevo, casi físicamente, la forma en que, por así decirlo, lo había absorbido el cráter del obús. No obstante, le costaba concentrarse largo rato y reflexionar, como si su mente aún no hubiera recuperado la velocidad de crucero.

Sin embargo, poco después de su regreso a la vida, le había venido a la cabeza una frase: habían intentado matarlo.

Sonaba extraño, pero no descabellado. En el fondo, una guerra mundial no es más que un intento de asesinato generalizado en un continente. Solo que aquel intento en concreto iba dirigido a él en persona. A veces, mirando a Édouard Péricourt, Albert revivía el instante en que había empezado a faltarle el aire, y montaba en cólera. Dos días después, estaba dispuesto a convertirse también en un asesino. Tras cuatro años de guerra, ya iba siendo hora.

Cuando estaba solo pensaba en Cécile. Era como si la hubiese apartado, pero la echaba muchísimo de menos. La precipitación de los acontecimientos lo había propulsado a otra vida, aunque, como ninguna vida era posible si Cécile no la habitaba, se consolaba con su recuerdo, miraba su foto, pasaba revista a sus innumerables perfecciones, las cejas, la nariz, los labios, la misma barbilla, la boca, cómo podía existir algo tan increíble como su boca. Se la iban a robar. Un día, llegaría alguien y le quitaría a Cécile. O se iría ella. Se daría cuenta de que, en el fondo, Albert era muy poca cosa, mientras que ella... Solo sus hombros ya... Y pensar en eso lo mataba, le hacía vivir horas espantosamente tristes. Total, para qué,

se decía. Entonces cogía una hoja de papel e intentaba escribirle una carta. ¿Tenía que contárselo todo a Cécile, que solo esperaba una cosa, precisamente que no le hablaran más de la guerra, que la dichosa guerra acabara de una vez?

Cuando no pensaba en lo que iba a escribirle a Cécile, o a su madre (primero a Cécile y luego, si le daba tiempo, a su madre), cuando no estaba atareado con su trabajo de enfermero, Albert les daba vueltas a las cosas.

Por ejemplo, la cabeza de caballo sepultada junto a él le venía a la mente a menudo. Curiosamente, al cabo de un tiempo perdió su carácter monstruoso. Ni siquiera la vaharada de aire pútrido que había emanado de ella y que él había respirado en su intento de sobrevivir le parecía ya tan inmundicia y repulsiva. Por otra parte, mientras que la imagen de Pradelle de pie al borde del cráter se le aparecía con una exactitud fotográfica, la cabeza del caballo, que le habría gustado recordar con detalle, se difuminaba, perdía colores y trazos. La imagen se desvanecía pese a sus esfuerzos de concentración, lo que le causaba una sensación de carencia que de algún modo lo inquietaba. La guerra acababa. No era momento de balances, sino la terrible hora del presente, en que se constata la magnitud de los daños. Como los soldados que habían pasado cuatro años encorvados bajo la metralla y que, literalmente, no volverían a erguirse y seguirían andando así el resto de sus vidas, con aquel invisible peso sobre ellos, Albert presentía —sabía— que algo jamás volvería: la serenidad. Desde hacía meses, desde la primera herida en la batalla del Somme, desde las interminables noches en que, con el temor incesante a una bala perdida, recorría el campo de batalla como camillero en busca de heridos, y aún más desde que había regresado de entre los muertos, sabía que, poco a poco, un miedo indefinible pero vívido, casi palpable, había acabado adueñándose de él. A lo que se sumaban los devastadores efectos de su enterramiento. Una parte de él seguía bajo tierra; su cuerpo había emergido, pero una parte de su cerebro, prisionera y aterrorizada, había quedado atrapada allí abajo. Aquella experiencia estaba grabada en su carne, en sus movimientos, en sus miradas. En cuanto salía de la habitación era presa de la angustia, aguzaba el oído al menor rumor de pasos, se asomaba con cautela por las puertas antes de abrirlas del todo, andaba pegado a las paredes, sentía sin cesar que

había alguien detrás de él, escrutaba las facciones de sus interlocutores y siempre se quedaba cerca de la salida, por si acaso. Con la mirada siempre alerta, no dejaba de moverse ni un momento. Cuando estaba a la cabecera de Édouard, necesitaba mirar por la ventana, porque la atmósfera de la habitación lo asfixiaba. Permanecía en guardia, todo le hacía desconfiar. Tendría que convivir con aquello toda la vida, lo sabía. Con aquella inquietud irracional, al modo del hombre que un día se sorprende sintiendo celos y comprende que en adelante deberá lidiar con esa nueva enfermedad. Ese descubrimiento entristeció a Albert profundamente.

La morfina había surtido efecto. Aunque las dosis disminuirían de manera progresiva, de momento a Édouard le correspondía una ampolla cada cinco o seis horas, ya no se retorció de dolor y en su habitación ya no se oían constantemente sus desgarradores gemidos, interrumpidos por aullidos que helaban la sangre. Cuando no estaba dormitando, parecía flotar, pero debía seguir atado a la cama, para evitar que tratara de rascarse las heridas abiertas.

Albert y Édouard nunca se habían tratado, se habían visto, cruzado, saludado, tal vez sonreído de lejos en alguna ocasión, pero nada más. Édouard Péricourt: un compañero como tantos otros, cercano y a la vez tremendamente anónimo. Ahora, un enigma, un misterio para Albert.

Al día siguiente de la llegada de ambos al hospital, Albert reparó en que las pertenencias de Édouard estaban en la parte de abajo del armario de madera, una de cuyas puertas se abría chirriando con la más leve corriente de aire. Cualquiera podía entrar y, por qué no, robarlas. Decidió ponerlas a buen recaudo. Al coger el petate que debía de contener los efectos personales de su compañero, tuvo que admitir en conciencia que no lo había hecho antes porque no habría podido resistir la tentación de echar un vistazo. No lo había hecho por respeto a Édouard. Esa era una de las razones, pero había otra. Aquello le recordaba a su madre. La señora Maillard era de esas madres que registran. Albert se había pasado la infancia aguzando el ingenio para ocultarle secretos en el fondo insignificantes, que la señora Maillard siempre acababa descubriendo y

blandiendo ante su hijo, mientras lanzaba sobre él una lluvia de reproches. Daba igual que fuera la foto de un ciclista recortada de *L'Illustration*, tres versos copiados de una antología o cuatro canicas pequeñas y una grande ganadas en el recreo en Soubise: la señora Maillard consideraba cualquier secreto una traición. Los días más inspirados, agitando la postal del árbol de las Roches de Tonquín que un vecino le había regalado a Albert, era capaz de embarcarse en un apasionado monólogo invocando sucesivamente la ingratitud de los hijos, el particular egoísmo del suyo y su ferviente deseo de reunirse lo antes posible con su pobre marido, para descansar de una vez por todas. El resto, ya puede imaginarse.

Esos penosos recuerdos se desvanecieron en cuanto Albert, nada más abrir el petate de Édouard, se topó con un cuaderno de tapas duras cerrado con un elástico que indudablemente había corrido mundo. Solo contenía dibujos a lápiz azul. Albert no pudo por menos de sentarse con las piernas cruzadas frente al chirriante armario, hipnotizado al instante por aquellas imágenes, algunas apenas un rápido esbozo, pero otras muy trabajadas, con profundas sombras a base de trazos densos como un chaparrón. Aquellos dibujos, un centenar, estaban hechos allí, en el frente, en las trincheras, y mostraban las más variadas escenas cotidianas: soldados que escribían cartas, encendían la pipa, se reían de un chiste, a punto de lanzarse al ataque, que comían, bebían, cosas por el estilo. Un trazo veloz se convertía en el pensativo perfil de un soldado joven, tres líneas eran un rostro extenuado y unos ojos angustiados que te encogían el corazón. Una insignificancia trazada al vuelo, como quien no quiere la cosa, un esbozo de nada, captaba lo esencial, el miedo y el desamparo, la espera, el desánimo, el agotamiento. Aquel cuaderno parecía el manifiesto de la fatalidad.

Albert lo hojeaba con un nudo en la garganta. Porque allí no había un solo muerto, un solo herido, un solo cadáver. Solo vivos. Aquellas imágenes eran aún más terribles, pues todas gritaban lo mismo: estos hombres van a morir.

Volvió a guardar las cosas de Édouard, bastante afectado.

5

Respecto a la morfina, el joven médico se mantuvo inflexible, no podían seguir así, es una droga a la que uno se habitúa y provoca daños, no se puede abusar, lo siento mucho pero no, habrá que parar. El día siguiente a la operación disminuyó las dosis.

Édouard, que volvía lentamente a la superficie, a medida que recuperaba la conciencia sufría de nuevo el martirio, así que Albert empezó a preocuparse por aquel traslado a París, que seguía sin llevarse a cabo.

Preguntado, el joven médico se encogió de hombros en señal de impotencia.

—Treinta y seis horas aquí... —constató bajando la voz—. No lo entiendo, ya deberían haberlo trasladado. Verá, siempre hay problemas de plazas... Pero no es bueno que siga aquí, ¿sabe?

Parecía sumamente preocupado. En ese momento, Albert, alarmado, se fijó un único objetivo: conseguir el traslado de su compañero con la menor dilación.

Se movió mucho. Fue a preguntar a las monjas, que seguían correteando por los pasillos como ratones en el granero, aunque el hospital estuviera más tranquilo. De nada sirvieron sus gestiones: aquel era un hospital militar, o sea, un sitio donde es casi imposible averiguar nada, empezando por la identidad de las personas que realmente mandan.

Cada hora volvía junto a la cabecera de Édouard y esperaba hasta que el joven se dormía de nuevo. El resto del tiempo lo pasaba en los despachos y los senderos que unían los edificios principales. Incluso llegó a ir al ayuntamiento.

Al regreso de una de esas diligencias, había dos soldados de plantón en el pasillo. El uniforme limpio, el rostro afeitado, la seguridad en sí mismos

que irradiaban, todo hacía pensar en soldados destinados en el cuartel general. Uno le tendió un sobre lacrado mientras el otro, a falta de algo que hacer, posaba la mano en la culata de la pistola. Albert pensó que su gesto de desconfianza no estaba tan fuera de lugar.

—Hemos entrado —declaró el primero en tono de disculpa, señalando la habitación con el pulgar—. Pero después hemos preferido esperar fuera. El olor...

Albert entró en la habitación y, al instante, soltó la carta que había empezado a abrir para correr junto a Édouard. Por primera vez desde su llegada, el chico tenía los ojos casi abiertos. Alguien le había puesto dos almohadas a la espalda, seguramente una monja que pasaba, sus manos atadas estaban ocultas bajo la ropa de la cama, movía la cabeza de un lado a otro y soltaba unos gruñidos roncós que acababan en gorgoteos. Descrito así, no parece un cambio claro y positivo, pero considerando que hasta entonces Albert no había tenido delante más que un cuerpo que aullaba agitado por violentos espasmos o dormitaba en un estado bastante cercano al coma, lo que veía en esos momentos suponía una mejora sustancial.

Es difícil saber qué conexión secreta se había producido entre aquellos dos hombres durante los días en que Albert había dormido en una silla, pero en cuanto posó la mano en el borde de la cama, Édouard dio un repentino tirón a sus ligaduras y consiguió agarrarle la muñeca con la fuerza de un endemoniado. Nadie podría describir todo lo que implicaba ese gesto. Resumía los miedos y el alivio, las inquietudes y las preguntas de un joven de veintitrés años herido en la guerra, que ignoraba su estado y sufría de tal modo que era incapaz de identificar el origen del dolor.

—Bueno, por fin has despertado, muchacho —comentó Albert, poniendo en su tono todo el entusiasmo del que era capaz.

—Tendremos que irnos... —dijo una voz a sus espaldas.

Albert se volvió sobresaltado.

El soldado le tendía la carta, que había recogido del suelo.

Estuvo esperando casi cuatro horas sentado en una silla. Tiempo suficiente para darle vueltas a cada uno de los motivos por los que un insignificante

soldado como él podía haber sido convocado por el general Morieux: de la condecoración por hecho de armas al estado de salud de Édouard, pasando por lo que queramos, por lo que se le ocurra a cada cual.

Las conclusiones de esas horas de cavilaciones se vinieron abajo en un segundo cuando vio aparecer al final del pasillo la esbelta silueta del teniente Pradelle. El oficial le clavó la mirada y avanzó hacia él con los hombros adelantados. Albert notó que una bola le bajaba de la garganta al estómago y sintió unas náuseas que apenas pudo contener. Salvo por la velocidad, era el mismo movimiento que lo había arrojado al cráter del obús. Al llegar a su altura, el teniente dejó de mirarlo y se volvió de golpe para llamar a la puerta del ordenanza del general, tras la que desapareció de inmediato.

Albert habría necesitado tiempo para digerir todo esto, pero no lo tuvo. La puerta volvió a abrirse, alguien bramó su nombre y él entró con paso vacilante en el sanctasanctórum, que olía a puros y coñac, tal vez estaba celebrándose la inminente victoria.

El general Morieux parecía muy mayor y era calcado a cualquiera de los viejos que habían enviado a la muerte a dos generaciones enteras, la de sus hijos y la de sus nietos. Si mezclamos los retratos de Joffre y Pétain con los de Nivelles, Gallieni y Ludendorff, nos sale Morieux: bigotes de foca bajo unos ojos legañosos y enrojecidos, marcadas arrugas y un sentido innato de su propia importancia.

Albert se queda paralizado. Es difícil saber si el general está concentrado o sufre de somnolencia. Tiene un aire a Kutúzov. Sentado a su escritorio, está inclinado sobre unos documentos. Delante, frente a Albert y de espaldas al general, el teniente Pradelle lo mira sin mover un músculo, lenta e insistentemente de la cabeza a los pies. Con las piernas abiertas y las manos a la espalda, como si fuera a pasar revista, parece balancearse un poco. Albert comprende el mensaje y corrige la postura. Se yergue y arquea la espalda hasta que le duelen los riñones. El silencio es sepulcral. Al fin, la foca alza la cabeza. Albert se siente obligado a arquearse aún más. De seguir así, acabará dando una voltereta hacia atrás, como los acróbatas de circo. Lo normal sería que el general lo eximiera de tan incómoda postura;

pero no, lo mira con fijeza, carraspea y vuelve a posar los ojos en un documento.

—Soldado Maillard —dice.

Albert tendría que responder: «A sus órdenes, mi general» o algo por el estilo, pero, por muy lento que vaya el general, siempre irá demasiado rápido para Albert.

—Tengo aquí un informe... —continúa Morieux—. Durante el ataque de su unidad el 2 de noviembre, trató usted de sustraerse a su deber de manera deliberada...

Eso no se lo esperaba Albert. Se había imaginado cosas, pero no eso.

—«Se escondió en un agujero de obús para eludir sus obligaciones» —lee el general—. En ese ataque, dieron la vida treinta y ocho de sus valientes compañeros. Por la patria. Es usted un miserable, soldado Maillard. Incluso le diré lo que pienso realmente: ¡es usted un cabrón!

Albert está tan apesadumbrado que le entran ganas de llorar. Tantas semanas esperando que acabe la guerra, y ahora resulta que va a terminar así...

El general Morieux sigue mirándolo. La cobardía de Albert se le antoja de todo punto lamentable.

—Pero las deserciones no son de mi incumbencia —aclara, afligido por la indignidad que personifica ese despreciable soldado—. Yo hago la guerra, ¿comprende? Usted es competencia de un tribunal militar, de un consejo de guerra, soldado Maillard.

Albert ha relajado el cuerpo. Pegadas al pantalón, las manos empiezan a temblarle. Es el fin. Las historias de deserciones o de tipos que se pegan un tiro para escapar del frente no son nuevas, están en la mente de todos. De los consejos de guerra se ha oído hablar mucho, sobre todo en 1917, cuando Pétain volvió para poner un poco de orden en aquella casa de putas. Pasaron por las armas a no se sabe cuántos; en cuestión de deserciones, el tribunal nunca ha transigido. No hubo muchos condenados, pero todos fueron fusilados. Y por la vía rápida. La rapidez de la ejecución forma parte de la ejecución. A Albert le quedan tres días de vida. En el mejor de los casos.

Tiene que explicarlo, es un malentendido. Pero la cara de Pradelle, que lo mira con fijeza, no deja lugar para malentendidos.

Es la segunda vez que lo envía a la muerte. Con mucha suerte, se puede sobrevivir a ser enterrado vivo, pero a un consejo de guerra...

El sudor le resbala entre los omoplatos, le perla la frente, le impide ver. El tembleque se descontrola, y Albert se orina allí mismo, de pie, muy despacio. El general y el teniente ven la mancha expandirse a la altura de la bragueta y descender hacia los pies.

Tiene que decir algo. Albert piensa, pero no se le ocurre nada. El general reanuda la ofensiva, y sabe de ofensivas, para eso es un general.

—El teniente d'Aulnay-Pradelle se ha mostrado tajante, lo vio arrojar al barro perfectamente. ¿No es así, Pradelle?

—Perfectamente, mi general. Sin la menor duda.

—¿Y bien, soldado Maillard?

Si Albert no encuentra palabras, no será porque no las busca.

—No es eso... —farfulla al fin.

El general frunce el ceño.

—¿Cómo que no es eso? ¿Participó usted en el ataque hasta el final?

—Pues... no...

«No, mi general», debería haber dicho; pero en semejante situación uno no puede estar en todo.

—¿Usted no participó en el ataque —truená Morieux dando un puñetazo en la mesa— porque estaba metido en el hoyo de un obús! ¿Es o no es?

Va a resultarle difícil negociar las consecuencias, sobre todo porque el general da otro puñetazo.

—¿Sí o no, soldado Maillard?

La lámpara, el tintero, la carpeta... Todo salta en el aire al unísono. Los ojos de Pradelle siguen fijos en los pies de Albert, a cuyo alrededor la mancha de orina se extiende por la raída alfombra del despacho.

—Sí, pero...

—¿Por supuesto que sí! El teniente Pradelle lo vio perfectamente. ¿No es así, Pradelle?

—Sí, mi general. Perfectamente.

—Pero su cobardía no quedó impune, soldado Maillard... —El general alza un índice vengativo—. ¡Como que casi le cuesta la vida! Pero ¡no se apure, todo llegará!

En cualquier vida, siempre hay momentos de la verdad. Pocos, es cierto. En la del soldado Albert Maillard, el segundo que viene a continuación es uno de esos instantes. Encerrado en tres palabras que resumen toda su fe:

—No es justo.

El general Morieux habría desechado una gran frase, un intento de explicación, con un irritado manoteo, pero aquello... Baja la cabeza. Parece reflexionar. Ahora Pradelle está mirando la lágrima que pende de la punta de la nariz de Albert, el cual no puede secársela, firme como está. La gota pende de un modo lamentable, se balancea, se estira, sin decidirse a caer. Albert se sorbe los mocos ruidosamente. La gota tiembla, pero no cede. El ruido basta para sacar de su atontamiento al general.

—Sin embargo, su hoja de servicios no es mala... ¡No lo entiendo! —admite, encogiéndose de hombros con impotencia.

Acaba de pasar algo, pero ¿qué?

—Campamento de Mailly... el Marne... Hum...

Morieux está inclinado sobre sus papeles. Albert no ve más que sus canos y escasos cabellos, que permiten adivinar el rosáceo cráneo.

—Herido en la batalla del Somme... Hum... ¡Vaya, y en la del Aisne! Camillero... Hum... —Sacude la cabeza como un loro empapado.

La gota de la nariz de Albert se decide por fin a caer, explota contra el suelo y desencadena una revelación en su mente: aquello no va en serio. El general está tomándole el pelo. Las neuronas de Albert exploran el terreno, la historia, la actualidad, la situación. Cuando el general alza los ojos hacia él, lo sabe, lo ha comprendido, la respuesta de la autoridad no le sorprende.

—Tendré en cuenta su hoja de servicios, Maillard.

Albert sorbe por la nariz. Pradelle traga saliva. Ha probado con el general, nunca se sabe. Si hubiera colado, se habría librado de Albert, un testigo molesto. Pero, mala suerte, ahora no se fusila. Pradelle sabe perder. Baja la cabeza y traga quina.

—¡En el 17 era usted bueno, muchacho! —exclama el general—. Pero esto de ahora...

Afligido, se encoge de hombros. Se nota que, a su modo de ver, todo se va al carajo. Para un militar no hay nada peor que una guerra que se acaba. El general Morieux ha tenido que pensar, que devanarse los sesos, pero no

le ha quedado más remedio que rendirse a la evidencia, pese a aquel caso de deserción palmario, es imposible justificar un pelotón de ejecución a unos días del armisticio. Ya no es actualidad. Nadie lo admitiría. Sería incluso contraproducente.

La vida de Albert depende de bien poco: no lo fusilarán porque ese mes no está de moda.

—Gracias, mi general —farfulla.

Morieux recibe esas palabras con fatalismo. En otros tiempos, dar las gracias a un general era casi insultarlo, pero ahora...

Asunto zanjado. Morieux agita en el aire una mano cansada, deprimida. ¡Qué derrota! Puede retirarse.

Pero, y ahora, ¿qué mosca le ha picado a Albert? Vaya usted a saber. Acaba de librarse del pelotón de fusilamiento de milagro, aunque por lo visto no ha tenido bastante.

—Desearía hacer una petición, mi general.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata, de qué?

Curiosamente, eso de la petición le gusta. Si le hacen una petición, es señal de que todavía sirve de algo. Arquea una ceja interrogativa y alentadora. Aguarda. Al lado de Albert, Pradelle parece erguirse y ponerse tenso. Como si se hubieran vuelto las tornas.

—Quisiera solicitar una investigación, mi general —responde Albert.

—¡Esta sí que es buena! ¿Una investigación? ¿Y sobre qué coño? —Porque, al general, las investigaciones tan pronto le encantan como lo sulfuran. Es un militar.

—Sobre dos soldados, mi general.

—¿Qué les pasa a esos soldados?

—Que murieron, mi general. Y convendría saber cómo.

Morieux frunce el ceño. No le gustan las muertes sospechosas. En la guerra, las muertes tienen que ser claras, heroicas y definitivas, por eso a los heridos se los soporta aunque en el fondo no le gustan a nadie.

—Espere, espere... —replica Morieux con voz trémula—. Para empezar, ¿quiénes son esos dos?

—Los soldados Gaston Grisonnier y Louis Thérieux, mi general. Estaría bien saber cómo murieron.

Ese «estaría bien» es muy, pero que muy atrevido, y se le ha ocurrido sobre la marcha. Al final, parece que Albert tiene recursos.

Morieux interroga a Pradelle con la mirada.

—Son los dos desaparecidos de la cota ciento trece, mi general — responde el teniente.

Albert se queda petrificado.

Los vio en el campo de batalla, muertos, sí, pero enteros, incluso dio la vuelta al cadáver del viejo, es como si aún estuviera viendo las dos heridas de bala.

—No es posible...

—Por el amor de Dios, ¿no están diciéndole que los dieron por desaparecidos? ¿No, Pradelle?

—Desaparecidos, mi general. Sin ninguna duda.

—Además —eructa el vejestorio—, no iré a jorobarnos con los desaparecidos, ¿no? —No es una pregunta, es una orden. Está furioso—. ¿Qué gilipollez es esta? —refunfuña para sí. Pero necesita un poco de apoyo—. ¿No, Pradelle? —pregunta de repente, poniéndolo de testigo.

—Por supuesto, mi general. No van a jorobarnos con los desaparecidos.

—¡Ah! —exclama el general mirando a Albert.

Pradelle también lo mira. ¿Qué están esbozando los labios de ese cabrón? ¿Una sonrisa?

Albert renuncia. Lo único que quiere ya es que acabe la guerra y volver cuanto antes a París. A ser posible entero. Esa idea le hace pensar en Édouard. En menos que canta un gallo saluda al carcamal (ni siquiera da un taconazo, se limita a llevarse a la sien un índice displicente, como el obrero que acaba de terminar el turno y se marcha a casa) y, evitando la mirada del teniente, ya corre por los pasillos impulsado por un presentimiento como solo pueden tenerlo los padres. Al abrir la puerta de la habitación de par en par, está sin aliento.

Édouard no ha cambiado de postura, pero se despierta en cuanto lo oye acercarse. Con las puntas de los dedos, señala la ventana, al lado de la cama. Es cierto que en aquella habitación huele que apesta. Albert la entreabre. Édouard lo sigue con la mirada. El chico insiste, «más», da indicaciones con los dedos, «no, menos», «un poco más», Albert obedece,

separa algo más las hojas, pero cuando comprende es demasiado tarde. A fuerza de no encontrarse la lengua y oírse borbotear, Édouard ha querido saber. Ahora se ve reflejado en el cristal.

La metralla se le llevó toda la mandíbula inferior. Debajo de la nariz, no hay más que vacío, se ve la garganta, el paladar y los dientes de arriba, y abajo, un magma de carne escarlata con algo al final, debe de ser la glotis, pero ya no hay lengua, y el esófago es un rojo y húmedo agujero.

Édouard Péricourt tiene veintitrés años.

Se desmaya.

6

Al día siguiente, hacia las cuatro de la madrugada, cuando Albert acababa de desatarlo para cambiarle el empapador, Édouard quería tirarse por la ventana. Pero al bajar de la cama, como la pierna derecha no lo sostenía, perdió el equilibrio y se desplomó. Gracias a un inmenso esfuerzo de voluntad, consiguió levantarse; parecía un fantasma. Con los ojos desorbitados y las manos extendidas, cojeó pesadamente hasta la ventana aullando de pena y dolor. Albert lo abrazó, sollozando como él y acariciándole la nuca. Respecto a Édouard, Albert sentía la ternura de una madre. Se pasaba la mayor parte del tiempo dándole conversación para entretener la espera.

—El general Morieux —le contaba— es un completo gilipollas. Menudo general... ¡Quería enviarme ante un consejo de guerra! Y el cabrón de Pradelle...

Albert hablaba y hablaba, pero la mirada de Édouard estaba tan apagada que era imposible saber si lo comprendía. La disminución de las dosis de morfina lo mantenía consciente mucho rato, privando a Albert de la oportunidad de ir a preguntar por la dichosa ambulancia, que no llegaba. Cuando Édouard empezaba a gemir, ya no paraba. Su voz iba alzándose hasta que acudía una enfermera a ponerle otra inyección.

A primera hora de la tarde del día siguiente, cuando Albert llegó una vez más con las manos vacías —imposible saber si aquel traslado estaba o no planificado—, Édouard aullaba como un loco, sufría lo indecible y tenía la garganta en carne viva y salpicada de pústulas. El hedor era cada vez más insoportable.

Albert salió de la habitación a toda prisa y corrió al despacho de las monjas enfermeras. Nadie. «¡¿Hay alguien?!», bramó en el pasillo. Nadie.

Cuando se disponía a volver, se detuvo en seco. Volvió sobre sus pasos. No, no se atrevía. ¿O sí? Miró el pasillo a derecha e izquierda, mientras los gritos de su compañero resonaban aún en sus oídos. Eso lo ayudó. Entró en el despacho. Hacía tiempo que sabía dónde la guardaban. Cogió la llave del cajón de la derecha y abrió la vitrina. Una jeringa, alcohol, ampollas de morfina... Si lo pillaban, estaba listo: robo de material militar, ya veía la jeta del general Morieux, que se acercaba por momentos, seguida por la siniestra sombra del teniente Pradelle... ¿Quién cuidaría de Édouard?, se preguntó angustiado. Pero no apareció nadie. Albert salió del despacho empapado en sudor, con el botín apretado contra el estómago. No sabía si hacía bien, pero aquellos dolores estaban volviéndose insoportables.

La primera inyección fue toda una aventura. Había ayudado a las monjas muchas veces, pero cuando tienes que hacerlo tú solo... Los empapadores, el hedor y ahora los pinchazos... Impedirle a un tipo que se tire por la ventana no es fácil, pensó mientras preparaba la jeringa. Limpiarlo, olerlo, pincharlo... ¿En qué estaba metiéndose?

Había encajado el respaldo de una silla bajo la maneta de la puerta para evitar sorpresas. La cosa no fue demasiado mal. Albert había calculado bien la dosis. Debería bastar hasta la siguiente que le administrara la hermana.

—¡Muy bien! Ya verás, ahora todo irá mucho mejor.

Vaya si mejoró. Édouard se relajó y se durmió. Pero Albert siguió hablándole de todas formas. Y pensando en el asunto de aquel traslado ilusorio. Llegó a la conclusión de que había que remontarse a la fuente: iría a la oficina de personal.

—Cuando estás tranquilo, no me gusta hacerlo, no creas —le explicó a Édouard—. Pero como no estoy seguro de que vayas a portarte bien...

Muy a su pesar, lo ató a la cama y lo dejó solo.

En cuanto salió de la habitación, empezó a mirar detrás e iba pegado a la pared, pero corriendo, para ausentarse el menor tiempo posible.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó el tipo.

Se llamaba Grosjean. El despacho de personal era un pequeño cuarto con una ventana minúscula y estanterías rebosantes de carpetas sujetas con

gomas. Detrás de una de las dos mesas atestadas de papeles, listas e informes, el cabo Grosjean parecía agobiado de trabajo.

Abrió un ancho libro de registro y siguió las columnas con un índice marrón de nicotina.

—No te puedes imaginar la cantidad de heridos que han pasado por aquí... —refunfuñó.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Que sí que puedo.

Grosjean levantó la cabeza del libro y lo miró. Albert comprendió su error. ¿Cómo arreglarlo? Pero Grosjean ya había vuelto a bajar los ojos, absorto en su búsqueda.

—Mierda, ese apellido lo he visto...

—Lógico —comentó Albert.

—Claro, lógico, pero ¿dónde está, maldita sea? ¡Aquí! —gritó el cabo de repente.

Saltaba a la vista que acababa de obtener una victoria.

—¡Péricourt, Édouard! ¡Lo sabía! ¡Aquí está! ¡Ah, lo sabía!

Volvió el libro hacia Albert señalando el final de una página con el grueso índice. Quería demostrar hasta qué punto tenía razón.

—¿Y? —le preguntó Albert.

—Bueno, pues que tu colega está registrado —repuso Grosjean recalcando la última palabra. En su boca, cobraba la fuerza de un veredicto—. ¡Ya te lo había dicho, me acordaba, aún no estoy chocho, joder!

—¿Y?

El cabo cerró los ojos beatíficamente. Volvió a abrirlos.

—Los registramos aquí —declaró, golpeando el libro con el índice—. Y después redactamos la orden de traslado.

—Y la orden de traslado, ¿adónde va?

—A la unidad de logística. Son ellos quienes deciden, por los vehículos...

Tendría que volver al despacho de logística. Ya había estado dos veces, y no había ni boletín ni orden ni documento alguno a nombre de Édouard, era para volverse loco. Miró la hora. Iría después, ahora tenía que regresar

junto a su compañero, ver cómo estaba y darle de beber, tiene que beber mucho, había dicho el matasanos. Se volvió, pero entonces cambió de opinión. Mierda, se dijo, ¿y si...?

—¿Eres tú quien lleva las órdenes a logística?

—Sí. O viene alguien a buscarlas, depende.

—Y la que iba a nombre de Péricourt, ¿recuerdas quién se la llevó?

Aunque Albert ya sabía la respuesta.

—Afirmativo. Un teniente, no sé cómo se llama.

—¿Un tipo alto, delgado...

—Exacto.

—... de ojos azules?

—¡Eso es!

—El muy hijo de puta...

—Eso ya no sabría decirte...

—¿Y se tarda mucho en redactar otra orden?

—A eso se lo llama un duplicado.

—Vale. ¿Se tarda mucho en hacer un duplicado?

Grosjean estaba realmente en su elemento. Sacó un tintero, cogió un portaplumas y lo alzó en el aire.

—Dalo por hecho.

La habitación apestaba a carne podrida. En verdad había que trasladar a Édouard cuanto antes. La estrategia de Pradelle estaba funcionando. Exterminio. Albert se había librado del consejo de guerra por los pelos, pero Édouard tenía el cementerio cada vez más cerca. Unas cuantas horas más y se habría podrido vivo. Al teniente Pradelle no le apetecía que hubiera demasiados testigos de su heroísmo.

Albert llevó en persona el duplicado a la unidad de logística.

Hasta pasado mañana, nada, le dijeron.

Ese plazo se le antojó interminable.

Al médico joven acababan de trasladarlo. Aún no se sabía quién lo sustituiría. Había muchos cirujanos, otros médicos a los que Albert no

conocía; uno de ellos entró en la habitación, aunque se quedó poco rato, como si no mereciera la pena.

—¿Cuándo lo trasladan? —le preguntó a Albert.

—Están en ello... Es que la orden de traslado... De hecho, está apuntado en el libro de registro, pero...

—¿Cuándo? —lo atajó el médico—. Porque a este paso...

—Me han dicho que mañana...

El doctor alzó los ojos al cielo, escéptico. El típico médico que ha visto de todo. Asintió, se hacía cargo. Bueno, ya está bien de charla. Se volvió y le dio una palmadita en el hombro.

—¡Y ventile la habitación! —le dijo al salir—. ¡Huele que apesta!

Al día siguiente, en cuanto amaneció, Albert se plantó ante la unidad de logística. Su principal temor: toparse con Pradelle. El teniente había conseguido impedir el traslado de Édouard, era capaz de todo. Lo esencial era no dejarse ver. Y que se llevaran a Édouard lo antes posible.

—¿Hoy? —preguntó.

El tipo estaba de buenas. Le parecía excepcional que alguien se preocupara de ese modo por un compañero. Había tantos a los que los traía todo sin cuidado, a los que solo les importaba su culo, ¿verdad? No, hoy no, lo sentía. Mañana.

—¿Sabes a qué hora?

El tipo consultó largo rato sus diferentes listas.

—Pues, teniendo en cuenta los sitios de recogida... —dijo sin alzar los ojos—. Perdona, chico, es como los llamamos nosotros... La ambulancia debería estar aquí a primera hora de la tarde.

—¿Seguro, seguro?

Albert quería creérselo, muy bien, hasta mañana, pero se reprochaba haber sido tan lento, no haberlo comprendido antes. Haber perdido tanto tiempo. Si hubiera caído con un compañero menos gilipollas, a Édouard ya lo habrían trasladado.

Mañana.

Édouard ya no dormía. Sentado en la cama, recostado en las almohadas que Albert había cogido de las demás habitaciones, se balanceaba durante horas gimiendo.

—Te duele mucho, ¿no? —le preguntaba Albert.

Pero Édouard nunca respondía. Lógico.

La ventana siempre estaba entreabierta. Albert dormía invariablemente delante de ella, sentado en una silla y con los pies sobre otra. Fumaba un montón, para mantenerse despierto y vigilar a Édouard, pero también para disimular el hedor.

—Tú ya no tienes olfato, eres un tipo con suerte...

Mierda, y cuando quisiera reír, ¿qué haría? A alguien que ya no tiene mandíbula inferior no deben de entrarle ganas de reírse muy a menudo, pero de todas formas esa cuestión preocupaba a Albert.

—El matasanos... —se aventuró a decir. Serían las dos, las tres de la madrugada. El traslado tendría lugar al día siguiente—. Dice que allí ponen prótesis...

No tenía demasiada idea de cómo quedaría una prótesis de mandíbula, ni estaba seguro de que fuera un buen momento para comentarlo.

Pero la propuesta pareció espabilar a Édouard. Cabeceó y soltó unos chillidos como ruidos líquidos, una especie de gorgoteos. Le hizo señas con la mano. Albert no se había fijado hasta entonces en que era zurdo. Al acordarse del cuaderno de dibujo, se preguntó ingenuamente cómo habría hecho semejantes esbozos con la izquierda.

Eso debería haberle propuesto hacía tiempo, dibujar.

—¿Quieres tu cuaderno?

Édouard lo miró, sí, lo quería, pero no para dibujar.

Curiosa escena en plena noche. La mirada de Édouard, tan vivaz, tan expresiva, en ese rostro mutilado, hinchado, en carne viva, de una intensidad increíble. Da miedo. Albert está muy impresionado.

Sujetando el cuaderno en equilibrio sobre la cama, Édouard traza grandes letras torpes; está tan débil que es como si ya no supiera escribir, como si el lápiz se moviera por voluntad propia. Albert mira los garabatos,

que se salen de la hoja. Está muerto de sueño y aquello va para rato. Édouard escribe una o dos letras con indecible esfuerzo y Albert intenta adivinar la palabra, poniendo toda la atención de la que es capaz; otra letra, y luego otra, pero cuando la palabra está completa, el mensaje dista de resultar claro, hay que deducir el significado, se tarda muchísimo, y Édouard, que se cansa enseguida, se derrumba en las almohadas. Sin embargo, no ha pasado una hora cuando vuelve a erguirse y coger el cuaderno como si una necesidad lo urgiese a su pesar. Albert niega con la cabeza, se levanta de la silla y enciende un cigarrillo para ver si se espabila, y el juego de las adivinanzas vuelve a empezar. Letra tras letra, palabra tras palabra.

Hacia las cuatro de la madrugada, Albert ha entendido algo:

—Entonces, ¿no quieres volver a París? Pero ¿adónde vas a ir?

Y vuelta a empezar. Édouard se pone nervioso, se sulfura sobre el cuaderno. Las letras brotan sobre el papel tan grandes que son irreconocibles.

—Cálmate —le pide Albert—. No te preocupes, lo conseguiremos.

Aunque no está tan seguro, porque aquello parece tremendamente complicado. Sin embargo, no se rinde. Con las primeras luces del día tiene la certeza de que Édouard no quiere volver a casa. ¿Es eso? Édouard escribe «sí» en el cuaderno.

—Pero ¡es normal! —le asegura Albert—. Al principio, a uno no le apetece que lo vean así. A todos nos da un poco de vergüenza, pasa siempre. Mira, yo mismo, sin ir más lejos... Figúrate que cuando recibí aquella bala en el Somme, por un momento pensé que mi Cécile me abandonaría, te lo juro. Pero tus padres te quieren y no dejarán de quererte porque te hayan herido en la guerra, no te preocupes.

En lugar de tranquilizarlo, el desatinado discursito acaba de poner nervioso a Édouard, sus gorgoteos se convierten en borbollante cascada, se mueve tanto y de tal manera que Albert tiene que amenazarlo con atarlo. Édouard se domina, pero sigue excitado, incluso enfadado. Arranca el cuaderno de las manos de su compañero con violencia, como el mantel de la mesa durante una discusión, y reanuda su tentativa de escritura.

Albert enciende otro cigarrillo y, mientras fuma, reflexiona sobre la petición.

Si Édouard no quiere que los suyos lo vean en ese estado, tal vez sea porque hay una Cécile de por medio. Renunciar a ella es difícil, Albert lo comprende perfectamente. Sugiere tal hipótesis con prudencia.

Concentrado en su cuaderno, Édouard la rechaza negando con la cabeza. No hay ninguna Cécile.

Pero tiene una hermana. Para comprender lo de la hermana se tira un buen rato. No hay manera de leer su nombre. Da igual, en realidad no es tan importante.

No obstante, el problema tampoco es la hermana.

Por otra parte, poco importa cuál sea el motivo de Édouard, hay que intentar hacerlo razonar.

—Te comprendo —repite Albert—. Pero con la prótesis será muy distinto, ya verás...

Édouard se pone aún más nervioso, el dolor reaparece y abandona el intento de comunicación para aullar de nuevo como un poseso. Albert, también al límite de sus fuerzas, resiste lo que puede, pero acaba cediendo y le pone otra inyección de morfina. Édouard se queda traspuesto, en unos días se ha metido un montón. Si no se engancha, es que es de acero.

Por la mañana, en el momento de cambiarlo y darle de comer (Albert lo hace como le enseñaron: con el tubo de goma en el esófago y un pequeño embudo, se vierte muy despacio para que el estómago no se rebele), Édouard vuelve a ponerse nervioso, quiere levantarse, no puede estarse quieto. Albert no sabe ya a qué santo encomendarse. El chico coge el cuaderno, vuelve a trazar unas cuantas letras tan ilegibles como las de la noche y luego golpea la hoja con el lápiz. Su compañero intenta descifrar el mensaje, pero no lo consigue. Frunce el ceño, ¿esto qué es, una E o una B? Y de pronto no aguanta más.

—¡Mira, chico, no puedo hacer nada! —estalla Albert—. Tú no quieres volver a casa, y no entiendo por qué, pero tampoco es asunto mío. Es muy triste, pero yo no puedo hacer nada, ¡y ya está!

De pronto, Édouard le agarra el brazo y se lo aprieta con una fuerza increíble.

—¡Oye, que me haces daño! —le grita Albert.

Édouard le clava las uñas. Le hace un daño tremendo. Pero la presión se relaja y un momento después sus manos le rodean los hombros y atraen a Albert hacia él. Édouard solloza fuertemente y suelta chillidos. Albert ha oído esos gritos antes. Un día, en el circo, unos monitos en bicicleta vestidos de marineros soltaban unos hipidos que te encogían el corazón. Una pena tan profunda es desgarradora. Lo que le pasa a Édouard tiene tan poco remedio, con prótesis o sin ella, es tan irreversible...

Albert le habla con sencillez: llora, muchacho. Lo único que se puede hacer es decir simplezas. La pena de Édouard es incontrolable, irreprimible.

—Tú no quieres volver a casa, eso está claro —constata Albert.

Nota que la cabeza de su compañero se inclina y se acurruca en su hombro; no, no quiere volver. No, repite, no quiere.

Sin dejar de abrazarlo, Albert se dice que durante toda la guerra Édouard no ha pensado más que en sobrevivir, como todos, y ahora que la guerra ha acabado y está vivo, resulta que lo único en lo que piensa es en desaparecer. Si incluso los supervivientes solo desean morir, qué desastre...

De hecho, ahora lo comprende: Édouard ya no tendrá valor para matarse. Se acabó. Si hubiera podido tirarse por la ventana el primer día, todo se habría resuelto, la pena y las lágrimas, el tiempo, el interminable tiempo por venir, todo habría acabado allí, en el patio del hospital militar; pero la ocasión se ha esfumado, Édouard no volverá a atreverse. Está condenado a vivir.

Y la culpa es de Albert, todo es culpa suya, desde el principio. Todo. Está acongojado y en un tris de echarse a llorar también. Qué soledad. Ahora él ocupa el centro de la vida de Édouard. Es su único, su exclusivo apoyo. El chico le ha confiado su vida, se la ha entregado, porque ya no puede ni cargar con ella ni librarse de ella solo.

Albert está aterrado, conmocionado.

—Bueno —farfulla—, voy a ver...

Lo ha dicho sin pensar, pero Édouard ya ha alzado la cabeza, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Es un rostro casi vacío, sin nariz, sin boca, sin mejillas, solo una mirada de una intensidad inaudita, que te atraviesa de parte a parte. Albert está atrapado.

—Voy a ver —repite tontamente—. Me las apañaré.

Édouard le aprieta las manos y cierra los ojos. Luego recuesta la cabeza en las almohadas lentamente. Tranquilo, pero con dolores, soltando gruñidos que vuelven a formar gruesas burbujas sanguinolentas en lo alto de la tráquea.

Me las apañaré.

La «palabra de más» es una constante en la vida de Albert. ¿Cuántas veces, llevado por el entusiasmo, se ha lanzado a acciones calamitosas? Muy fácil: tantas como ha lamentado no haberse tomado el tiempo necesario para reflexionar. Por regla general, Albert es víctima de su generosidad, de la magia de un instante, pero sus promesas intempestivas nunca habían afectado más que a cosas menores. Ahora es muy distinto: lo que está en juego es la vida de un hombre.

Albert le acaricia las manos, lo mira, intenta mecerlo en sus brazos.

Es terrible, no consigue recordar la cara del soldado al que llamaba simplemente Péricourt, aquel chico alegre, que siempre estaba bromeando y dibujando. Solo ve su perfil y su espalda, justo antes del ataque a la cota 113, pero de la cara, nada. Sin embargo, en aquel momento Péricourt se había vuelto hacia él; pero eso no aparece, la imagen de hoy, ese agujero abierto, sanguinolento, ha suplantado al recuerdo, y eso lo desespera.

En ese instante posa la mirada en la sábana, donde descansa el cuaderno. Ahora lee perfectamente la palabra que no conseguía descifrar minutos antes.

«Padre».

La palabra lo hunde en un abismo. Hace mucho que su propio padre ya no es más que un retrato amarillento sobre el aparador, pero, a juzgar por el rencor que le guarda solo por haberse muerto tan pronto, intuye que con un padre vivo debe de ser aún más complicado. Le gustaría saber, comprender, pero es demasiado tarde, le ha prometido a Édouard que se las «apañaría». Ahora ya no sabe qué quería decir con eso. Mientras vela a su compañero, que empieza a dormirse, reflexiona.

Édouard quiere desaparecer, de acuerdo, pero ¿cómo se hace desaparecer a un soldado vivo? Albert no es teniente, no sabe nada al

respecto. No tiene la menor idea de cómo proceder. ¿Habría que inventarle una nueva identidad?

Albert no será rápido de mente, pero ha sido contable y es lógico. Si Édouard quiere desaparecer, se dice, hay que darle la identidad de un soldado muerto. Dar el cambiazo.

Y solución no hay más que una.

El servicio de personal. El despacho del cabo Grosjean.

Trata de imaginar las consecuencias de semejante acto. Él, que se ha librado por los pelos del tribunal militar, se dispone —suponiendo que llegue a eso...— a falsificar documentos, sacrificar a vivos y resucitar a muertos.

Esta vez le espera el pelotón de fusilamiento. Mejor no pensarlo.

Vencido por el cansancio, Édouard acaba de dormirse. Albert echa un vistazo al reloj de pared, se levanta y abre la puerta del armario.

Mete la mano en el petate de su compañero y saca su cartilla militar.

Van a dar las doce del mediodía, dentro de cuatro minutos, tres, dos... Albert sale a toda prisa, recorre el pasillo pegado a la pared, llama a la puerta del despacho y abre sin esperar. Encima de la abarrotada mesa de Grosjean, son las doce menos un minuto.

—Hola —saluda Albert.

Ha probado un acercamiento jovial. Pero a unos segundos del mediodía, la estrategia festiva tiene pocas posibilidades de triunfar ante un estómago vacío. Grosjean refunfuña. ¿Qué querrá este tipo esta vez y a estas horas? Darle las gracias. Eso vuelve a sentar a Grosjean. Había levantado una nalga de la silla, listo para cerrar el libro de registro, pero «gracias» es realmente una de esas cosas que no había oído desde el comienzo de la guerra. No sabe cómo reaccionar.

—¡Bah, no hay de qué!

Albert ve el camino abierto y lo toma:

—Esa idea tuya del duplicado... Gracias, de verdad. A mi amigo lo trasladan esta tarde...

Repuesto de la sorpresa, Grosjean se levanta y se limpia las manos en el pantalón manchado de tinta. Se siente halagado, pero es mediodía. Albert entra en materia:

—Estoy buscando a otros dos compañeros...

—Ah...

Grosjean se pone la guerrera.

—No sé qué habrá sido de ellos. En un sitio me dicen que los han dado por desaparecidos, en otro que están heridos, trasladados...

—¡Pues menos lo sé yo!

Grosjean se dirige hacia la puerta pasando por delante de él.

—Debe de estar en el libro de registro... —sugiere tímidamente Albert.

Grosjean abre la puerta de par en par.

—Vuelve después del papeo —sugiere— y lo miramos juntos.

Albert abre unos ojos como platos, como si acabara de ocurrírsele una idea estupenda.

—Si quieres, puedo buscarlos mientras te vas a comer...

—¡Ah, no! Tengo órdenes estrictas, no puedo.

Empuja fuera a Albert, cierra con llave y se queda allí plantado. Albert está de más. Dice gracias, hasta luego y empieza a alejarse por el pasillo. Trasladarán a Édouard dentro de un par de horas. Albert se estruja las manos, mierda, mierda, mierda, se repite en el colmo de la impotencia.

Unos metros más adelante se vuelve con pesar. Grosjean sigue en el pasillo y lo mira alejarse.

Mientras Albert se dirige al patio, la idea empieza a cobrar forma. Vuelve a ver a Grosjean delante de la puerta de su despacho, esperando... ¿esperando qué? Aún está tratando de dar con la respuesta cuando ya se ha vuelto y ha echado a andar a un paso que confía en que sea decidido, tendrá que apresurarse. Llega al pasillo, pero ve a un soldado. Se queda petrificado: es el teniente Pradelle, que por suerte avanza recto sin volver la cabeza y desaparece. Albert se tranquiliza, se oyen más pasos, risas, gritos, voces que se alejan en dirección al comedor. Albert se detiene ante el despacho de Grosjean, pasa la mano sobre el dintel, encuentra la llave, la coge, la mete y la gira en la cerradura, abre, entra y vuelve a cerrar de inmediato. Está con la espalda pegada a la puerta, como en el hoyo de un

obús. Frente a él, los libros de registro. Toneladas de libros. Del suelo al techo.

En el banco tenía que vérselas a menudo con archivos como aquel, con las etiquetas pegadas con goma y rotuladas con tinta azul que se destiñe con el tiempo. Aun así tardó cerca de veinticinco minutos en encontrar los registros que necesitaba. Estaba inquieto, no podía evitarlo, y miraba sin cesar la puerta como si fuera a abrirse de un momento a otro. No tenía la menor idea de lo que diría.

Cuando consiguió reunir los tres registros complementarios, eran las doce y media. En cada uno se sucedían los diferentes tipos de escritura, administrativa, ya vieja, era increíble lo deprisa que moría un apellido. Otros veinte minutos tardó en encontrar lo que necesitaba y, entonces, era su forma de ser, empezó a dudar. Como si la elección tuviera tanta importancia... Coge el primero, se dijo. Miró el reloj y la puerta con la sensación de que tanto el uno como la otra habían cambiado de tamaño, que ocupaban todo el despacho. Pensó en Édouard, que estaba solo, atado...

Las doce cuarenta y dos.

Tenía ante sí el libro de registro de los fallecidos en el hospital cuyas familias aún no habían sido informadas. La lista llegaba al 30 de octubre.

Boulivet, Victor. Nacido el 12 de febrero de 1891. Muerto el 24 de octubre de 1918. Personas de contacto, sus padres: Dijon.

En ese instante lo que lo inquietaba no eran tanto los escrúpulos como las precauciones que debía tomar. Comprendió que ahora era responsable de su compañero y no podía hacer lo que le pareciera, como si se tratara solo de sí mismo. Debía proceder de manera adecuada, eficaz. Pero si le daba a Édouard la identidad de un soldado muerto, ese soldado tornaría a la vida. Así que sus padres lo esperarían. Pedirían noticias. Se indagaría, y no sería difícil tirar del hilo. Albert negó con la cabeza imaginando las consecuencias, tanto para Édouard como para él, si los pillaban por falsificación y uso de documentos falsos (y seguramente otros muchos cargos que ni siquiera imaginaba).

Empezó a temblar. Le ocurría a menudo, incluso antes de la guerra: cuando se asustaba, parecía que tuviera escalofríos. Miró la hora, qué deprisa pasaba el tiempo. Se estrujó las manos sobre el libro de registro y siguió pasando páginas.

Dubois, Alfred. Nacido el 24 de septiembre de 1890. Muerto el 25 de octubre de 1918. Casado, padre de dos hijos, su familia vive en Saint-Pourçain.

¿Qué hacer, Dios mío? En el fondo, no le había prometido nada a Édouard, le había dicho «Voy a ver», una frase que no era un compromiso firme. Era... Albert buscó la palabra sin dejar de pasar hojas.

Évrard, Louis. Nacido el 13 de junio de 1892. Muerto el 30 de octubre de 1918. Personas de contacto, sus padres: Toulouse.

Claro, no reflexionaba bastante, no era previsor, se lanzaba a lo loco, llevado por sus buenas intenciones, y luego... Su madre tenía razón...

Goujou, Constant. Nacido el 11 de enero de 1891. Muerto el 26 de octubre de 1918. Casado. Domicilio: Mornant.

Albert alzó los ojos. Incluso el reloj estaba en su contra, había acelerado el ritmo, si no, ¿cómo podía ser ya la una? Sobre el registro cayeron dos gruesas gotas de sudor. Buscó un papel secante, miró la puerta, no había papel secante, pasó la hoja. La puerta estaba a punto de abrirse, ¿qué diría?

Y de pronto, allí estaba.

Eugène Larivière. Nacido el 1 de noviembre de 1893. Muerto el 30 de octubre de 1918, un día antes de su cumpleaños. Eugène tenía veinticinco años, o casi. Contacto: los Servicios Sociales.

Le parece un milagro. Sin padres, solo la administración, que es tanto como decir nadie.

Hace un momento ha visto las cajas que contienen las cartillas militares, están bastante ordenadas, solo tarda unos minutos en encontrar la de Larivière. Grosjean es corpulento, debe de zampar lo suyo. No hay que perder los nervios, no abandonará el comedor antes de la una y media. De todas formas, debe apresurarse.

Atada a la cartilla, va media chapa de identificación de Larivière. La otra mitad seguirá con el cadáver; o la clavarán en su cruz. Da igual. La foto de Eugène Larivière muestra a un chico normal y corriente, una de esas

caras que nadie reconocería si le arrancaran la mandíbula inferior. Albert se guarda la cartilla en un bolsillo. Coge otras dos al azar y se las mete en otro bolsillo. Perder una es un accidente, perder varias es el caos, más militar, colará mejor. Abre el segundo registro y el tintero, coge el portaplumas, respira hondo para dominar el temblor y escribe «Édouard Péricourt» (mira su fecha de nacimiento y la añade, con el número de matrícula), agregando: «Muerto el 2 de noviembre de 1918». Deja la cartilla de Édouard en la caja de los muertos. Arriba. Con la media chapa en la que figuran su identidad y su matrícula. Dentro de un par de semanas avisarán a sus familiares de que su hijo y hermano cayó en el campo del honor. La carta es un impreso modelo. No hay más que añadir el nombre del muerto, es fácil, práctico. Incluso en las guerras mal organizadas, antes o después la burocracia consigue siempre seguir su curso.

La una y cuarto.

El resto será más rápido. Ha visto trabajar a Grosjean y sabe dónde se guardan los talonarios de volantes. Lo comprueba: en el talonario empezado, el duplicado de la orden de traslado de Édouard es el último redactado. Coge un talonario nuevo de la parte inferior de la pila. Nadie revisa los números. Antes de que se den cuenta de que falta una hoja en un talonario de abajo, la guerra habrá acabado, incluso habrá dado tiempo a empezar otro. En un santiamén, hace un duplicado de una orden de traslado a nombre de Eugène Larivière. Cuando pone el último sello, se da cuenta de que está empapado en sudor.

A toda prisa, vuelve a ordenar los libros de registro, echa un vistazo alrededor para comprobar que no se deja nada en el despacho y pega la oreja a la puerta. Ningún ruido, salvo a lo lejos. Sale, cierra con la llave, que vuelve a dejar sobre el marco, y se aleja arrimado a la pared.

Édouard Péricourt acaba de morir por Francia.

Y ahora Eugène Larivière, resucitado de entre los muertos, tiene ante sí una larga vida para recordar.

Édouard respiraba con dificultad, se agitaba sin parar y habría rodado de un extremo a otro de la cama de no ser por las ligaduras de los tobillos y las

muñecas. Albert le sujetaba los hombros y las manos, sin dejar de hablarle. Se lo contaba. Te llamas Eugène, espero que te guste el nombre, porque en la tienda no tenían otro. Pero para que se riera aquel... Albert seguía intrigado: ¿cómo se las arreglaría más adelante cuando algo le hiciera mucha gracia?

Al fin, llegó.

Albert lo vio enseguida, un furgón que echaba humo negro y que aparcó en el patio. Sin tiempo para atar a Édouard, salió disparado, bajó las escaleras de cuatro en cuatro y llamó al enfermero, que, papel en mano, miraba a su alrededor sin saber adónde dirigirse.

—¿Es por el traslado? —le preguntó Albert.

El tipo parecía aliviado. Su compañero conductor acababa de acercarse. Subieron pesadamente con una camilla con la lona enrollada alrededor de las varas de madera y siguieron a Albert por el pasillo.

—Ahí dentro apesta, os lo aviso —les advirtió.

El camillero, el gordo, se encogió de hombros, estaba acostumbrado. Abrió la puerta.

—Efectivamente —dijo.

La verdad es que incluso a Albert el olor a putrefacción se le agarraba a la garganta cuando volvía tras haber estado fuera un rato.

Extendieron la camilla en el suelo. El gordo, el que mandaba, dejó un papel en la cabecera y rodeó la cama. Todo fue rápido. Uno lo agarró de los pies, el otro de la cabeza y «a la de tres»...

«Uno», cogieron impulso.

«Dos», levantaron a Édouard.

«Tres», en el momento en que ambos enfermeros movieron al herido para tenderlo en la camilla, Albert cogió el duplicado de la cabecera de la cama y lo sustituyó por el de Larivière.

—¿Tenéis morfina? —les preguntó Albert.

—Tenemos todo lo necesario, no te preocupes —respondió el bajito.

—Toma, es su cartilla militar —dijo Albert—. Como ves, te la doy aparte, por si se extravían sus cosas, ¿sabes?

—No te preocupes —repitió el camillero cogiéndola.

Llegaron al pie de la escalera y salieron al patio. Édouard, balanceaba la cabeza y miraba al vacío. Albert subió al furgón y se inclinó sobre él.

—Venga, Eugène, ánimo, todo se arreglará, ya lo verás. —Estaba a punto de llorar.

—¡Tenemos que irnos, muchacho! —dijo el camillero a sus espaldas.

—¡Sí, sí! —respondió Albert.

Cogió las manos de Édouard. Jamás olvidaría sus ojos en ese momento, húmedos, fijos, mirándolo. Albert lo besó en la frente.

—Hasta pronto, ¿eh?

Bajó del furgón y, antes de que se cerrara la puerta, le gritó:

—¡Iré a verte!

Albert buscó su pañuelo y levantó la cabeza. Desde el segundo piso, recortado contra el marco de una ventana abierta, el teniente Pradelle observaba la escena sacando su pitillera tranquilamente.

Entretanto, el furgón arrancó.

Al abandonar el patio soltó una humareda negra, que siguió flotando en el aire como la de una fábrica e hizo desaparecer la parte trasera del vehículo. La ventana del segundo piso había vuelto a cerrarse.

De pronto, una ráfaga de viento disipó el humo. El patio estaba vacío. Albert también se sentía vacío, desesperanzado. Sorbió por la nariz y se palpó los bolsillos en busca del pañuelo.

—Mierda —masculló.

Se había olvidado de darle a Édouard su cuaderno de dibujo.

En los días siguientes, afloró en Albert otra preocupación que no le daba tregua. En caso de haberse muerto él, ¿le habría gustado que Cécile recibiera una carta oficial, en definitiva un formulario, algo así de frío, anunciándole que había muerto y ya está? Por no hablar de su madre. Fuera como fuese la carta, la dejaría empapada en abundantes lágrimas antes de colgarla en el salón.

La cuestión de si había que avisar o no a la familia lo torturaba desde que había encontrado en el fondo de su petate la cartilla militar robada cuando buscaba una nueva identidad para Édouard.

Era una cartilla a nombre de Évrard, Louis. Nacido el 13 de junio de 1892.

Albert ya no se acordaba de la fecha en que había muerto aquel soldado, uno de los últimos días de la guerra, eso seguro, pero ¿cuál? No obstante, recordaba que las personas de contacto eran los padres y que vivían en Toulouse. Aquel chico debía de hablar con acento del sur. Al cabo de unas semanas, unos meses, como nadie daría con su rastro ni con su cartilla militar, lo darían por desaparecido, y para Évrard todo habría terminado, como si jamás hubiera existido. Cuando sus padres murieran a su vez, ¿quién quedaría para recordar a Évrard, Louis? ¿No había ya bastantes muertos y desaparecidos como para que Albert se inventara uno nuevo? Y todos aquellos pobres padres, condenados a llorar en el vacío...

Vamos, que coges por un lado a Eugène Larivière, por otro a Louis Évrard, pones en medio a Édouard Péricourt y se lo das todo a un soldado como Albert Maillard y lo dejas hundido en la tristeza más absoluta.

Albert no sabía nada de la familia de Édouard. En los documentos la dirección se correspondía con un barrio de postín, eso era todo. Pero ante la muerte de un hijo, que fuera de postín no cambiaba gran cosa. Con frecuencia la primera carta que recibía la familia era de un compañero, porque el ministerio tiene mucha prisa cuando se trata de enviarte a la muerte, pero cuando hay que avisar de un fallecimiento...

Albert habría escrito esa carta con gusto, creía que sabría dar con las palabras, pero no conseguía librarse de la idea de que era un embuste.

Decir a unas personas que van a sentir semejante dolor que su hijo está muerto, cuando en realidad está vivo... ¿Qué hacer? Por un lado, una mentira; por el otro, un remordimiento. Un dilema así podía paralizarlo durante semanas.

Al final se decidió hojeando el cuaderno. Lo había dejado en la cabecera de su cama y lo miraba muy a menudo. Aquellos dibujos se habían convertido en parte de su vida, pero el cuaderno no le pertenecía. Debía devolverlo. Con sumo cuidado, arrancó las últimas hojas, que días antes les habían servido a ambos soldados para comunicarse.

Sabía que no escribía demasiado bien. Sin embargo, una mañana se lanzó.

Estimada señora, estimado señor:

Soy Albert Maillard, compañero de su hijo. Tengo el inmenso dolor de comunicarles que Édouard cayó en combate el pasado 2 de noviembre. El ministerio se lo hará saber oficialmente, pero puedo asegurarles que murió como un héroe mientras atacaba al enemigo en defensa de la patria.

Édouard me había entregado un cuaderno de dibujos para ustedes, en caso de que le pasara algo. Aquí lo tienen.

Les aseguro que descansa en paz en un pequeño cementerio, que comparte con otros soldados, y les garantizo que se ha hecho lo posible para que se encuentre bien allí donde está.

Mi...

«... querido camarada Eugène...».

No se sabía si aún había censura, si abrían el correo, lo leían, lo vigilaban. Por si acaso, Albert tomaba precauciones y lo llamaba por su nuevo nombre. Al que por otra parte Édouard ya se había acostumbrado. Era incluso curiosa aquella repetición de la historia. A Édouard no le apetecía demasiado pensar en eso, pero los recuerdos afloraban a su pesar.

Había conocido a dos Eugènes. Al primero, un niño flaco y pecoso que nunca rechistaba, en la escuela infantil, aunque el que realmente contaba no era él, sino el otro. Habían coincidido en las clases de dibujo a las que asistía Édouard a escondidas de sus padres; pasaba mucho tiempo con él. De todas formas, Édouard tenía que hacerlo todo a escondidas. Por suerte estaba Madeleine, su hermana mayor, que siempre lo arreglaba todo, al menos lo que tenía arreglo. Como eran amantes, Eugène y Édouard prepararon juntos el ingreso en Bellas Artes. Eugène, que no tenía suficiente talento, no aprobó. Luego Édouard le perdió la pista. Se había enterado de su muerte en 1916.

Mi querido camarada Eugène:

Te aseguro que agradezco mucho las noticias que me das, pero, bueno, desde hace cuatro meses solo dibujos, ni una sola palabra, ni una frase... Supongo que no te gusta escribir, y puedo comprenderlo, aunque...

Dibujar era más fácil porque las palabras no le salían. Si hubiera sido por él, no le habría escrito nunca, pero aquel chico, Albert, rebosaba buena voluntad, había hecho todo lo posible. Édouard no le reprochaba nada... Aunque... algo quizá sí. En definitiva, si estaba donde estaba era por haberle salvado la vida. Lo había hecho por iniciativa propia, pero, cómo decirlo... No conseguía expresar lo que sentía, aquel sentimiento de

injusticia... Nadie tenía la culpa y todos la tenían. Pero las cosas claras: si no hubiera habido un soldado Maillard enterrado vivo, ahora Édouard estaría en su casa, entero. Cuando lo pensaba se echaba a llorar, no podía contenerse, de todas formas allí se lloraba de lo lindo, aquel lugar era un valle de lágrimas.

Cuando los dolores, la angustia y la pena remitían un rato, daban paso a unas cavilaciones en que la cara de Albert Maillard desaparecía detrás de la del teniente Pradelle. Édouard no había entendido ni media palabra de aquel asunto de la entrevista con el general y el consejo de guerra evitado por los pelos... Los hechos se remontaban al día anterior a su traslado, cuando estaba atontado por los calmantes, y ahora solo quedaba algo borroso y lleno de lagunas. En cambio, era muy claro el perfil del teniente Pradelle, inmóvil bajo la metralla, mirándose los pies antes de alejarse y, después, aquella pared de tierra al derrumbarse... Aunque no sabía por qué, no le cabía la menor duda de que Pradelle tenía algo que ver con lo sucedido. A cualquier otro le habría ardido la sangre de inmediato. Pero si en el campo de batalla había sabido armarse de valor para acudir en ayuda de un compañero, ahora se sentía despojado de toda energía. Veía sus pensamientos como si fueran imágenes planas y lejanas que solo guardaban una relación indirecta con él, sin lugar para la cólera ni la esperanza.

Édouard estaba tremendamente deprimido.

... y te aseguro que no siempre es fácil comprender cómo es tu vida. Ni siquiera sé si comes suficiente, si los médicos charlan un poco contigo y, como espero, van a poder resolverlo con un injerto, como me comentaron a mí; de hecho, ya te había hablado de ello.

El asunto del injerto... Eso era agua pasada. Albert estaba muy lejos de la realidad, su enfoque de la situación era puramente teórico.

Todas aquellas semanas de hospital solo habían servido para atajar infecciones y proceder al «revoque», como lo había llamado el cirujano, el doctor Maudret, jefe de servicio del Hospital Rollin, en la avenida Trudaine, un tipo alto y pelirrojo que rebosaba energía. Lo había operado ya seis veces.

—¡Casi podríamos decir que usted y yo somos íntimos!

En cada ocasión le había explicado con detalle los motivos de la intervención y sus limitaciones, lo había «resituado en la estrategia de conjunto». No en vano era médico militar y hombre dotado de una fe inquebrantable, fruto de los centenares de amputaciones y resecciones practicadas noche y día en los puestos de primeros auxilios, incluso en las mismas trincheras.

No hacía mucho que por fin le habían permitido mirarse al espejo. Por supuesto, para los médicos y las enfermeras que habían recuperado a un herido cuyo rostro no era más que un enorme amasijo de carne sanguinolenta donde apenas quedaban la campanilla, la entrada de la tráquea y, delante, una hilera de dientes milagrosamente intactos, el aspecto que ofrecía ahora Édouard era muy reconfortante. Eran optimistas, pero su convicción desaparecía ante la infinita desesperación que se apoderaba de los soldados cuando se enfrentaban por primera vez a aquello en lo que se habían convertido.

De ahí el discurso sobre el futuro. Esencial para la moral de las víctimas. Varias semanas antes de colocar de nuevo a Édouard ante el espejo, Maudret había empezado a entonar su cantinela:

—Dígame esto: «Lo que soy hoy nada tiene que ver con lo que seré mañana». —Y recalcaba el «nada», un nada enorme.

Maudret gastaba aún más energía al ver el poco efecto que sus palabras surtían en Édouard. De acuerdo, la guerra había sido cruenta más allá de lo imaginable, pero si mirabas el lado bueno de las cosas, también había permitido grandes avances en materia de cirugía maxilofacial.

—¡Inmensos, diría yo!

Habían mostrado a Édouard aparatos dentales de mecanoterapia, cabezas de escayola provistas de varillas de acero, toda clase de artilugios de aspecto medieval que constituían el último grito de la ciencia ortopédica. En realidad, todo cebos, porque Maudret, como el hábil estratega que era, había procedido a una especie de cerco de la persona de Édouard a fin de llevarlo con más facilidad a lo que constituía el punto culminante de sus propuestas terapéuticas.

—¡El injerto Dufourmentel!

Te quitaban unas tiras de piel del cráneo y luego te las ponían en la parte inferior del rostro.

Maudret le mostró negativos de varios pacientes operados. Sí señor, se dijo Édouard, le das a un médico militar un tipo al que otros militares le han espachurrado la jeta, y te devuelve un gnomo la mar de presentable.

La respuesta de Édouard fue muy escueta.

—«No» —escribió con grandes caracteres en su cuaderno de conversación.

Así que, aunque de mala gana —curiosamente, esas cosas no le gustaban demasiado—, Maudret mencionó las prótesis. Vulcanita, metal ligero, aluminio, disponían de todo lo necesario para ponerle una nueva mandíbula. Y para las mejillas... Édouard no esperó a que siguiera, sino que, cogiendo de nuevo su gran cuaderno, escribió:

—«No».

—¿No? —le preguntó el cirujano—. ¿No a qué?

—«A todo. Me quedo como estoy».

Maudret cerró los ojos con expresión de suficiencia, como queriendo decir que lo entendía. Los primeros meses era frecuente topar con actitudes de ese tipo, el rechazo, efecto de la depresión postraumática. Un comportamiento que se corregía con el tiempo. Por muy desfigurado que esté uno, tarde o temprano acaba entrando en razón, es la vida.

Pero cuatro meses después, tras mil insistencias y en un momento en que todos los demás sin excepción habían decidido ponerse en manos de los médicos para que paliaran los destrozos, el soldado Larivière seguía sin dar su brazo a torcer: «Me quedo como estoy».

Mientras así se expresaba, tenía la mirada fija, obstinada, vidriosa.

Llamaron a los psiquiatras.

Aunque, por otro lado, creo que con tus dibujos entiendo lo esencial. La habitación que ocupas ahora parece más grande y luminosa que la anterior, ¿no? Lo que se ve en el patio, ¿son árboles? Por supuesto, no puedo suponer que estés contento ahí, pero es que no sé qué hacer por ti desde este sitio. Me siento muy impotente.

Gracias por el dibujo de la joven hermana Marie-Camille.

Hasta el momento, te las habías apañado para mostrármela de espaldas o de perfil, y ahora comprendo por qué querías guardártela para ti solo, granuja, pues es muy guapa. Te confieso que si no tuviera a mi Cécile...

En realidad en aquel hospital no había monjas, sino enfermeras laicas, mujeres muy amables y compasivas. Pero necesitaba cosas que contarle a Albert, que le escribía hasta dos veces por semana. Los primeros dibujos de Édouard habían sido muy torpes, la mano le temblaba mucho y no veía bien. Aparte de que, a pesar de las diversas operaciones, seguía sufriendo muchos dolores. Albert había creído reconocer a una «monja joven» en un perfil apenas esbozado. Pues una monja joven, se había dicho Édouard, qué más dará. Y la llamó Marie-Camille. A través de las cartas se había hecho cierta idea de Albert y había tratado de dar a la religiosa imaginaria la clase de rostro que podría gustarle a un tipo como él.

Aunque estén unidos por una historia común en la que ambos se han jugado la propia vida, los dos hombres no se conocen, y una oscura mezcla de mala conciencia, solidaridad, resentimiento, alejamiento y fraternidad complica su relación. Édouard alimentaba hacia Albert un vago rencor, pero muy atenuado por el hecho de que su compañero le hubiera proporcionado una identidad de recambio, evitándole así tener que volver a casa. No tenía la menor idea de lo que le pasaría ahora que había dejado de ser Édouard Péricourt, pero prefería cualquier existencia a aquella en la que habría tenido que enfrentarse, en aquel estado, a la mirada de su padre.

A propósito de Cécile, recibí carta suya. A ella también se le está haciendo muy largo el final de la guerra. Nos las prometemos muy felices a mi regreso, pero por el tono que emplea noto que está muy cansada de todo esto. Al principio visitaba a mi madre bastante a menudo. No puedo reprocharle que ahora vaya menos, ya te he hablado de mi madre, una mujer de lo más complicada.

Mil gracias por la cabeza de caballo. Te di mucho la lata... Esta me parece realmente buena, muy expresiva, con esos ojos desorbitados que le has puesto y la boca entreabierta. Sé que es una estupidez, pero a veces me pregunto cómo llamarían a aquel animal. Como si necesitara darle un nombre.

¿Cuántas cabezas de caballo le habría dibujado? Demasiado estrecha, vuelta hacia ese lado, no, mejor hacia el otro, con los ojos más... cómo diría... no, no era exactamente así. Otro lo habría mandado a paseo, pero Édouard se daba cuenta de lo importante que era para su compañero recuperar, conservar la cabeza de aquel jamelgo que quizá le había salvado la vida. Aquella petición disimulaba otra turbia y profunda cuestión que le afectaba a él, a Édouard, y que no conseguía expresar con palabras. Había

puesto manos a la obra y dibujado decenas de esbozos procurando seguir las torpes indicaciones que Albert le mandaba carta tras carta, acompañadas de profusas disculpas y agradecimientos. Ya estaba a punto de rendirse cuando se acordó de una cabeza de caballo dibujada por Leonardo da Vinci, una sanguina, si no recordaba mal, para una estatua ecuestre que usó como modelo. Al recibirla, Albert se puso loco de contento.

Cuando leyó esas palabras, Édouard comprendió al fin lo que había estado en juego.

Ahora que le había dado a su compañero la cabeza de caballo, dejó el lápiz y decidió no cogerlo más.

No volvería a dibujar.

Aquí el tiempo no pasa. ¿Te das cuenta de que el armisticio se firmó en noviembre, estamos en febrero y aún no nos han desmovilizado? Hay semanas en las que ya no servimos para nada... Nos han dicho de todo para explicar la situación, pero a saber cuál será la verdad. Aquí sucede como en el frente: los rumores circulan más rápido que las noticias. Por lo visto, muy pronto los parisinos irán de excursión con Le Petit Journal a los campos de batalla de la zona de Reims, aunque los soldados sigamos muriéndonos de asco aquí en unas condiciones que van de mal en peor, como nosotros. Te juro que a veces me pregunto si no estábamos mejor bajo la metralla; allí al menos servíamos de algo, para ganar la guerra. Me avergüenza quejarme de mis tonterías, mi pobre Eugène, debes de pensar que no me doy cuenta de lo afortunado que soy y que no hago más que lamentarme. Tienes razón, hay que ver lo egoístas que podemos llegar a ser.

En vista de lo caótica que es mi carta (siempre pierdo el hilo, ya me pasaba en la escuela), me pregunto si no haría mejor dedicándome a dibujar...

Édouard escribió al doctor Maudret que rechazaba cualquier intervención de estética de todo tipo y pidió que lo devolvieran a la vida civil sin dilación.

—¿Con esa cara?

El médico estaba furioso. Tenía la carta de Édouard en la mano derecha mientras, con la izquierda, le sujetaba el hombro con firmeza ante el espejo.

Édouard miró detenidamente aquel hinchado magma, en el que descubría, borrosos, como velados, los rasgos de su antiguo rostro. Los pliegues de la carne formaban gruesos cojines de un blanco lechoso. En mitad de la cara, el agujero, parcialmente reabsorbido por aquel trabajo de estiramiento y torsión de los tejidos, era una especie de cráter menos llamativo que antes, pero igual de rojizo. Édouard parecía un contorsionista

de circo capaz de tragarse por entero las mejillas y la mandíbula inferior, pero incapaz de hacer lo contrario.

—«Sí —confirmó Édouard—, con esta cara».

El ajetreo es continuo. Miles de soldados que pasan y vuelven a pasar, pernóctan, llegan y se amontonan en un caos indescriptible. El Centro de Desmovilización está lleno hasta la bandera, hay que licenciar a los hombres en tandas de varios centenares, pero nadie sabe cómo proceder, las órdenes vienen y van, la organización no para de cambiar. Cuando a los soldados, descontentos y exhaustos, les llega la menor noticia, los ánimos se alteran al instante, se oyen gritos, casi amenazas. Sobre pasados, los oficiales atraviesan la muchedumbre a zancadas, respondiendo a la buena de Dios en tono exasperado: «Sé tanto como usted, ¡qué quiere que le diga!». De repente se oyen toques de silbato, todo el mundo se vuelve, el foco de la irritación se desplaza, ahora es un tipo que vocifera allá al fondo, solo se oye: «¿Documentos? Pero ¿qué documentos, joder?». Y otra voz «¿Eh? ¿Cómo que la cartilla militar?». Como un acto reflejo, todo el mundo se lleva la mano al bolsillo del pecho o de detrás del pantalón y mira interrogante a los demás. «¡Coño, ya está bien, llevamos esperando cuatro horas!», «¡No te quejes, yo llevo tres días!». «¿Adónde dices que hay que ir para los borceguíes?». Aunque por lo visto ya no quedan más que tallas grandes. «Entonces, ¿qué hago?». Un tipo sobreexcitado. No es más que un soldado de primera, pero se dirige a un capitán como si hablara con un empleado. Furibundo, repite: «¿Eh?, ¿qué tengo que hacer?». El capitán se concentra en su lista, marca nombres. Rabioso, el soldado da media vuelta mascullando cosas ininteligibles, salvo una: «Cerdos...». El capitán finge no haberlo oído, está rojo y le tiembla la mano, pero hay tanta gente que también eso se pierde entre la muchedumbre y desaparece como espuma. Dos tipos se dan puñetazos en el hombro, discutiendo. «¡Te digo que esa guerrera es mía!», grita uno. «¡Y una mierda! Porque tú lo digas...», chilla

el otro, pero acaba soltándola y se va; lo ha intentado y volverá a intentarlo. Todos los días hay robos, un montón; tendrían que poner una oficina especial solo para eso, una oficina por tipo de reclamación, ¿se lo imagina? Imposible. Es lo que se dicen los chicos mientras hacen cola para la sopa. Tibia. Desde el principio. No se entiende, el café está caliente; la sopa, fría. Desde el principio. El resto del tiempo, cuando no están haciendo cola, están tratando de informarse («Pero ¡el tren para Macôn está programado!», exclama uno. «Sí, programado sí, pero no está ahí, ¿qué quieres que haga?»).

Ayer salió un convoy para París, cuarenta y siete vagones capaces de transportar a mil quinientos hombres, metieron a más de dos mil, había que verlo, iban como sardinas en lata, pero contentos. Hubo cristales rotos, llegaron unos oficiales hablando de «vandalismo», los hicieron bajar a todos, el tren sumó otra hora de retraso a las diez que ya llevaba, pero al final se puso en marcha en medio del griterío, de los que se iban y de los que se quedaban. Y cuando ya no se veían más que penachos de humo sobre el campo completamente llano, todos se dieron media vuelta buscando una cara conocida a fin de sonsacar alguna información, de repetir las preguntas de siempre: ¿qué unidad han desmovilizado, en qué orden se hacen las cosas, por el amor de Dios, es que aquí no hay nadie al mando? Sí, pero ¿para mandar qué? Nadie entiende nada. Esperan. La mitad de los soldados han dormido en el suelo arrebujados en el capote, estaban más anchos en las trincheras. Bueno, no puede compararse, aquí no hay ratas, aunque abundan los piojos, porque son bichos que viajan contigo. «No podemos ni escribir a casa avisando de cuándo llegaremos», refunfuña un soldado, un viejo con arrugas, de mirada apagada, se queja, se respira fatalismo. Confiaban en la llegada de un tren suplementario, y ha llegado, pero en vez de llevarse a los trescientos veinte tipos que aguardaban, ha descargado a otros doscientos nuevos, a quienes no saben dónde meter.

El capellán trata de pasar entre las filas de soldados cada vez más largas, le empujan, derrama la mitad de su taza de café en el suelo; un tipo bajito le guiña un ojo: «¡Vaya, qué mal se porta Dios con usted!», se cachondea. El capellán aprieta los dientes e intenta hacerse sitio en un banco, parece que iban a traer más bancos, pero nadie sabe cuándo. Entretanto, los que hay

están muy solicitados. El capellán encuentra sitio porque los chicos se juntan, si fuera un oficial, ya podían darle, pero tratándose de un cura...

Aquel tráfico en nada beneficiaba a alguien tan ansioso como Albert. Estaba con los nervios de punta las veinticuatro horas. No podías quedarte quieto en ningún sitio sin que alguien te empujara. Y el follón, los gritos, lo alteraban un montón, se le metían en la cabeza, no paraba de sobresaltarse y se pasaba la mitad del tiempo mirando a sus espaldas. A veces el ruido de la gente cesaba a su alrededor de repente, como si hubieran cerrado unas compuertas, y era sustituido por unos ecos sordos, ahogados, como explosiones de obús oídas bajo tierra.

Aún le pasaba más desde que había visto al capitán Pradelle al fondo del patio. Plantado con las piernas abiertas y las manos a la espalda, su postura favorita, observaba el penoso espectáculo con la severidad de un hombre que se siente superior a la mediocridad de los demás. Acordándose de él, Albert alzó la cabeza y miró a la multitud que lo rodeaba, presa de la angustia. No quería hablarle de Pradelle a Édouard, pero tenía la sensación de que el capitán estaba en todas partes, como un espíritu maligno, que planeaba siempre en algún lugar cercano, listo para abatirse sobre él.

*Tienes razón, hay que ver lo egoístas que podemos llegar a ser.
En vista de lo caótica que es mi carta...*

—¡Albert!

Lo que pasa es que también tenemos embrollada la cabeza. Cuando has...

—¡Albert, cojones!

Furioso, el cabo primero lo agarró del hombro y le dio un meneo señalando el letrero. Albert se apresuró a recoger sus hojas sueltas, guardó sus cosas de cualquier manera y echó a correr con la documentación apretada contra el pecho entre la multitud de soldados que esperaban a pie firme en fila india.

—No te pareces mucho a la foto...

El gendarme era un cuarentón satisfecho (barrigudo, casi gordo, a saber cómo habría conseguido alimentarse así en los últimos cuatro años) y suspicaz. Uno de esos hombres con sentido del deber. El sentido del deber va por épocas. Por ejemplo, después del armisticio era un bien más

abundante que antes. Por otra parte, Albert era una presa fácil. Poco discutidor. Con ganas de volver a casa. Y de dormir.

—Albert Maillard... —murmuró examinando la cartilla militar.

Un poco más y la atraviesa con la mirada. Estaba claro que dudaba y, observando la cara de Albert, se reafirmaba en su veredicto: «No se parece a la foto». Pero la imagen era de hacía cuatro años y estaba descolorida y gastada. Al fin y al cabo, se dijo Albert, tan descolorida y gastada como yo. Sin embargo, el agente del orden no veía las cosas así. Hoy en día, no había más que tunantes, estafadores e impostores. Negaba con la cabeza, miraba la cartilla y volvía a mirarlo a él.

—Es una foto de hace tiempo —se atrevió a decir Albert.

Si al funcionario la cara del soldado le resultaba sospechosa, el «hace tiempo», en cambio, le pareció un concepto claro. «Hace tiempo» era una idea absolutamente cristalina para cualquiera. A pesar de todo.

—Bueno, vale —transigió—, te llamas Albert Maillard, pero ahora tengo dos Maillards.

—¿Dos «Albert Maillard»?

—No. «A. Maillard», y el «A» puede ser de Albert. —El gendarme estaba bastante orgulloso de la deducción, que ponía de manifiesto su agudeza.

—Sí —replicó Albert—. Y de Alfred. Y de André. Y de Alcide.

El agente del orden lo miró de soslayo y entornó los ojos como un gato gordo.

—¿Y por qué no va a ser de Albert?

Por qué no. Ante una hipótesis tan sólida, Albert no tenía nada que objetar.

—Y el otro Maillard, ¿dónde está? —preguntó.

—Bueno, ese es el problema. Se fue anteayer.

—¿Le dejaron irse sin saber su nombre de pila?

El gendarme cerró los ojos. Qué pesado era tener que explicar cosas tan sencillas.

—Teníamos su nombre, pero ya no lo tenemos, porque los expedientes salieron ayer para París. De los que ya se han ido, solo tengo este libro de

registro, y aquí —recalcó, clavando un dedo perentorio en la columna de los nombres— pone «A. Maillard».

—Si no encuentran la documentación, ¿tendré que continuar la guerra yo solo?

—Si por mí fuera —respondió el gendarme—, te dejaría pasar. Pero puede caerme una bronca, ¿sabes? Si registro a un tipo que no es quien dice ser, quien pagará el pato seré yo. ¡No te imaginas la cantidad de jetas que vemos por aquí! En estos momentos, no sé cómo podéis perder tantas documentaciones... Si contáramos a todos los que han extraviado la tarjeta del peculio para cobrar dos veces la indemnización...

—¿Y eso es tan grave? —le preguntó Albert.

El gendarme frunció el ceño, como si acabara de caer en la cuenta de que tenía delante a un bolchevique.

—Después de hacerme esa foto, me hirieron en el Somme —explicó Albert para tratar de calmar los ánimos—. Puede que eso explique por qué la foto...

El gendarme, encantado de hacer gala de su sagacidad, observó alternativamente la foto y la cara, pasando de la una a la otra cada vez más deprisa.

—Puede ser —decretó al fin.

Con todo, se notaba que el asunto no acababa de convencerlo. Detrás, los otros soldados empezaban a impacientarse. Se oían ya tímidas voces de protesta, pero el ambiente no tardaría en caldearse...

—¿Algún problema?

Aquella voz dejó a Albert petrificado, pues irradiaba tantas ondas negativas como una vaharada de veneno. En su campo visual, al principio, solo descubrió un cinturón. Notó que empezaba a temblar. No te mees encima.

—Bueno, es que... —dijo el gendarme, tendiendo la cartilla militar.

Cuando Albert alzó por fin la vista, la mirada azul y penetrante del capitán d'Aulnay-Pradelle fue como una puñalada. Tan moreno como siempre, con todos aquellos pelos y aquella planta suya. Pradelle cogió la cartilla sin quitarle ojo.

—Es que tengo dos «A. Maillard» —explicó el gendarme—. Y a mí la foto me hace dudar...

Pradelle seguía sin mirar la cartilla. Albert se miró los zapatos. No podía evitarlo, era incapaz de sostener aquella mirada. Cinco minutos más y tendría una gota de sudor colgándole de la napia.

—A este lo conozco... —soltó Pradelle—. Lo conozco perfectamente.

—¡Ah! —murmuró el gendarme.

—Es Albert Maillard... —dijo el capitán con extraordinaria lentitud, como si pusiera todo su peso en cada sílaba—. No cabe duda.

La llegada de Pradelle había calmado a los hombres instantáneamente. Los soldados se habían callado como si se hubiera producido un eclipse. Ese Pradelle emanaba algo que te dejaba helado, como el malvado Javert en *Los miserables*. En los infiernos seguro que había guardianes con aquella cara.

He dudado mucho antes de contártelo, pero al final me he decidido: tengo noticias de A. P. ¿A que no lo adivinas? ¡Lo han ascendido a capitán! Está claro que en la guerra es mejor ser un canalla que un buen soldado. Y está aquí, dirige una sección del Centro de Desmovilización. Volver a encontrármelo me ha causado una enorme impresión... No te imaginas los sueños que tengo desde entonces.

—¿Verdad que nos conocemos, soldado Maillard?

—Sí, mi tenien... mi capitán —respondió Albert, alzando al fin los ojos—. Nos conocemos...

El gendarme no dijo nada más, miró sus tampones y sus libros de registro con expresión absorta. El ambiente estaba cargado de malas vibraciones.

—Y sobre todo conozco su heroísmo, soldado Albert Maillard —añadió Pradelle con una sonrisita condescendiente.

Lo miró de arriba abajo y luego volvió al rostro. Con suma calma. Albert tuvo la sensación de que el suelo desaparecía lentamente bajo sus pies, como si estuviera sobre arenas movedizas, y eso fue lo que lo hizo reaccionar, un reflejo de pánico.

—Es lo que tiene... la guerra —balbuceó.

En torno a ellos se hizo un gran silencio. Pradelle ladeó la cabeza en una pregunta muda.

—Cada uno se muestra como es —concluyó Albert con dificultad.

Pradelle esbozó una sonrisa. En ciertos momentos, sus labios eran solo una línea horizontal que simplemente se estiraba, como un mecanismo. Albert comprendió el origen de su malestar: el capitán Pradelle jamás parpadeaba, lo que convertía aquella mirada fija en mordiente. Estos animales no tienen lágrimas, pensó. Tragó saliva y bajó los ojos.

En mis sueños, a veces lo mato, lo ensarto con la bayoneta. En ocasiones, estamos tú y yo, y créeme si te digo que le hacemos pasar un mal rato. Otras, me veo ante el consejo de guerra, acabo frente al pelotón, por lo general debería rechazar la venda en los ojos, ser valiente y esas cosas. Pero digo que sí, porque el único tirador es él, que me sonríe apuntándome con cara de estar muy satisfecho de sí mismo. Cuando estoy despierto, también sueño con matarlo. Aunque cuando me viene a la cabeza el nombre de ese cabrón pienso sobre todo en ti, mi querido camarada. No debería decirte esto, lo sé...

El gendarme carraspeó.

—Bueno, entonces... Si usted lo conoce, mi capitán...

Los murmullos se reanudaron, al principio tímidamente, luego con más fuerza.

Albert alzó los ojos. Pradelle había desaparecido. El gendarme ya estaba inclinado sobre el libro de registro.

Desde la mañana se habían gritado unos a otros en medio de una incesante algarabía. En el Centro de Desmovilización no habían dejado de resonar los gritos y el vocerío, hasta que, de repente, al final de la jornada el desánimo pareció apoderarse de aquel enorme cuerpo agonizante. Las ventanillas cerraron y los oficiales se fueron a cenar, mientras, sentados en sacos, los agotados suboficiales soplaban en el café, ya frío, por pura costumbre. Las mesas de la administración estaban despejadas. Hasta la mañana siguiente.

Los trenes que no estaban allí ya no llegarían.

Hoy tampoco.

Quizá mañana.

Por lo demás, lo único que hacemos desde que acabó la guerra es esperar. Al final pasa lo mismo que en las trincheras. Tenemos un enemigo al que no vemos, pero al que notamos con todo su peso. Dependemos de él. El enemigo, la guerra,

la burocracia, el ejército: todo viene a ser lo mismo, cosas que nadie entiende ni sabe resolver.

La noche cayó pronto. Quienes ya habían cenado hacían la digestión fumando y soñando despiertos. Agotados tras un día entero de loco ajetreo, y para nada, ahora que todo estaba en calma se mostraban pacientes y generosos, compartían las mantas y el pan que les quedaba, se quitaban los zapatos... Quizá debido a la luz sus rostros parecían más chupados, habían envejecido. El cansancio, aquellos agotadores meses y aquellas interminables gestiones, se decían que jamás se librarían de aquella guerra. Algunos jugaban a las cartas, iban a apostarse la calderilla que no habían podido cambiar, bromeaban, contaban chistes. Pero estaban abatidos.

... así es como acaba una guerra, mi querido Eugène, con un inmenso dormitorio lleno de tipos exhaustos a quienes ni siquiera son capaces de mandar a casa en condiciones. Nadie que te diga una palabra o simplemente te estreche la mano. Los periódicos nos prometían arcos de triunfo, pero nos amontonan en barracones abiertos a los cuatro vientos. La «emocionada gratitud de una Francia reconocida» (te juro que lo he leído, palabra por palabra, en Le Matin) se ha convertido en continuas pejiqeras, nos regatean los 52 francos del peculio, nos escatiman la ropa, la sopa y el café, nos llaman ladrones.

—En mi pueblo, cuando lleguemos —dijo uno volviendo a encender el cigarrillo—, van a celebrar una fiesta...

Nadie respondió. La duda flotaba en todas las mentes.

—¿De dónde eres? —le preguntaron.

—De Saint-Viguer-de-Soulage.

—¡Ah!

Nadie sabía dónde estaba, pero sonaba bien.

Te dejo por hoy. Pienso en ti, querido camarada, y tengo muchas ganas de verte, es lo primero que haré cuando llegue a París, después de reunirme con mi Cécile, claro. Cuídate, envíame al menos unas líneas, o si no dibujos, cosa que tampoco está mal. Los guardo todos, quién sabe, cuando seas un gran artista (un artista famoso, quiero decir), a lo mejor me convierto en un hombre rico.

Te mando un fuerte apretón de manos.

Tu Albert

Tras una larga noche pasada con resignación, por la mañana los soldados se desperezaron. Apenas había salido el sol, pero los suboficiales ya estaban clavando anuncios a martillazo limpio. Todos corrieron a mirar.

Había trenes confirmados para el viernes, al cabo de dos días. Un par a París. Los soldados buscaban su nombre y los de sus amigos. Albert esperaba pacientemente, soportando pisotones y codazos. Cuando consiguió abrirse paso, recorrió una lista con el índice, luego otra, se desplazó hacia un lado, recorrió la tercera, y allí estaba, por fin, Albert Maillard, ese soy yo, el tren nocturno.

Salida, el viernes a las 22 horas.

El tiempo justo para que le sellaran el boletín de transporte e ir a la estación con todos los demás; habría que salir al menos una hora antes. Pensó en escribirle a Cécile, pero cambió de idea, no servía de nada. Bastantes noticias falsas había ya.

Como tantos otros soldados, se sentía aliviado. La información podía ser desmentida, pero aunque fuera falsa sentaba bien.

Aprovechando que había escampado, Albert le había dejado sus cosas a un parisino que estaba escribiendo cartas. Durante la noche había dejado de llover, todos se preguntaban si cambiaría el tiempo y haría buen día y cada cual emitía su pronóstico mirando las nubes. Y por la mañana, por muchas preocupaciones que tuvieran, todos se decían que, al fin y al cabo, era maravilloso estar vivo. A lo largo de las vallas colocadas para delimitar el campo había ya decenas de soldados alineados, dispuestos a pegar la hebra con los lugareños que se acercaban a curiosear, los chavales que esperaban tocar un fusil y los visitantes que nadie sabía de dónde habían salido ni cómo habían llegado. Con la gente, en definitiva. Era extraño estar encerrado de aquel modo y hablar con civiles a través de las vallas. A Albert aún le quedaba tabaco, una de las cosas de las que nunca se separaba. Por suerte, como había bastantes soldados agotados que se quedaban un buen rato arrebujados en el capote antes de decidirse a levantarse, era más fácil conseguir bebidas calientes a esa hora. Se acercó a la valla y permaneció allí un buen rato fumándose un cigarrillo y dando sorbos al café. Arriba, las nubes blancas pasaban a toda velocidad. Se dirigió hacia la entrada del campo, intercambió unas palabras con algunos soldados aquí y allá. Pero evitó la información, decidido a esperar pacientemente a que lo llamaran, ya no tenía ganas de correr, tarde o temprano acabarían mandándolo a casa. En su última carta, Cécile le había

dado un número de teléfono donde podía dejar un mensaje en cuanto se enterara del día de su vuelta. Desde que lo tenía, ardía en deseos de marcarlo, lo habría hecho de inmediato para hablar con Cécile y decirle que se moría por regresar, por estar al fin con ella y tantas cosas más, pero solo era un sitio donde dejar recado al señor Mauléon, el de la ferretería de la esquina de la rue des Amandiers. Y encima, tendría que buscar un teléfono. Habría sido más rápido ir directamente a casa sin detenerse.

La valla estaba muy concurrida. Albert se fumó otro pitillo mientras curioseaba. Gente de la ciudad hablaba con los soldados. Con caras tristes. Las mujeres buscaban a un hijo, o al marido, enseñaban fotos extendiendo el brazo... Los pocos padres presentes se quedaban atrás. Siempre eran las mujeres las que se movían, las que preguntaban, las que continuaban con su silenciosa lucha, las que se levantaban todas las mañanas con un resto de esperanza que agotar. Los hombres habían dejado de creer hacía mucho. Los soldados a quienes abordaban respondían con vaguedades, asentían, todas las fotos se parecían vamos, una aguja en un pajar.

Una mano lo agarró del hombro. Se volvió e instantáneamente sintió náuseas y el corazón a punto de un colapso.

—¡Hombre! ¡Estaba buscándolo, soldado Maillard!

Pradelle lo cogió del brazo y lo obligó a andar.

—¡Sígame!

Aunque ya no estaba a sus órdenes, Albert, apretando la mochila contra el cuerpo, lo siguió sin rechistar. El efecto de la autoridad.

Caminaron a lo largo de la valla.

La chica era más baja que ellos. Veintisiete, quizá veintiocho años, no muy guapa, se dijo Albert, pero con cierto encanto. Bueno, eso parecía. La chaqueta debía de ser de armiño, no estaba seguro, una vez Cécile le había enseñado unas chaquetas parecidas en el escaparate de unos grandes almacenes prohibitivos, y él había sentido no poder entrar y comprarle una. Llevaba un manguito a juego y un sombrero en forma de campana, más ancho por delante. La clase de chica con medios para parecer sencilla sin dejar de ser elegante. Tenía un rostro franco, grandes ojos oscuros que

acababan en haces de minúsculas arruguillas, pestañas largas y muy negras y la boca pequeña. No, no era demasiado guapa, pero sabía arreglarse. Y además, se veía enseguida que era una mujer con carácter.

Estaba muy emocionada. En las enguantadas manos sostenía una hoja de papel, que le tendió.

Para disimular, Albert la cogió y fingió leerla, aunque sabía muy bien qué era. Un formulario. Sus ojos se fijaron en varias frases: «Muerto por Francia», «A CONSECUENCIA: de heridas recibidas en el campo de batalla», «Inhumado en la zona».

—La señorita está interesada por uno de sus compañeros, muerto en combate —dijo Pradelle con frialdad.

La joven le dio otra hoja, que a Albert casi se le cayó, pero consiguió atraparla en el aire. Ella soltó un débil «¡Oh!».

Era su propia letra.

Estimada señora, estimado señor:

Soy Albert Maillard, compañero de su hijo. Tengo el inmenso dolor de comunicarles que Édouard cayó en combate...

Albert le devolvió las dos hojas a la chica, que le tendió una mano fría, pero suave y firme.

—Soy Madeleine Péricourt, la hermana de Édouard...

Él asintió. Se parecía a su hermano. En los ojos. Ni ella ni Albert sabían qué decir.

—Lo siento mucho —murmuró Albert.

—La señorita ha venido a verme con una recomendación del general Morieux... —explicó Pradelle, y se volvió hacia ella—, que es muy amigo de su padre, ¿verdad?

Madeleine lo confirmó asintiendo, pero sin dejar de mirar a Albert, que al oír el nombre del general notó que se le revolvía el estómago. Angustiado, se preguntó cómo acabaría aquello, mientras apretaba las nalgas instintivamente y se concentraba en su vejiga. Pradelle, Morieux... El cerco iba estrechándose.

—De hecho —prosiguió el capitán—, a la señorita Péricourt le gustaría rezar ante la tumba de su hermano. Pero no sabe dónde está enterrado...

El capitán d'Aulnay-Pradelle apoyó la mano pesadamente en el hombro del soldado Maillard para obligarle a mirarlo. Parecía una muestra de camaradería, a Madeleine debía de parecerle extrañamente humano el capitán, aquel cabronazo que miraba a Albert con una sonrisa tan leve como amenazadora. Albert conectó mentalmente el nombre de Morieux con el de Péricourt y luego a «un amigo de su padre»... Era evidente que el capitán cuidaba sus relaciones y que obtendría más beneficios haciéndole un favor a la señorita que revelando la verdad, que conocía a la perfección. Tenía a Albert atrapado en su propia mentira sobre la muerte de Édouard Péricourt, y bastaba con observar su comportamiento para adivinar que mantendría el puño bien apretado mientras sacara beneficio.

Por su parte, la señorita Péricourt, que, más que mirar a Albert, escrutaba su rostro con una esperanza desmesurada, frunció el ceño como para animarlo a hablar. Él negó con la cabeza en silencio.

—¿Está lejos de aquí?

Bonita voz.

—La señorita —dijo Pradelle, silabeando pacientemente al ver que Albert no respondía— está preguntándole si el cementerio donde enterró a su hermano Édouard se halla lejos de aquí.

Madeleine lanzó una mirada interrogativa al oficial. ¿Es bobo, su soldado? ¿Entiende lo que le dicen? Estrujó un poco la carta. Su mirada iba del capitán al soldado, y viceversa.

—Bastante lejos... —se atrevió a decir Albert.

Madeleine se mostró aliviada. Bastante quería decir no demasiado. En todo caso: me acuerdo del sitio. La chica suspiró. Alguien sabía algo. Se intuía que había dado muchas vueltas antes de llegar allí. No se permitió sonreír, claro, la ocasión no se prestaba a tal cosa, pero se había tranquilizado.

—¿Puede indicarme cómo ir?

—Eso no es fácil —respondió Albert a toda prisa—. Es en el campo, ya sabe... Para orientarse...

—Entonces, ¿podría acompañarnos?

—¿Ahora? —preguntó Albert, inquieto—. Es que...

—¡No, no, ahora mismo, no!

La respuesta le salió disparada como un cohete y, arrepentida al instante, Madeleine Péricourt se mordió el labio y buscó el apoyo del capitán Pradelle.

Y entonces pasó algo curioso: todo el mundo comprendió de qué iba la cosa.

Una sola palabra dicha con precipitación, y se acabó. Eso alteraba por completo la partida.

Pradelle fue el más rápido, como siempre:

—La señorita Péricourt querría rezar ante la tumba de su hermano... — Había recalcado cada sílaba, como si todas tuvieran un significado concreto, independiente.

Rezar. Vale, muy bien. Entonces, ¿por qué no ahora mismo?

¿Por qué esperar?

Porque, para hacer lo que ella deseaba, se requería algo de tiempo y sobre todo mucha discreción.

Las familias llevaban meses reclamando los restos de los soldados enterrados en el frente. Devolvednos a nuestros hijos. Pero nada. Y es que los había en todas partes. El norte y el este del país estaban salpicados de tumbas improvisadas, cavadas a toda prisa, porque los muertos no podían esperar, se descomponían enseguida, por no hablar de las ratas. Con el armisticio a las familias se les agotó la paciencia, pero el Estado se obstinaba en su negativa. Por otra parte, bien pensado, a Albert le parecía lógico. Si el gobierno autorizaba las exhumaciones particulares, en cuestión de días habría cientos de familias armadas de picos y palas removiendo medio país, menudo cirio, y transportar miles de cuerpos en estado de putrefacción, mantener los ataúdes en las estaciones jornadas enteras, cargarlos en trenes que ya tardaban una semana en ir de París a Orleans, era sencillamente imposible. Así que desde el principio la respuesta había sido negativa. Sin embargo, a las familias les costaba aceptarlo. La guerra había acabado, no lo entendían, insistían. Por otro lado, si el gobierno ni siquiera era capaz de desmovilizar a los soldados, a saber cómo se las arreglaría para organizar la exhumación y el transporte de doscientos, trescientos o incluso cuatrocientos mil cadáveres, ya se había perdido la cuenta... Menudo rompecabezas.

Así que la gente se refugió en la tristeza; había padres que cruzaban el país para ir a rezar ante tumbas en mitad de la nada, y de allí no se movían.

Esos eran los más resignados.

Luego estaban los otros, las familias rebeldes, exigentes, obstinadas, que no se dejarían enredar por un gobierno de incompetentes. Actuaban de otro modo. Era el caso de la familia de Édouard. La señorita Péricourt no estaba allí para rezar ante la tumba de su hermano.

Había ido a buscarlo.

Había ido a desenterrarlo y llevárselo.

Se oían historias parecidas. Había todo un negocio en torno, gente que estaba especializándose, solo se necesitaba una furgoneta, una pala, un pico y estómago. Buscabas el sitio por la noche, actuabas con rapidez.

—¿Y cuándo podría ir la señorita a rezar ante la tumba de su hermano, soldado Maillard? —preguntó Pradelle.

—Mañana, si quieren... —respondió Albert en tono inexpresivo.

—Sí —contestó la joven—, mañana sería perfecto. Vendré en coche. ¿Cuánto se tarda, según usted?

—Es difícil decirlo. Un par de horas... Tal vez más... ¿A qué hora le vendría bien? —le preguntó Albert.

Madeleine vaciló. Al ver que ni el capitán ni Albert reaccionaban, se lanzó:

—¿Paso a buscarlo hacia las seis? ¿Qué le parece?

¿Que qué le parecía?

—¿Es que quiere rezarle de noche? —inquirió Albert.

Había sido más fuerte que él. No había podido evitarlo. Qué vileza.

Se arrepintió de inmediato, porque Madeleine bajó los ojos. Pero la pregunta no la había avergonzado; en absoluto, solo estaba calculando. Era joven, pero tenía los pies en la tierra. Y como también era rica —no había más que ver el armiño, el sombrero, la dentadura perfecta—, estaba considerando fríamente la situación, preguntándose qué precio debería pagar a fin de conseguir la colaboración de aquel soldado.

Albert sintió vergüenza solo de pensar que podía parecer que aceptaría dinero por algo así...

—De acuerdo, mañana —dijo antes de que la chica abriera la boca.

Dio media vuelta y se fue camino al campo.

9

Y te aseguro que siento mucho sacar de nuevo este asunto... Solo querría que estuvieras completamente seguro. A veces tomamos decisiones llevados por la ira, la decepción o el dolor, porque las emociones nos superan, bueno, ya sabes a qué me refiero. No sé qué podría hacerse ahora, pero alguna solución se encontraría... Lo que se hace en un sentido, puede deshacerse en el otro. No quiero influenciarte, pero te lo ruego: piensa en tus padres. Estoy seguro de que si te vieran como estás ahora te querrían tanto como antes, si no más. Tu padre debe de ser un hombre bueno y abnegado, imagina la alegría que se llevaría si supiera que estás vivo. Pero no quiero influenciarte. De todas formas, se hará lo que tú quieras, aunque estas cosas hay que pensarlas bien, desde mi punto de vista. Me has dibujado a tu hermana Madeleine, es una chica atractiva, piensa un poco en la pena que debió de sentir cuando le comunicaron tu muerte y en el milagro que sería para ella que ahora...

Escribirle esas cosas no servía de nada. Ni siquiera se sabía cuándo llegaban las cartas, podían tardar dos semanas, incluso cuatro. Y la suerte estaba echada. Albert lo escribía para sí mismo. No se arrepentía de haber ayudado a Édouard a cambiar de identidad, pero, si no lo seguía hasta el final, no podía imaginarse las consecuencias, aunque presentía que serían bastante graves. Se envolvió en la guerrera y se tumbó en el suelo.

Se pasó la mayor parte de la noche dando vueltas y vueltas, nervioso, inquieto.

En sus sueños, desenterraban un cuerpo y Madeleine Péricourt se daba cuenta enseguida de que no era el de su hermano, era más alto, o más bajo, unas veces tenía una cara que se reconocía enseguida, la de un soldado muy viejo, y otras hasta desenterraban a un hombre con la cabeza de un caballo. La chica lo agarraba del brazo y le preguntaba: «¿Qué ha hecho con mi hermano?». Por supuesto, el capitán d'Aulnay-Pradelle metía cizaña, sus ojos eran de un azul tan intenso que iluminaban la cara de Albert como una

antorcha. Tenía la voz del general Morieux. «¡Exacto! —tronaba—. ¿Qué ha hecho con su hermano, soldado Maillard?».

Se despertó de una de esas pesadillas cuando rayaba el alba.

Mientras casi todo el campamento aún dormía, Albert estuvo dándole vueltas a sus pensamientos, que con la oscuridad de la gran sala, la pesada respiración de sus compañeros y la lluvia que azotaba el techo, se volvieron cada vez más negros, fúnebres, amenazadores. No se arrepentía de lo que había hecho, pero no se sentía capaz de seguir adelante. La visión de la chica estrujando en sus finas manos aquella carta plagada de mentiras aparecía ante sus ojos una y otra vez. ¿Era humano, lo que estaba haciendo? ¿Estaba a tiempo de anularlo todo? Había tantas razones para hacer como para deshacer. Porque, vamos, se decía Albert, ¿no voy a ponerme ahora a desenterrar cadáveres para tapar una mentira inventada por bondad! O por debilidad, aunque viene a ser lo mismo. Pero si no voy a desenterrarlo, si descubro el pastel, me acusarán. No sabía a qué se arriesgaba, solo que era grave; el asunto tomaba proporciones aterradoras.

Cuando al fin amaneció, aún no había tomado ninguna decisión, posponiendo una y otra vez el momento de zanjar aquel terrible dilema.

Un puntapié en las costillas acabó de despertarlo. Estupefacto, se incorporó de un salto. Ahora la sala era un hervidero de gritos y agitación. Albert miraba a su alrededor completamente desorientado, incapaz de volver en sí, cuando de pronto vio descender del cielo y plantarse a unos centímetros del suyo el severo y penetrante rostro del capitán Pradelle.

El oficial se quedó mirándolo un buen rato, luego soltó un suspiro de desánimo y le propinó una bofetada. Albert se protegió la cara instintivamente. Pradelle sonrió. Una amplia sonrisa, que no significaba nada.

—¡Vaya, vaya, soldado Maillard, de lo que se entera uno! Así que su camarada Édouard Péricourt está muerto... ¡Menudo *shock*! Porque la última vez que lo vi... —Pradelle frunció el ceño, como si buscara en las profundidades de su memoria—. Sí, fue en el hospital militar, donde acababan de trasladarlo. Y en ese momento estaba de lo más vivo. Es cierto,

no tenía la misma cara que en sus buenos tiempos... Para ser sincero, me pareció que tenía las facciones un poco tensas. Quiso parar un obús con los dientes, y eso es una imprudencia, si me hubiera pedido consejo... Pero de ahí a pensar que iba a morirse, no, soldado Maillard, le aseguro que ni se me pasó por la cabeza. Sin embargo, no hay duda, muerto y bien muerto, usted mismo escribió una carta personal a la familia para comunicárselo, ¡y qué estilo, soldado Maillard! ¡Una carta como ya no se escriben!

Cuando pronunciaba el apellido Maillard, tenía una desagradable manera de enfatizar la última sílaba, lo que le daba un tono risible y muy despectivo: Maillard parecía sinónimo de «mierda» o algo por el estilo.

—Ni sé ni quiero saber qué habrá sido del soldado Péricourt —prosiguió en voz baja, casi en un cuchicheo, como alguien furioso que trata de contenerse—, pero el general Morieux me encargó que ayudara a su familia, así que es lógico que yo me haga ciertas preguntas...

La frase se parecía vagamente a una pregunta. Pero hasta entonces Albert no había tenido derecho a la palabra, y estaba claro que Pradelle no iba a cedérsela.

—Solo hay dos soluciones, soldado Maillard. Decir la verdad o liquidar el asunto. Si dice la verdad, se verá con el agua al cuello: usurpación de identidad. No sé cómo se las apañó, pero le espera la trena, le garantizo quince años como mínimo. Por otro lado, volverá a la carga con lo de la comisión de investigación sobre la cota ciento trece... Bueno, tanto para usted como para mí, es la peor solución. Queda la otra: nos piden un soldado muerto, pues les damos un soldado muerto, y sanseacabó. Soy todo oídos.

Albert aún estaba digiriendo las primeras frases.

—No sé... —murmuró.

En situaciones así, la señora Maillard explotaba: «¡Ya estamos! ¡Típico de Albert! ¡Cuando hay que tomar una decisión, demostrar que eres un hombre, nada! No sé... Habrá que ver... Puede que sí... Voy a preguntar... ¡Por el amor de Dios, Albert, decídetelo! Si crees que en esta vida...», etcétera.

Pradelle se parecía un poco a la señora Maillard. Pero acababa antes que ella:

—Le diré lo que va a hacer. Moverá el culo y esta noche le entregará a la señorita Péricourt un precioso cadáver rotulado «Édouard Péricourt», ¿estamos? Un día de trabajo, y podrá irse tranquilamente. Pero piénselo rápido. Porque, si prefiere el trullo, aquí estoy yo...

Albert preguntó a sus camaradas, que le indicaron varios cementerios en pleno campo. Así confirmó lo que ya sabía: que el más grande de todos estaba en Pierreval, a seis kilómetros. Allí tendría más para elegir. Fue andando.

Estaba en el lindero de un bosque, con decenas de tumbas por todas partes. Al principio habían procurado alinearlas, pero la guerra debía de haber alimentado el cementerio con tantos cuerpos que habían acabado enterrándolos según llegaban, a la buena de Dios. Tumbas orientadas hacia todas partes, unas con cruz y otras sin ella, o con la cruz caída. En unas, un nombre, en algunas, «UN SOLDADO» grabado con un cuchillo en un pedazo de madera, y en otras, una botella hincada boca abajo en la tierra con un papel con el nombre del muerto, por si más adelante alguien quería saber quién había allí abajo.

Dada su típica indecisión, habría podido pasarse horas caminando entre las improvisadas sepulturas del cementerio de Pierreval antes de elegir una; pero la razón acabó imponiéndose. Vamos a ver, se dijo, empieza a hacerse tarde y hasta el Centro de Desmovilización hay un buen trozo, he de decidirme. Volvió la cabeza, vio una en cuya cruz no ponía nada y dijo: «Esta».

Había cogido varios clavos de una tabla suelta de la valla, buscó una piedra, clavó la media chapa de identificación de Édouard Péricourt en la cruz, se fijó bien en el sitio y retrocedió unos pasos para comprobar el efecto de conjunto, como un fotógrafo que inmortaliza una boda.

Luego, torturado por el miedo y el remordimiento, porque mentir no era lo suyo, ni siquiera por una buena causa, emprendió el camino de regreso. Pensaba en la chica, en Édouard y también en aquel soldado desconocido al que el destino acababa de elegir para encarnar a Édouard y al que ya nadie

encontraría, un soldado hasta entonces no identificado y ahora desaparecido para siempre.

A medida que se alejaba del cementerio y se acercaba al Centro, fueron desfilando por su mente los riesgos a corto plazo, sucediéndose como esas fichas de dominó colocadas de modo que la caída de la primera desencadena la de las demás. Todo iría bien, se decía Albert, si se tratara solo de rezar. La chica necesita la tumba de su hermano, y yo se la voy a dar, da igual que sea la de su hermano o la de otro, lo que cuenta es el sentimiento. Pero desde el momento en que vamos a cavar, la cosa se complica. Cuando te pones a buscar en un agujero, nunca sabes qué vas a encontrar. Con identidad o sin ella, un soldado muerto es un soldado muerto. Lo desentierras, ¿y qué encuentras? Un objeto personal. Una marca distintiva. O sencillamente un cuerpo demasiado grande o demasiado pequeño.

Sin embargo, la elección estaba hecha, había dicho «esta», ya no había vuelta de hoja, así saliera mal o bien. Hacía mucho que Albert ya no contaba con la suerte.

Llegó al Centro agotado. Para coger el tren a París, y no podía perderlo (si es que había tren...), tenía que estar de vuelta como muy tarde a las nueve. Reinaba ya cierta efervescencia, cientos de tipos impacientes, con las maletas hechas desde hacía horas, gritaban, cantaban, aullaban, se daban palmadas en la espalda. Los oficiales, preocupados, se preguntaban qué harían si el esperado convoy no llegaba, como ocurría cada dos por tres...

Albert dejó el barracón. Desde el umbral, miró el cielo. ¿Sería lo bastante oscura la noche?

El capitán Pradelle estaba impecable. Hecho un auténtico figurín. El uniforme, recién planchado, las botas bien lustradas, solamente le faltaban unas cuantas medallas relucientes. Con unos pocos pasos había avanzado diez metros. Albert no se había movido ni un ápice.

—Bueno, ¿vamos, amigo mío?

Eran las seis pasadas. Detrás de la camioneta, una limusina esperaba con el motor encendido, se oía el suave ronroneo de las válvulas, se veía el

humo salir del tubo de escape, casi con delicadeza. Con lo que valía uno solo de los neumáticos de aquel coche, Albert habría podido vivir un año. Se sentía pobre y triste.

Al llegar a la camioneta, el capitán no se detuvo, siguió hasta el coche, una de cuyas puertas se cerró con un suave chasquido. La joven no apareció.

El conductor, barbudo y apestando a sudor, estaba sentado al volante de la flamante camioneta, una Berlier CBA de treinta mil francos. Su pequeño negocio iba bien. Saltaba a la vista que no era la primera vez y que solo se fiaba de su propio juicio. Por la ventanilla bajada se volvió hacia Albert, lo miró de pies a cabeza y luego abrió la portezuela, saltó al suelo y se lo llevó aparte. Le sujetaba el brazo con una fuerza tremenda.

—Si vienes, entras en el negocio, ¿estamos?

Albert asintió con la cabeza. Se volvió hacia la limusina. El tubo de escape seguía soltando su blanco y acariciante humo, Dios mío, después de todos aquellos años de miseria, qué delicado y cruel era aquel hálito.

—Dime... —le susurró el conductor—, ¿a ti cuánto te dan?

Albert comprendió que con un tipo como aquel no había acto desinteresado que valiera e hizo un cálculo rápido.

—Trescientos francos.

—¡Qué idiota!

Pero la expresión del conductor traslucía satisfacción: la de llevarse la mejor tajada. Hombre mezquino, le complacía tanto su propio éxito como el fracaso de los demás. Volvió el torso hacia la limusina.

—¿Es que no lo ves? ¡Esa lleva pieles, se pede en seda! Podrías haber sacado cuatrocientos así de fácil. ¡Incluso quinientos! —Parecía a punto de decir lo que había pactado él, pero prevaleció la prudencia—. Venga —refunfuñó soltándole el brazo—, no hay tiempo que perder.

Albert se volvió hacia la limusina. La chica seguía sin salir, en fin, no sé, para saludar, dar las gracias, pero de eso nada, él era un empleado, un subordinado.

Subió a la camioneta, y se pusieron en marcha. La limusina arrancó a su vez, bastante retrasada, reservándose de ese modo la posibilidad de

adelantarlos y esfumarse, en un visto y no visto, en caso de que aparecieran los gendarmes e hicieran preguntas.

La noche cayó del todo.

Los amarillentos faros de la camioneta iluminaban la carretera, pero dentro uno no se veía ni los pies. Albert apoyó una mano en el salpicadero y observó el paisaje por el parabrisas. Decía «a la derecha» o «por ahí», temía perderse y, cuanto más se acercaban al cementerio, más miedo tenía. De repente tomó una decisión. Si vienen mal dadas, me escapo por el bosque. El conductor no echará a correr detrás de mí. Arrancará y volverá a París, donde deben de esperarlo otros trayectos.

El capitán Pradelle sí era capaz de perseguirlo, aquel cabrón ya había demostrado sus buenos reflejos. ¿Qué hacer?, se preguntaba Albert. Tenía ganas de orinar, pero se aguantaba como podía.

La camioneta subió la última cuesta.

El cementerio empezaba casi al borde del camino. El conductor hizo algunas maniobras para estacionar en el sentido de bajada. En el momento de irse, ni siquiera tendría que dar unas vueltas de manivela, bastaría con quitar el freno en la pendiente para que el vehículo arrancara.

Al pararse el motor se produjo un extraño silencio, como si los hubiera cubierto un manto. El capitán apareció en la portezuela enseguida. El conductor montaría guardia a la entrada del cementerio. Entretanto, cavarían, desenterrarían el cuerpo, lo llevarían a la camioneta, lo cargarían, y asunto zanjado.

La limusina de la señorita Péricourt parecía un animal salvaje agazapado en la oscuridad, a punto de atacar. Madeleine abrió la portezuela y se apeó. Tan menudita. A Albert le pareció aún más joven que el día anterior. El capitán esbozó un gesto para retenerla, pero ella no le dio tiempo a abrir la boca y echó a andar con decisión. Su presencia en aquel sitio y a aquella hora resultaba tan chocante que los tres hombres enmudecieron. Con un leve movimiento de cabeza, Madeleine dio la señal de partida.

Se pusieron en marcha.

El conductor llevaba dos palas y Albert cargaba con una gran lona plegada para echar la tierra: así rellenarían luego el agujero más deprisa.

Era una noche relativamente clara, a derecha e izquierda se distinguían las pequeñas lomas de las decenas de tumbas, era como caminar por un campo excavado por topos gigantes. El capitán avanzaba a grandes zancadas. Con los muertos siempre había sido un tipo muy atrevido. Detrás de él, entre Albert y el conductor, caminaba con pequeños pasos la chica. Madeleine. A Albert le gustaba ese nombre. Era el de su abuela.

—¿Dónde es?

Llevan mucho rato andando, un sendero, otro... El que pregunta es el capitán, que se vuelve, nervioso. Aunque habla en susurros, su voz delata exasperación. Quiere acabar con el asunto. Albert busca, alza una mano, se equivoca, trata de orientarse. Se lo ve pensar, no, no es ahí.

—Por allí —dice al fin.

—¿Seguro? —le pregunta el conductor, que empieza a desconfiar.

—Sí —asegura Albert—. Es por ahí.

Siguen hablando en voz muy baja, como en una ceremonia.

—¡Espabila, chaval! —masculla el capitán, irritado.

Por fin llegan.

Sobre la cruz, una plaquita: Édouard Péricourt.

Los hombres se apartan, la señorita Péricourt se acerca. Lloro con discreción. El conductor ha dejado las palas y ha vuelto a su puesto de vigilancia. En la oscuridad, apenas se distingue nada. Solo la frágil figura de la chica. Tras ella, los dos hombres bajan la cabeza respetuosamente, pero el capitán no cesa de mirar a todas partes, inquieto. Es una situación incómoda. Albert toma la iniciativa. Extiende la mano y la posa con suavidad en el hombro de Madeleine Péricourt, que se vuelve, lo mira, se hace cargo, retrocede. El capitán le tiende una pala a Albert, coge la otra, la chica se aparta. Empiezan a cavar.

Es un tipo de suelo pesado, proceden con lentitud. En las proximidades del frente, como no disponían de tiempo, los cadáveres jamás se enterraban a mucha profundidad, a veces a tan poca que al día siguiente las ratas ya los habían localizado. No deberían de cavar mucho para encontrar algo. Albert, sumamente inquieto, se detiene a menudo para escuchar, distingue la silueta de la señorita Péricourt cerca de un árbol casi muerto, muy erguida y también tensa. Fuma nerviosa un cigarrillo. A Albert le sorprende que una

mujer como ella fume. Pradelle echa un vistazo a su alrededor y, después, venga, muchacho, no podemos eternizarnos. Reanudan la tarea.

Se tarda mucho sobre todo porque hay que cavar con cuidado para no golpear el cuerpo de debajo. Las paletadas se amontonan en la lona. ¿Qué harán los Péricourt con el cuerpo?, se pregunta Albert. ¿Enterrarlo en su jardín? ¿De noche, como ahora?

Se detiene.

—¡Ya era hora! —resuella el capitán agachándose.

Lo ha dicho en voz muy baja, no quiere que la chica lo oiga.

Ha aparecido algo del cuerpo, aunque es difícil saber de qué se trata. Las últimas paladas son delicadas, hay que cavar por debajo para no dañar nada.

Albert está en ello. Pradelle se impacienta.

—¡Aligere! —resopla por lo bajo—. ¡Vamos, a él ya no puede pasarle nada!

La pala se engancha en la guerrera que sirvió de sudario, y enseguida el hedor asciende hasta ellos, horrible. El capitán se vuelve de inmediato.

También Albert retrocede, pese a que había tenido que oler cuerpos en descomposición durante toda la guerra, sobre todo en su época de camillero. Por no hablar de la hospitalización de Édouard. Al pensar de repente en él... Albert alza la cabeza y mira a la chica, que, aunque está bastante lejos, se sostiene un pañuelo ante la nariz. Debía de querer mucho a su hermano, se dice. Pradelle lo empuja con brutalidad y sale del agujero. En dos zancadas ya se encuentra junto a la joven, la coge de los hombros y la obliga a dar la espalda a la tumba. Albert está solo en la fosa, envuelto en el hedor del cadáver. Madeleine se resiste, niega con la cabeza, quiere acercarse. Albert duda sobre qué conducta seguir, está paralizado, la esbelta silueta de Pradelle sobre su cabeza le recuerda tantas cosas... Volver a verse en un agujero, aunque poco profundo, le provoca sudores de angustia, a pesar de que ha empezado a hacer frío, porque, con él en el agujero y el capitán plantado allí arriba con las piernas abiertas, lo ocurrido vuelve a subirle a la garganta, tiene la sensación de que van a cubrirlo de tierra, a sepultarlo, y empieza a temblar, pero vuelve a pensar en su camarada, en su Édouard, y se obliga a agacharse y reanudar la tarea.

Estas cosas le parten a uno el corazón. Con precaución, araña la tierra con el borde de la pala. La tierra arcillosa no favorece la descomposición y además el cuerpo fue cuidadosamente envuelto en la guerrera, lo que ha retrasado la putrefacción. El tejido está pegado a los esponjosos terrones, aparece el costado, las costillas, un poco amarillentas, con jirones de carne pútrida, negruzca, un hervidero de gusanos, porque aún queda bastante por devorar.

Arriba, un grito. Albert levanta la cabeza. La chica solloza. El capitán la consuela, pero por encima de su hombro dirige una mueca de exasperación hacia Albert, date prisa, ¿a qué esperas?

Albert suelta la pala, sale del agujero y echa a correr. Tiene el corazón en un puño, todo aquello le revuelve el estómago: el pobre soldado muerto, el conductor, que saca provecho del dolor ajeno, el capitán, que, se ve a la legua, metería cualquier cadáver en el ataúd con tal de acabar cuanto antes... Y el verdadero Édouard, tan desfigurado, tan apestoso como un cadáver, atado en su habitación de hospital. Si se para a pensarlo, resulta descorazonador haber luchado para semejante resultado.

Al verlo llegar, el conductor suspira aliviado. En un abrir y cerrar de ojos, levanta el toldo de la camioneta, coge una barra de hierro, la engancha al asa del ataúd, que está en el fondo de la plataforma, y tira de él con todas sus fuerzas. Se encaminan hacia la tumba, el conductor delante, Albert detrás.

Albert se queda sin aliento, el tipo camina bastante deprisa, por la costumbre, claro, mientras que él a duras penas avanza y varias veces está a punto de soltarlo todo y caer. Al fin llegan. El hedor es atroz.

El ataúd es una bonita caja de roble con asas doradas y una cruz de hierro forjado en la tapa. Es curioso, un cementerio es el sitio más adecuado para un ataúd, pero este parece demasiado lujoso en semejante contexto. No es de los que suelen verse en la guerra, es más para los burgueses que mueren en su propia cama que para los jóvenes a los que les meten una bala de forma anónima. Albert no acaba su bonita meditación filosófica. En torno a él, todos están muy ansiosos por terminar.

Quitan la tapa y la dejan a un lado.

De un salto, el conductor baja a la fosa donde descansan los restos, se agacha, levanta con las manos desnudas los faldones de la guerrera y luego busca ayuda con la mirada, que evidentemente se posa en Albert, ¿en quién si no? El soldado da un paso al frente y baja a su vez al agujero, al instante la angustia se le sube a la cabeza, toda su persona trasluce que está aterrorizado, porque el conductor le pregunta:

—¿Estamos bien?

Se agachan a la vez, recibiendo la vaharada de putrefacción en pleno rostro, agarran la tela y, ¡venga, a la una, a las dos...! Y con un solo movimiento depositan el cadáver arriba, al borde de la fosa. Suena un plaf lúgubre. Lo que acaban de alzar no es pesado. Esos restos apenas pesan como un niño.

El conductor sale de inmediato, Albert está encantado de pisarle los talones. Entre los dos vuelven a coger los extremos de la guerrera y lo meten en el ataúd, esta vez el plaf es más sordo. Cuando Albert quiere darse cuenta, el conductor ya ha puesto la tapa. Quizá en la fosa queden unos cuantos huesos que se hayan desprendido durante la operación, pero qué más da. De todas formas, piensan claramente el conductor y el capitán, para lo que van a hacer con ese cadáver hay de sobra. Albert busca con la mirada a la señorita Péricourt, que ya se ha metido en su limusina, pero no puede reprochárselo, acaba de vivir algo muy difícil. Su hermano reducido a unos cuantos puñados de gusanos.

No clavarán la tapa allí, demasiado ruido; más tarde, en la carretera. De momento, el conductor se limita a rodear el ataúd con dos anchas cinchas de tela para sujetar la tapa y evitar que el hedor impregne la camioneta. Rehacen rápidamente el camino de vuelta, Albert solo en la parte de atrás, los otros dos delante. El capitán ha encendido un cigarrillo y fuma tranquilamente. Albert está agotado, tiene los riñones destrozados.

A la hora de subir el ataúd a la plataforma de la camioneta, el conductor y el capitán siguen delante, Albert detrás, está claro que es su sitio, lo levantan a la de tres. Luego lo empujan hasta el fondo, arañando ruidosamente el suelo de latón, pero ya está, casi han acabado. Detrás de ellos, la limusina ronronea.

La chica viene hacia él, irreal.

—Gracias, señor Maillard —murmura.

Albert quiere decir algo. No le da tiempo, ella le ha cogido el brazo, la muñeca, la mano, se la abre, le desliza unos billetes, vuelve a cerrársela entre las suyas... Y eso, lo que ese simple gesto le hace a Albert...

La chica regresa a su coche.

El conductor ata el ataúd a los laterales con cuerdas, para que no vaya dando tumbos, mientras el capitán Pradelle le hace una seña a Albert: el cementerio. Hay que rellenar el hoyo enseguida, si lo dejan abierto y llegan los gendarmes, habrá una investigación, solo les faltaba eso.

Albert coge una pala y echa a correr por el sendero. Pero lo asalta una duda, y se detiene.

Está solo.

A unos treinta metros en dirección a la carretera, se oye el motor de la limusina, que se aleja, y después el estruendo de la camioneta al arrancar en la bajada.